

Javier Carretero

SI PUDIERA VOLVER



Lectulandia

Un anciano repartía buenos días a todo aquel que pasaba cerca de su banco, como el joven que reparte folletos publicitarios en la puerta de un centro comercial, y donde nadie se fijaba si se había dejado la barba o era la vida quien lo había dejado a él...

... SI PUDIERA VOLVER.

Lectulandia

Javier Carretero

Si pudiera volver

En algún lugar - 2

ePub r1.0

Titivillus 04.10.15

Título original: *Si pudiera volver*

Javier Carretero, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A quienes confiaron en mí y a quienes no, por ser ambos un motivo de motivación. A todas esas personas que hicieron sus sueños realidad, a quienes persisten en conseguirlos y a aquellos que aún lo desconocen. A quienes me enseñaron que la mente es libre pensadora. A la chica de ojos tristes por ser mi signo positivo («solo lo que suma»). A quienes me empujaron a publicar *En algún lugar*, a quienes lo leyeron y sobre todo a quienes lucharon, independientemente de quien ganase, contra esa enfermedad con nombre de signo zodiacal.

¿Y cómo olvidarme de ti que apareciste durante distintas etapas de mi vida pasando a formar una parte importante de ella?

A mi familia, a mis dos sobrinas (Beatriz y Berta) de las que nunca me olvido aunque esté en la distancia y muy especialmente a: (M).

Agradecimientos

A todos los que habéis hecho posible que este libro haya podido publicarse. Sois tantos que es imposible nombraros a todos, vosotros sabéis quiénes sois, yo también.

Y especialmente a dos personas:

—A mi sobrina, Berta, que sueña con ser «Rapunzel» sin saber que ya es una princesa, por querer participar en este libro con un precioso dibujo que encontraréis entre sus páginas. Te quiero brujilla.

—A mi padre, Andrés Carretero, porque sin él este libro seguiría siendo un archivo acumulando polvo en la pantalla de un ordenador. Te quiero viejo.

*Oscuridad, respirar, llanto.
Abrazo, ternura, beso.
Gatear, caminar, caer.
Hablar, aprender, mentir.
Descubrir, sentir, amar.
Querer, sexo, desengaño.
Inexperiencia, desconfianza, trabajo.
Dinero, poder, responsabilidad.
Mujer, hijo, prioridad.
Sufrimiento, hospital, enfermedad.
Vejez, torpeza, soledad.
Olvido, abandono, vacío.
Silencio, silencio... silencio.*

*Este libro lo escribí durante el otoño y el invierno del 2013
entre las ciudades de Melilla, Almería y el mar que las unen,
reservando unas líneas para recordar a la patria querida, Asturias.*

Mi mente llora por el tiempo perdido
pero está feliz por haber aprendido la lección.

Carmen Belmonte, autora de *Espacios en Blanco*

Amor de Bécquer

Cuando abrí los ojos por primera vez apenas pude ver nada, tan solo vislumbré una intensa luz blanca que me cegaba al atravesar una niebla que había dispersada en el ambiente. No solo me impedía saber dónde me encontraba, sino que tampoco podía imaginarlo. Poco a poco, muy despacio, aquella luz se fue disipando junto a la niebla, sin prisas, como lo hace el humo de un cigarrillo que aún se resiste a tener que apagarse. Parecía como si el tiempo no tuviese cabida en esa estancia, cada fotograma se ralentizaba y lo peor de todo era que no entendía por qué todos esos movimientos transcurrían tan despacio.

Pasados unos segundos vi, a escasos centímetros de mí, como asomaba entre medio de una cortina de niebla una sombra, luego una imagen y por último un precioso rostro. Era una hermosa mujer que no cesaba de mirarme a los ojos casi sin parpadear. Su blanca piel hacía resaltar aún más sus enormes ojos verdes, perfilados con una línea negra en su contorno. Me impresionaba su mirada, me intimidaba, pero me cautivó ver como esa bonita mujer dejaba caer por su mejilla una dulce lágrima... una cristalina y brillante lágrima.

Quizás aquella expresión era el mejor espejo para definir qué es la felicidad. Nunca antes vi tanta felicidad en una lágrima. Tenía el cabello oscuro, casi negro. Una larga melena caía a ambos lados de sus hombros que dejaba ver unas mejillas sonrosadas. De ellas amanecían dos hoyuelos que nacieron con su dulce sonrisa, junto con un sonido difícil de definir, jamás lo había oído en ninguna otra persona. Ese chasquido de sus labios que se oía cuando sonreía, azucaraban mi mirar. Me parecía tan dulce aquel sonido...

De pronto nació de su interior una tímida e inocente voz que decía:

—Bienvenido, Señor.

Dijo una voz irreconocible, no sabía de dónde era ese singular acento, ni describir su tonalidad —a pesar de mis elementales conocimientos de música—. Esa sensibilidad mezclada con dulzura, nobleza e inocencia y sobre todo esa timidez... esa sensible timidez. No sé qué tenía esa mujer, pero me cautivó tanta belleza no solo en su voz, sino también en su profunda mirada. Era lo más parecido a un ángel pero sin alas. Por unos instantes empecé a creer que me encontraba en el cielo, en el paraíso, luego bajé a la tierra. Siempre fui escéptico —y en mis creencias no había sitio para la existencia de ángeles—, aunque esa mujer, sin lugar a dudas, lo era. Siempre existió la excepción que destruye las normas. Nunca nada es totalmente cierto, ni totalmente incierto, siempre queda un margen para lo desconocido.

En aquel momento fui incapaz de buscar una explicación. Me hacía muchas preguntas mudas al exterior:

—¿Quién era esa preciosa mujer que me daba la bienvenida? ¿Dónde me encontraba para ser bien recibido? ¿Por qué no dejaba de mirarme? ¿Cómo llegué a ese lugar?

Me encontraba tan débil psíquica y físicamente que no quise buscar las respuestas, ni siquiera dediqué un solo segundo en pensar en ellas. Mi voz seguía sin volumen. Me sentía en una enorme nube de paz de la cual no podía ni deseaba bajarme.

Tanta belleza imposibilitaba desviar la mirada a otro lugar que no fuesen sus ojos. Era inmensamente bonita. Y es que cuando las palabras no se pueden decir con la voz, se dicen con la mirada, y la mía no dejaba de hablar. Me había cautivado aquella preciosa mujer.

Me encontraba tumbado en una articulada e incómoda cama en medio de una fría habitación de paredes blancas y donde alguien se olvidó de la decoración. La mesita de noche, que había justo a mi lado, estaba repleta de objetos: piedras de todos los colores y tamaños, una botella de vidrio rellena de arena blanca, caracolas y un pergamino enrollado en su interior, un CD de música junto con una pequeña dedicatoria manuscrita, una cajita de rayas negras y marrones atada con un pequeño lazo... demasiadas cosas para tan poco sitio.

De todos los objetos que había en ella, hubo algo que llamó especialmente mi atención. Fue ver varios sobres de color verde ordenados unos encima de otros y atados con un pequeño cordón blanco sobre aquella mesita.

A mi derecha había una enorme ventana blanca de aluminio que ocupada casi toda la pared. Las hojas estaban abiertas de par en par, invitando entrar a una pequeña brisa y un sonido que me hacía imaginar que desde allí había unas preciosas vistas al mar, no podía verlo desde mi posición pero oía el sonido inconfundible de las olas al romper. Con persianas, pero sin cortinas, como dijo un día el amigo Juan «una casa sin cortinas no es una casa», quizás aquel lugar estaba demasiado lejos de parecerse a un hogar... Nunca entendí la utilidad de las cortinas salvo si es para decorar o para esconder lo que hay al otro lado, pero cuando no hay nada que ocultar ni nada que adornar, ¿para qué sirven las cortinas?

Justo a los pies de la ventana descansaba una pequeña maceta de la que crecía un delgado girasol que parecía mirarnos tanto a ella como a mí. En aquella estancia había un intenso y desagradable olor a medicamentos que iban desapareciendo conforme se me acercaba aquella mujer. Desprendía un fresco olor a abril con cada movimiento que daba, dejando a mi lado la esencia de su primavera. Era la única persona que había conmigo y, sin duda alguna, lo más acogedor de su compañía era su belleza.

Me miré a mi mismo y no estaba muy presentable. Tenía tubos por todas las partes de mi cuerpo, por sus orificios, y ventosas pegadas en mi pecho, pero aquello

no me importó, pues ver a esa mujer mirándome a los ojos con esa ternura, paz, felicidad e inocencia me hizo sentir, durante un par de suspiros, que me acababa de enamorar.

Nunca creí en el amor a primera vista, ni en el amor ciego, ambos conceptos tan opuestos como abstractos. Tampoco creí en el amor eterno, ni mucho menos en los flechazos, si no son los producidos por un indio en una película de Western... tan solo me he limitado a creer en lo que he vivido, en lo que vi.

A pesar de que nunca fui bueno para bautizar a las personas, ni a las mascotas y mucho menos al amor, a este le bañé con agua bendita y le puse el nombre de: «Amor de Bécquer», por aquello de que *«aquellas que aprendieron nuestros nombres... esas no volverán»*.

Pero a pesar de tanto escepticismo en el amor, resulta complicado explicar cuál es el motivo por el que, a veces, nos llegamos a enamorar a primera vista, en ciertos lugares e incluso varias veces en la misma noche. Quién no se enamoró a mi primera vista en un oscuro y ambientado local de moda, al que acudes por primera vez y eres atendido por una camarera que no sabrías distinguir si era tan hermosa como agradable o al revés y que a su vez es el centro de todas las miradas y de la tuya el punto rojo más pequeño de la diana. Aquella que te sirve las copas con la mejor de sus sonrisas, quizá natural o quizá contratada, pero la mejor de todas. Quién no se enamoró esa misma noche en otro local, dos horas y tres copas después, de otra simpática camarera, completamente distinta a la primera físicamente, quizá más hermosa o más amable, que te sirve la cuarta copa de la noche con otra picaresca sonrisa. Quién no se enamoró de aquella cajera de las grandes superficies, que la buscas entre las cajas con la mala excusa de haber olvidado algo que te obliga a recorrer toda la línea de cajas hasta encontrarla, luego te olvidas de la excusa para pasar ese momento a solas con ella y, mientras escanea tu compra, tú haces lo mismo con su figura, hasta que finalmente consigues cruzar unas miradas y unas palabras — gracias, aquí tiene su cambio—. Quién no se enamoró a los pies de un escenario de aquella cantante de la que conoces mejor el dibujo de sus tatuajes que la letras de sus canciones o de aquella bailarina de fondo que no aparece en el cartel del espectáculo pero que hubieses deseado conocer su nombre... ¿Quién no se enamoró alguna vez...?

Hace unos años el poeta cubano José Martí dijo: «Un hombre para ser completo, ha de plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro».

Estoy en gran parte de acuerdo con sus palabras, aunque yo añadiría algo más para ser completos, enamorarse. Y quitaría el escribir un libro, pues no hay mejor libro que aquel que no se escribe, el libro de nuestra vida. Aquellas personas que mueren sin saber qué es estar enamorado, deberían tener una segunda oportunidad. Una vida así debe ser tan incompleta como un libro al que le faltan páginas.

¿Quién no escuchó alguna vez esa expresión «El amor es ciego»? No puedo negarme a confesar que todos esos ejemplos los he vivido, de algún modo, en primera

persona. Puede ser que la palabra enamorarse suene algo exagerado para un primer contacto visual, pero en todos ellos saqué mi lado más loco —emocionalmente hablando— para poder concertar una primera cita con ellas... unas veces nunca hubo primera, otras hubo más...

Siempre valoré, a la hora de hacer cualquier tipo de actividad, las consecuencias negativas que podrían derivarse de ellas y, si estas no eran lo suficientemente peligrosas como para perder la vida, actuaba con la intención de poder tomar un café con ella lejos de casa o del lugar de trabajo, aunque no siempre lo conseguía... Tenía mucho que ganar y muy poco que perder.

Y es que cuando el corazón se llena de escombros es un buen momento para construir un castillo de sueños repleto de adornos.

Mi corazón estaba derruido en todos sus aspectos. Estaba débil, latía sin fuerzas, aunque en realidad ni siquiera sé si latía, pero quizás ese fuese el momento para ponerme el mono de peón, las botas de trabajo y empezar a construir mi mansión, mi castillo de sueños, en donde todos serían bien recibidos.

Intenté darle las gracias a esa hermosa mujer por esa bienvenida, pero fue imposible pronunciarle con esos tubos introducidos no solo por mi boca, ni tampoco por mis venas... Se percató de mis intenciones de hablarle y de las dificultades para hacerlo... y con una media sonrisa dijo:

—Mi nombre es Marina. Lo sé, no hace falta que me dé las gracias, más bien debería ser yo quien se las dé a usted por volver después de tantos años. Recogeré todos estos regalos y en unas horas le llevaré a casa. Ha llegado el momento de volver...

Sus palabras se llevaron las mías, me quedé atónito, perplejo... si antes no entendía nada de lo que pasaba ahora me encontraba completamente perdido entre sus palabras y mis preguntas, ¿darme las gracias a mí?, ¿todos estos años?, ¿quién dejó esos regalos? Tenía demasiadas preguntas que hacerle pero ese no era el momento adecuado. En cuanto tuviese la oportunidad despejaría mis inquietudes. Posteriormente, continuó:

—Esperaremos a que llegue el doctor para que desconecte todas estas máquinas. ¡No puedo llevarle así! —Exclamó sonriente llevándose las manos a la cabeza—. Ahora vuelvo, pediré ayuda para recoger todo esto y pronto estaremos en casa.

No pude decirle nada pero con un guiño de ojo acepté su propuesta y con una sonrisa aceptó mi guiño. Marina se marchó de la habitación y justo antes de perderse por los pasillos dijo:

—En unas horas estará más cómodo y se sentirá menos extraño, le llevaré a su hogar.

Minutos después de haber descansado conseguí, con la ayuda de Marina, despedirme de aquella habitación cuya mesita de noche había quedado desierta de

regalos, de sobres verdes e incluso, aquel girasol que no dejaba de mirarnos también había abandonado la estancia.

Fui el último en salir de aquella habitación. Cuando crucé el umbral de la puerta volví la mirada atrás. Era todo demasiado frío y silencioso.

Aquella incómoda cama articulada estaba perfectamente hecha, desaparecieron las máquinas que tenía conectada a mi cuerpo... todo quedó como si nunca antes hubiese habido nadie en ese lugar. El último recuerdo que tengo de aquella habitación es un estremecedor silencio y la tristeza que produce el vacío.

Una vez traspasada la puerta de la habitación veinticuatro, giré cuidadosamente el pomo para no molestar al resto de las personas que se encontraban allí, aunque no podía verlas, ni escucharlas, por el silencio que reinaba en ese lugar, pero sabía que allí no estaba solo. El caso es que no quería ser el anfitrión de ninguna fiesta a la cual nadie me había invitado y procuré no hacer ruido...

Apenas tenía fuerzas para caminar sin tener que parar cada ciertos pasos y pedir a Marina —que vestía con un uniforme blanco y unos zuecos a juego— que me ofreciese un poco de agua de una botella que sujetaba entre unas pequeñas manos. Me sentí torpe, muy torpe, tanto que no fui capaz de abrir el tapón de la botella y mucho menos de beber sin derramar buena parte de ella sobre mí. Marina estaba atenta a mí y a todo, ayudándome a hacer que las cosas difíciles fuesen algo menos complicadas. No se separaba de mí en ningún momento y esa cercanía hacía que me sintiese menos débil.

El camino desde aquella habitación hasta ver la luz del sol, se me estaba haciendo eterno. No recuerdo antes haber caminado tanto salvo una noche de septiembre en una localidad llamada Guimarán (Asturias).

Esa noche asistí con varios amigos a esa localidad para disfrutar de un concierto, para cantar, para bailar y como no, para tomar unas sidras tras otras. Cuando el reloj del teléfono a punto estaba de marcar las dos de la madrugada, con un golpe seco y contundente del batería, se apagaron todas las luces junto al sonido del escenario. Mientras los operarios recogían los instrumentos y desmontaban el escenario, el público también empezó a recogerse. Minutos después, de aquella fiesta solo quedaba el recuerdo de haberla vivido, quizá fue demasiado breve para tanta diversión. Luego sin taxis, ni autobuses, ni nadie que nos llevase, caminé por una solitaria carretera en compañía de una chica, de unas sidras de más y sueño de menos. Estuvimos varias horas caminando por la oscuridad de una carretera que parecía abandonada al tráfico, desnudamos nuestro interior a base de confesiones que hicieron que con cada kilómetro caminásemos más pegados, hasta que finalmente no dejamos de soltarnos...

Mientras ella hablaba de su vida, yo no dejaba de mirarle a los ojos, esperando el momento de poder verme reflejado en sus pupilas. Esperé media noche para cruzarme con su mirada y cuando finalmente se encontraron pasamos la otra media deseando que la noche nunca acabara.

Nos perdimos el uno en el otro por aquella carretera para reencontrarnos — pasadas unas horas— con algo que no quisimos llamarle amor pero que tanto se le parecía, olvidándonos que unos kilómetros atrás tan solo éramos unos desconocidos.

Nunca me gustaron los hospitales, hacen sentirte mal nada más entrar en ellos. Alguien debería plantearse ambientarlos de otra forma para no tener esas sensaciones. Solo encuentro un motivo por el que merece la pena entrar en ellos y no es otra que ver nacer a tu hijo, en cambio me sobran los motivos por lo que desearía salir de allí.

No sabría decir cuánto tiempo había pasado desde la última vez que los rayos del sol chocaron contra mi piel, ni explicar el motivo por el cual acabé en aquella horrorosa habitación y sin duda, lo que más me preocupaba en ese momento, era no saber en qué ciudad me encontraba y tenía ciertas dudas sobre mi verdadera identidad.

Bienvenido

Era 29 de mayo de un año cualquiera. El sol apretaba dando el comienzo a esa estación en donde, en la parada del «Amor», miles de personas esperan encontrar a alguien que le acompañe a viajar con él o ella el resto de su vida. Acababa de llegar el tren, la primavera.

Me encontraba de pie en la entrada de un dúplex de ladrillo visto. Aquella casa no tenía rejas en todas sus ventanas y, donde las había, estaban pintadas de un color blanco que dejaba relucir ciertos brotes de óxido tanto en las esquinas como en la unión de sus barrotes.

Justo al lado del primer escalón que daba entrada a la casa —a mano izquierda— había un pequeño buzón blanco, de donde se escapaban cartas de distintos tamaños y casi de todos los colores. Parecían estar escritas a mano, al menos aquellas que sobresalían de él. Me acerqué para ver el nombre que había grabado en aquella placa metálica plateada, pero la corrosión y el tiempo hicieron que fuese imposible leerlo. Mientras yo me entretenía con el buzón, Marina rebuscaba dentro de su bolso negro de piel de donde colgaban unos flecos del mismo color. Juraría que estaban en este bolso —dijo en una par de ocasiones. No sé muy bien qué era lo que buscaba pero poco después empezó a sacar de él todo lo que llevaba, desde unas gafas de sol, unos pañuelos, un monedero, hasta su timidez...

Siempre pensé que en el bolso de una mujer se guarda el secreto máspreciado de todo hombre. Finalmente consiguió encontrar lo que buscaba. Era un manojo de llaves de todos los colores. Cogió la más pequeña de ellas y abrió el buzón. —A veces en los sitios más pequeños se guardan grandes tesoros—. ¡Qué locura cuando lo abrió! No sabría decir cuántas cartas había en él, quizá cincuenta, sesenta o cien, no lo sé, eran demasiadas... Las cogió como buenamente pudo, sin poder evitar que la mayoría cayese al suelo. Yo apenas era capaz de mantenerme en pie, así que no pude agacharme para ayudarle a recogerlas.

Una vez recogidas, las guardó en su pequeño bolso diciéndome al mismo tiempo:
—Ya tendremos tiempo para leerlas todas ¿verdad?

No respondí, supuse que era una obviedad. Me limité a elevar los hombros a la vez, dándole a entender que suponía que eso era lo más coherente. El pasamano de la barandilla de madera —que iba desde el primer escalón hasta la entrada de la casa— estaba cubierto por una capa de polvo, de ese que se va acumulando con el abandono. Así que para subir los nueve escalones —que conté varias veces—, opté por apoyarme en el hombro de Marina, antes de iniciar el ascenso. Ella rodeó con su

brazo mi cintura. Iba contando cada escalón que habíamos dejado atrás hasta alcanzar «la cima» de la escalera.

Marina era hermosa por fuera, por dentro presumía serlo... Debía tener alrededor de veintitrés años y toda una vida por delante... me pierdo cuando hablo de ella...

Al final conseguí subir los escalones después de casi seis minutos y un par de descansos en el camino; el primero, para beber agua y el segundo, para recuperar el aliento. Una vez en la puerta principal de casa me quedé delante de ella mirándola fijamente a sus enormes ojos verdes. Después dejé de mirar sus ojos para contemplar su belleza, sin decirle nada que no hubiese dicho antes con la mirada...

Justo antes de entrar en casa Marina rompió —sin violencia— un silencio que duró el tiempo que tarda una nota de piano en desaparecer, diciendo:

—Señor, sea bienvenido de nuevo a su hogar. Han pasado demasiados años desde aquella mañana de diciembre en la que se marchó a jugar un partido de fútbol y nunca más regresó. Aunque eso ahora da igual, lo importante es que nunca es tarde para volver si aún tiene la opción de hacerlo. Es posible que encuentre la casa algo cambiada desde que se marchó, pero si hay algo que no le guste o quiera quitarlo solo tiene que decírmelo. Yo me encargaré de dejarla como usted desee. Solo quiero hacerle sentirse cómodo en su hogar, como lo hace un príncipe en su castillo.

Lo único que me incomodaba era que, desde que la vi por primera vez, no había dejado de llamarme Señor, aunque no quise hacérselo saber, ¿cuántos años se pensaba que debía tener? ¿Quizá me viese más mayor por llevar este pijama celeste tan feo, cuya función se limitaba a ocultar mis atributos y dejar al desnudo otras partes de mi cuerpo?, o ¿Quizá mis canas me hacían aparentar más edad de la que realmente tengo?, fueron algunas de las preguntas que empezaban a acumularse en mi cabeza, así que no tuve más remedio que sacar al exterior algunas de ellas:

—¿Por qué me llamas Señor? ¿Qué edad piensas que tengo?, ¿tan mayor me hacen las canas o es este pijama de anciano el culpable de aparentar más edad?

Acababa de quitarme cuatro de golpe, aunque no dejé tiempo para responder entre unas y otras, así que no estoy seguro si me respondería todas... Me sorprendió cuando nada más hacer la última, me mostró una hermosa sonrisa de oreja a oreja, haciendo aparecer esos hoyuelos en su mejilla que tanto me gustaron la primera vez que la vi y una traviesa carcajada. Luego respondió:

—Lo del nombre es lo de menos Señor, permítame llamarle así por ahora ¿Sus canas? Ciertamente le hacen ser atractivo y un tanto interesante. ¿El pijama? No se lo puedo negar, es cierto, es horrible, no le favorece ni a usted ni a ninguna otra persona que lo lleve, aunque pronto le pondremos solución, y en cuanto a su edad debe tener —a ojo de buen cubero— la edad de mi padre.

—¡La edad de su padre dice! —me dije a mí mismo evitando hacer algún gesto que me delatara—. Pensé que Marina debía ser de aquellas personas a las que no se les da bien calcular la edad de los demás. A pesar de ello, no dejé de sorprenderme su respuesta aunque me sentía molesto con sus comentarios referentes a mi edad y eso sí

quise hacérselo saber inmediatamente.

—¿Me lo puedes repetir? ¿Has dicho que debo tener la edad de tu padre? —pregunté con un tono elevado y una mirada amenazante—. Presta mucha atención bonita ¿de acuerdo? Siento decirte que las cuentas no me salen. Déjame hacer unos cálculos y me puse a contar como lo hace el niño que aprende a sumar utilizando sus dedos de calculadora. Si actualmente tengo treinta años, tú deberías rondar los veintitrés o veinticuatro años aproximadamente, así que ¿me estás diciendo que tu padre tenía unos siete años cuando tú naciste? ¡Venga por Dios, Marina! —le dije elevando el brazo con despecho.

Marina respondió:

—Señor, creo que en ningún momento le he dicho que mi padre tuviese siete años cuando nací, aunque tampoco hubiese tenido nada de malo tener un padre tan joven ¿verdad? Podría presumir de tener un padre muy joven, además supongo que compartiríamos casi las mismas experiencias, podríamos salir de fiesta juntos e incluso creo que nos entenderíamos mejor. Si tanto le importa saber su edad, si quiere puedo decirle el día que nací y así usted vuelve a calcular la suya ¿Le parece?

—Me parece muy bien, Marina. Pero insisto, estás muy equivocada...

—A ver, Señor... yo nací hace ya veintiún años, concretamente el 24 de junio de 2009 en una bonita noche de San Juan y en el hospital de la Libertad, situado a escasos kilómetros de la playa. Para mi padre siempre fueron muy especiales las noches de verano y sobre todo la de San Juan. Las vivía apasionadamente, como si fuese la noche más mágica del año y supongo que nunca dejará de hacerlo por distintos motivos, a los que se sumó el día del nacimiento de su hija. Unos meses antes de que yo naciese mi padre había cumplido ya treinta y un años.

Muy tristemente no pudo estar presente en aquel paritorio aquella noche, nunca supo nada de mí...

Marina acababa de llevarse mis palabras al oírle decir esto último. En ese momento tenía un nudo en mi garganta que, aunque yo mismo había provocado, me hacía sentir mal, muy mal... Continuó:

—Señor, actualmente tengo veintiún añitos. No iba tan mal encaminado —dijo sonriendo—. Se ha acercado bastante a mi edad, apenas le faltaron dos años para llegar a ella y aunque las matemáticas nunca han sido mi asignatura preferida, haciendo cuentas de cabeza, usted debe tener en torno a los cincuenta y dos años ¿Me equivoco?

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —No pude evitar que se me escapase una sonora carcajada, ¡qué equivocada estaba Marina!

Después le dije:

—Pues sí que te has equivocado y no precisamente por poco, pero no vayamos a hacer ahora apología de los errores. No te preocupes, no pasa nada, quién no se equivocó alguna vez o incluso varias veces en lo mismo, olvidémoslo. Venga Marina abre ya la puerta que tengo unas ganas terribles de soltar esta muleta que me está

produciendo unos horribles callos en las manos.

Espejos

La primera vez que entré en casa, apenas había caminado dos metros por un pasillo —que muy probablemente daba al salón— cuando me encontré con un espejo de cuerpo entero colgado en una pared, cerca de una pequeña ventana. Me acerqué lentamente a él con la debilidad de mi caminar, cuando de pronto Marina sujetó con fuerzas mi brazo evitando acercarme del todo a él. Dijo:

—Por favor, Señor, no se mire en el espejo. No debería hacerlo. No creo que sea una buena idea verse reflejado en él, al menos por ahora.

Me paré, miré a ese espejo que apenas estaba a un metro de mí, luego miré a Marina y no entendía nada ¿Cuándo es buen momento para mirarse a un espejo? ¿Qué daño podría producirme verme reflejado en él? Solo era un espejo pero aun así —quizá por el encanto que despertaba en mí Marina— no quise desobedecerla, ni tampoco quedarme sin saber el motivo de no hacerlo:

—¿Qué tiene de malo para que no pueda mirarme en él? ¿Piensas que soy tan feo como para que se rompa? —dije quitando hierro al asunto.

Marina volvió a sonreír mientras me agradecía que no lo hiciese. Luego quiso explicármelo:

—Señor no se trata de que sea usted feo o guapo, ya le dije anteriormente que me parece un tanto atractivo y desde entonces no he cambiado mi opinión respecto a usted, nunca la cambiaré. La belleza de las personas no se mide por lo que aparentan sino por lo que significan ¿lo sabe, verdad? Solo le pediré que confíe en mí, es importante y sobre todo es necesario que lo haga. Por favor Señor no se mire en el espejo durante un tiempo, antes debe o debemos hacer muchas otras cosas, algunas tan cotidianas como darse un buen baño de agua caliente con espuma que rebose por ambos lados de la bañera y sales minerales, eso también. Después deberá afeitarse esas barbas blancas mal cuidadas que tanto me recuerdan a la figura bíblica de Abrahán, le ayudaré con la espuma y las cuchillas. Para terminar debe vestirse con ropa más cómoda y mucho más elegante que este triste pijama que tan poco le favorece. Hay mucho de lo que hablar antes de mirarse a ese espejo. Luego hay algo que no podemos dejar de hacer...

—¿Algo como qué? —pregunté intrigado.

—Tenemos que hablar Señor, tenemos que hablar...

Resoplé una vez, luego suspiré. Ese «*tenemos que hablar*» me dejó angustiado, porque esa frase nunca lleva nada bueno detrás... No estaba muy de acuerdo con la planificación de Marina, sobre todo porque no me gustó que pidiese confianza sin tan

siquiera saber quién era, tampoco que decidiese el tiempo que tenía que pasar para poder mirarme al espejo.

Marina me miraba con la cabeza ligeramente ladeada esperando mi aprobación. Fui incapaz de desobedecerla, no sé si fue por la dulzura de su voz o por la belleza de su mirada, pero mi voz contradijo a mis pensamientos. Luego asentí también con la cabeza.

Reanudé la entrada a la casa por el pasillo hasta llegar a una puerta de madera oscura con cristales amarillos que daba a un salón, atrás quedó aquel espejo que aunque deseaba mirar en él, le aparté la mirada al pasar por su lado.

En un instante volví la mirada atrás y observé como Marina se había detenido frente a él, en el mismo espejo en el que me pidió que no me mirara. Estuvo varios segundos frente a él, ni siquiera parpadeaba, tan solo se miraba. Posteriormente — justo después de suspirar— entró en el cuarto de baño que había en la puerta contigua, sacó de él una enorme toalla de baño y con ella tapó completamente aquel espejo prohibido.

Me sentí ofendido al verla mirarse al espejo y así se lo hice saber:

—¿Me explicas ahora por qué tengo que confiar en ti? ¿Por qué tapas el espejo con la toalla? ¿Acaso te piensas que soy como tú, que cuando no te des cuenta o te despistes me miraré en él? Yo no soy como tú Marina, yo tengo palabra. Has empezado como el culo aunque aún puede acabar la cosa peor...

—No lo malinterprete Señor, está muy equivocado... No es...

—¡Yo siempre soy el que está equivocado! —le interrumpí bruscamente—. No soy tu marioneta Marina. Nunca te olvides de eso ¿te queda claro?

—Lo sé Señor, por supuesto que no es usted mi marioneta ni pretendo que lo sea. Pero si me permite me gustaría poder explicarme, por favor —dijo afectada por mis palabras.

—Inténtalo pero busca un buen motivo para que no te eche ahora mismo de mi casa —concluí.

—Señor, no le voy a quitar la razón. No tiene por qué confiar en mí, si ni siquiera me conoce, es más, si no quiere que le cuide solo tiene que decírmelo y vendrá otra persona en mi lugar para hacerlo. Sé que la confianza no es gratuita, como también entiendo la dificultad de ganársela y la facilidad con la que se pierde. Permítame empezar de cero, a ganármela poco a poco, sé que al final acabará confiando en mí. Señor, si le he pedido que no se mire en el espejo yo tampoco volveré hacerlo, lo que no quiero para usted tampoco lo voy a querer para mí, pero por favor, deme la oportunidad de conocerle, de cuidarle y luego júzgueme. Si quiere me marcho ahora mismo, no quiero estar allí donde no quieren que me quede. Hago una llamada y vendrá otra persona en mi lugar. Puse esa toalla sobre el espejo para que al cruzar al salón o al bajar las escaleras y se encuentre de frente a él no pueda verse reflejado. Insisto, aún no es el momento para mirarse en él.

Dejé pasar algunos segundos que sirvieron para ordenar sus palabras en mi mente

y sobre todo para analizar un lenguaje corporal que decía que todo era verdad...

—¿Cuándo se supone que es el momento adecuado? —pregunté mucho más relajado.

—No tenga prisa. Yo se lo diré pero prométame que no se mirará en ningún espejo de casa.

—No tengo nada que prometerte, Marina. Ya te he dicho una vez que soy una persona que cumple con su palabra y con decírtelo una vez es más que suficiente. No me hagas repetírtelo ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Señor. Entonces solo le pediré que tenga paciencia hasta que llegue ese día en el que quitemos las toallas de los espejos.

Los espejos no son más que un reflejo de lo que aparentamos, no de lo que somos.

Acepté su propuesta y continué:

—Perdóname Marina, si te ha molestado la forma en la que me he dirigido a ti. Algunas veces hago juicios de valor sin escuchar ni conocer a las personas que tengo delante y luego no me queda más remedio que pedir disculpas, lo siento.

—Soy yo quien lo siento, Señor. Ha empezado con buen pie para ganarse mi confianza y en cambio he empezado con el pie contrario a conquistar la suya ¿me perdonará algún día?

—Lo hice hace un rato. Empecemos de cero Marina —luego me abracé a ella.

A menudo resulta que a quien más queremos es a quien más veces decimos lo siento.

Marina sin dejar de abrazarme y pudiendo sentir su felicidad dijo:

—Gracias Señor, no se imagina cuanto se lo agradezco ¿Quiere que sigamos viendo la casa?

—Por supuesto —dije contagiado por su entusiasmo. Continuemos viendo esta casa, a ver si pronto encontramos algún lugar cómodo donde pueda descalzarme y sentarme a descansar. La escalera de la entrada ha acabado con las fuerzas que me quedaban. ¿Cuántos escalones hemos subido cien, doscientos...?

Marina rompió a reír a carcajadas. Me encanta que las risas se contagien porque a veces acercan a las personas...

—¡Qué dice Señor! ¡Es usted muy exagerado! Solo fueron nueve escalones, aunque hemos tardado un poquito más de lo que suele ser normal, pero eso no tiene importancia. Tenemos todo el tiempo del mundo para subir y bajar escaleras, para cantar, descansar, dormir, caminar, viajar, soñar, mirarnos en cuantos espejos se crucen en nuestro camino, para bañarnos en las mejores playas del mundo,...todo el tiempo del mundo. Además fíjese que ya solo faltan cuatro pasos para llegar al sofá.

Luego gritó, brincó y alzando los brazos al aire exclamó:

—¡Ánimo campeón! ¡Usted puedes...! —decía sin dejar de sonreír.

Me cuesta mucho confesarlo, ni siquiera sé si debería decirlo o esperar un poco más adelante, pero debo reconocer que Marina, en cierta medida, estaba empezando a conquistarme. Sabía —en cada momento— qué debía hacer para tranquilizarme, qué decir para sacarme una sonrisa y, sobre todo, sabía como hipnotizarme con su mirada, como nunca nadie lo había hecho antes... quizás era su forma de hablarme con un tono aún no inventado; posiblemente fuesen sus hoyuelos del centro de sus mejillas; probablemente sería su sonrisa contagiosa; tal vez fuese su mirada dibujada sobre un fondo de tonos verdes o quizá solo fuese el estar a mi lado haciendo sentirme especial o sentirme menos solo, pero de lo que no tengo ninguna duda es que era por ella, por Marina. Aunque me sobrasen los motivos para hacerlo, era demasiado pronto para una formal declaración de amor, ni siquiera para una declaración de intenciones.

Después de unos pasos, entramos en un amplio salón repleto de vacío y escasa de decoración. Me quedé junto a la puerta paralizado, como si ese vacío hubiese ocupado mi corazón. No supe hacer nada y dejé que mis ojos recorriesen solos aquella estancia...

Sin poder dar una explicación, el ritmo de mi respiración empezó a acelerarse. Conforme se acortaban, los intervalos de tiempo entre la aspiración y la expiración eran más cortos, aumentaba el ritmo descontrolado de los latidos de mi corazón. Estaba inquieto, intranquilo, no dejaba de mirar de un lado a otro, hasta que Marina percibió que tanto nerviosismo podría acabar en tragedia. Se agarró de mi brazo y me llevó al único sofá que había en el salón, mientras intentaba tranquilizarme con sus palabras. Me sentó en él, luego me tumbó, me puso las piernas en alto y me descalzó. Después se acercó a mí, me cogió con sus pequeñas manos y empezó a hablarme dejando entrever una voz asustadiza:

—Señor ¿Se encuentra usted bien? ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha visto para reaccionar así?

—...

No respondí. No quise compartir mi dolor con ella porque, aunque lo hubiese hecho, seguiría cargando con la misma pena. Preferí tomar aire para seguir respirando...

—Por favor, no tenga miedo. No dejaré que le ocurra nada ¿de acuerdo? Relájese Señor, todo saldrá bien. —Sus palabras llegaban a mis oídos como si fuese el oxígeno que necesitaba mis pulmones.

No pude responder, me limité a pedirle —por favor— que me ofreciese un poco de agua, estaba muy cansado y confuso, a la vez que nervioso.

Se marchó rápidamente hacia la cocina y ese fue el único momento que se alejó de mí desde que salimos del hospital, dejó de estar a mi lado para estar conmigo.

Apenas pasaron unos segundos, cuando regresó. Me ayudó a beber de un vaso de agua que sujetaba entre mis manos, pero en lugar de regar mi interior, empapó todo mi cuerpo. Hacía tiempo que no me sentía tan torpe, ni tan nervioso, ni tan observado... Marina no dejaba de mirarme a los ojos, esos que tanto me intimidaban.

Supongo que esperando a que de mi boca brotasen las palabras, pero estaba hipnotizado con tanta belleza. Mientras miraba al suelo, dije con una voz pausada y escasa de potencia que apenas tenía fuerzas para pronunciar:

—Parece como si ya hubiese estado aquí anteriormente. La estancia hace remover dentro de mí un sentimiento familiar, como si en lugar de estar en esta casa estuviésemos en este hogar. Estas cuatro paredes pintadas de ese color lila pastel, aquellos dos cuadros que cuelgan de esa pared de enfrente, aquel enorme cojín negro junto a la chimenea y este otro cuadro con la fotografía aérea de ese paraje tan hermoso del cual no recuerdo ahora su nombre, ni esos escritos de qué bonitas manos salieron y lo que más tristeza me produce —dije mientras miraba a mi alrededor— es que ni siquiera soy capaz de saber por qué me resulta todo tan familiar... Parece que esta situación la hubiese vivido. Es como si todo esto ya lo hubiese vivido en otra época, en otro lugar o en otra vida; es como revivir tiempos pasados pero con nubes en el recuerdo y no quiero olvidar, porque son los recuerdos quienes nos mantienen vivos... Quiero recordar.

Mientras le iba hablando, su mirada buscaba —en el suelo— un refugio donde esconder un brillo que no deseaba. Se tapaba la boca —con sus pequeñas manos—, quizá para que no se le escapasen las palabras pero hacía ya rato que sus ojos lo habían contado todo.

Fueron varios minutos en los que ninguno supimos qué decir. Escuchamos un silencio armonizado por el leve sonido de una respiración —la nuestra— que hacía de frontera entre nuestros cuerpos. Cuando se elevó, nos fundimos en un tierno abrazo, repleto de suspiros y alguna que otra lágrima. Marina secó unas perlas de agua que paseaban por su piel, que nacían en el verde de sus ojos y desembocaban en el carmín de sus finos labios. Luego se incorporó, con una media sonrisa avergonzada, y me pidió que no me moviese de allí. Por segunda vez se alejó de mí, por primera de la casa.

Cuando regresó cargaba, en sus brazos, con una caja de cartón. La dejó justo en el centro del salón, se quedó a su lado y ambas fueron el centro de todas las miradas. Observé desde el sofá que estaba repleta de aquellos recuerdos que habían compartido en la habitación del hospital, pero mientras yo dormía en una incómoda cama sin saber de su existencia, ellos esperaban —en la mesita de noche— mi atención. Posiblemente todos esos recuerdos estaban cargados de nostalgia, de afecto, de ternura y sobre todo de amor, de mucho amor... tendré tiempo para descubrirlo.

Una rosa y una carta

Permanecí sentado en aquel acogedor sofá con las manos cruzadas entre sí y los recuerdos esturreados en algún rincón de mi mente. Desde allí analizaba aquella caja de cartón que había dejado en medio del salón. Le pedí que la cambiase de lugar.

—Ponla junto a la chimenea o en cualquier otro sitio donde no estorbe el paso —le dije. No me gusta ver cosas por medio, ni en el salón, ni en ninguna otra estancia.

Marina la arrastró, con sus pequeñas manos, hasta colocarla justo donde le había indicado. Luego empezó a sacar un sinfín de objetos de ella, pero le increpé para que volviese a dejarlo todo en su sitio:

—¡Marina! ¿Te ha pedido alguien que saques esos objetos? Por favor, vuelve a dejar las cosas donde estaban. No me apetece en estos momentos ver nada, estoy cansado. Quiero descansar.

—Perdóneme, Señor. Lo siento, pensé que quizá le gustaría ver todos estos bonitos regalos y recuerdos —decía mientras los recogía.

—No te preocupes, no pasa nada. Perdóname si te ha molestado como me he dirigido a ti. En estos momentos no me apetece ver nada, estoy algo confundido, cansado y me gustaría poder tumbarme un rato para pensar y descansar. Necesito poner en orden mis pensamientos ¿Lo comprendes, verdad?

—Por supuesto que le comprendo, Señor. Han pasado tantos años que es normal que se encuentre confundido y que no recuerde muchas cosas de su vida, pero no se preocupe, no tenga prisa, hay quien dice que nunca fueron buenas. Verá como, poco a poco, irá recordándolo todo. Yo le ayudaré a hacerlo ¿le parece?

Le sonreí, pues en realidad no había nada que no me pareciese bien de Marina. Mi sonrisa nos acercó, me pidió permiso antes de sujetarme del brazo y juntos salimos de aquel salón hacia la primera planta.

—Allí arriba posiblemente encontrará otro mundo, otros recuerdos y otras sensaciones. Volverá a ver su habitación, donde tantas veces soñó y donde compartió buena parte de ellos. Podrá descansar todo el tiempo que desee, hasta que decida despertar —iba diciendo Marina conforme abandonábamos el salón.

Después volvimos a pasar delante de aquel espejo que trajo consigo nuestra primera discusión. Seguía completamente tapado con la toalla de baño. Me detuve delante de él y pregunté a Marina:

—¿Cuánto tiempo va a tener que pasar para que podamos descubrirlo? Quiero mirarme en el espejo, tengo tantas preguntas que hacerle sobre mi presente, mi pasado... Me gustaría preguntarle cuántos secretos esconde en cada reflejar.

—Señor, no tenga prisa, ni piense en ello ahora. Llegará ese día en el que pueda mirarse en él, comprenderá que si presta atención puede escuchar sus sinceras palabras... que no le quepa la menor duda de ello Señor, pero ahora es el momento de descansar, confíe en mí —guiñó un ojo, apretó mi hombro y esperó mi confirmación.

—De acuerdo Marina, confiaré en ti y tendré paciencia, pero permíteme que sea yo quien te pida un poco de ella para subir todos estos escalones de mármol blanco que asciende hasta la planta de arriba. ¿Cuánto tiempo consideras que tardaremos en subirlos, una hora, un día o toda una vida? Coge un poco de agua y víveres por si tenemos que acampar a mitad de camino. Hay que ser precavidos ante los posibles imprevistos —le dije tratando de ocultar en la ironía mi debilidad.

Marina rompió a reír a carcajadas, entre ellas me decía:

—Señor, no se lo tome a mal, pero cómo se puede ser tan tontito, ¡es usted la mar de gracioso! ¡Anda! ¡Venga suba el primer escalón que empezamos el ascenso!, ¡ánimo campeón!

Nos quedamos en el inicio de la escalera mirando hacia arriba. Observé que el final estaba muy cerca de nosotros pero muy lejos de mis posibilidades.

Tardé varios segundos antes de poner el pie en el primer escalón. Marina se había tomado a broma mi ironía y yo temía que mi debilidad hiciese que todo fuese muy serio. Resoplé, tomé aire, traté de autoconvencerme que podría hacerlo aunque le decía a Marina que sin ella sería imposible. Cuando apoyé mi pie descalzo sobre el primer escalón de mármol, tuve la sensación de que las cosas no siempre son como parecen ser, ni siquiera como dicen ser. No sentí en mis pies ese frío natural que recubre al mármol ¿Podría ser que mi temperatura corporal fuese inferior a la que tenía ese escalón?, eso era improbable; ¿que aquella piedra que presumía ser mármol no lo fuese?, es posible; o ¿quizá fuese que había dejado de sentir?, eso no quise ni pensarlo.

Empezamos a subir una escalera de escalones vertiginosos. Mi mano izquierda se apoyaba en una barandilla de madera, mientras Marina tiraba con fuerzas de mi brazo derecho. Ella subía los escalones a mi par, a mi lado. Estaba tan cerca de mí que en cada respiración, se colaban por los orificios nasales un fresco olor a abril que llenaban mis pulmones de primavera. Cuando habíamos llegado justo a la mitad de la escalera paramos unos segundos.

—¿Qué tal se encuentra Señor? ¿Está usted cansado?

—Estoy fuerte, robusto como un roble ¿No me ves? ¿Subimos los últimos escalones en *sprint*? —le reté quizá demasiado eufórico.

Marina volvió a reír a carcajadas. A veces no sabía si lo hacía de mí o conmigo, pero en cualquier caso me encantaba ver esa bonita sonrisa.

—Como usted desee Señor... Venga coja una pizca de aire que este último tramo lo haremos en *sprint*, ¿preparado?, tres, dos, uno... ¡vamos!

—¡Preparado! Pero no me suelte ¿eh?

—No le soltaré.

Me sujetó con fuerza del brazo y continuó con la cuenta atrás:

—¿Preparado?, tres, dos, unos... ¡Vamos!

Empezamos a subir los últimos escalones a toda velocidad, a la que mi debilidad permitía. No dejábamos de reír, ni de gritar ¡menudo escándalo formamos!... Conforme íbamos subiendo, la velocidad descendía, sobre todo la mía. Empezaba a quedarme sin combustible. Después de un disputadísimo final de carrera logramos llegar al último escalón, rompimos —a la vez— un lazo imaginario que marca la meta de toda carrera a pie y luego caí fulminado al suelo, arrastrando a Marina conmigo.

—¿Te has hecho daño? —Fue lo único que pude decir, necesitaba respirar...

Marina no pudo responderme, no podía parar de reír. Así que —entre risas— nos quedamos tirados en el suelo mirando a un techo que estaba repleto de vinilos con forma de estrellas de distintos tamaños. Parecía la típica escena de una película romántica en la que todo el mundo espera un beso, incluido yo. Pero hay cosas que solo ocurren en la ficción. La banda sonora de nuestra escena era la melodía desafinada de nuestras carcajadas, siendo estas las verdaderas protagonistas de la función. Momentos como esos son los que me llenan de vida.

Cuando finalmente pudimos incorporarnos, me quedé delante de Marina a escasos treinta centímetros de ella mirándole a los ojos, esos que tanto me intimidaban, y con una leve sonrisa me aproximé a ella para abrazarla, mientras le decía al oído:

—Gracias, Marina. Muchas gracias.

Ella no dijo absolutamente nada. Solo supo mirarme tímidamente y hacerme sonreír al volver a escuchar ese sonido que hacía con su boca y tanto me encantaba. Ese «chiscar» de sus labios cuando sonreía, junto a esos pequeños hoyuelos de sus mejillas, le hacían ser increíblemente bonita.

—Hemos llegado Señor —dijo segundos después—. Ya estamos en la planta de arriba. Me siento muy orgullosa de usted, ¡al final lo ha conseguido! Aquí el aire parece mucho más sano y ahí, justo detrás de usted, hay una puerta que debe abrir para ver esa habitación que tantos sueños le ha regalado y tantos otros se quedaron sin envolver.

Giré sobre mí, me aproximé muy despacio hacia ella. Dudé sobre qué debía hacer. No tenía del todo claro si quería abrirla o simplemente quería regresar al sofá. Huir de la incertidumbre o de los miedos podría ser una buena salida, pero tenía curiosidad por saber qué encontraría al otro lado. Solo había una forma de saberlo.

Abrí la puerta muy lentamente con mucha sutileza, como lo hace la madre que entra a la habitación de su bebé para besarlo sin despertarlo de su dulce sueño. Al abrirla, lo primero que vi frente a mí, fue una cama de matrimonio que parecía bien hecha, tenía las sábanas de tonos rojinegros y una colcha de rayas grises y negras. De cabecero había una ventana que posiblemente dejaba ver el cielo desde la cama. A ambos lados de esta había una mesita de noche. Una de las paredes estaba decorada con dos cuadros que simulaban las siluetas de dos personas.

Desde el umbral de la puerta fui observando cada detalle de aquella acogedora habitación. No solo había incienso en la cómoda sino que también olía a él. La banda de una estantería estaba repleta de velas de todos los colores, predominando los tonos de las sábanas. Aquella habitación era realmente acogedora. Me atreví a entrar en ella, al menos dos pasos. Después me quedé tan embobado viendo cada detalle de ella, que por un momento me olvidé que Marina me acompañaba.

Cuando volví la mirada atrás, observé que Marina esperaba bajo el marco de la puerta sin moverse. Hubo algo que me llamó muchísimo la atención e incluso me inquietó y fue ver a Marina tapándose la boca, como si de esa forma pudiese detener los secretos, pero lo que verdaderamente me hizo sentir un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo, fue ver como sus ojos estaban cargados de brillo. No quitaba su mirada que se había clavado, como lo hace la estaca en el corazón del vampiro, en un punto concreto de la habitación. Me acerqué a ella, sujeté su cara con mis manos y le pregunté:

—¿Qué ocurre Marina? ¿Qué has visto en esta habitación para cambiar tu expresión? Apenas han pasado unos minutos desde que estábamos tirados sin parar de reír... ¿Qué ocurre?

Marina no respondió en ese momento. Cogió mis dos manos que aún cubrían sus mejillas y las besó tiernamente, sin dejar de apartar la mirada en ese punto de la habitación. Parecía como si no pudiese verme, como si estuviese hipnotizada. Nunca antes la había visto así, me emocionó que en tanta dulzura hubiese cabida para esa tristeza.

Me giré sobre mí mismo, aguanté la respiración, pues el pulso es difícil de controlar, y lentamente fui guiándome en sus ojos para encontrar ese lugar de la habitación que Marina era incapaz de dejar de mirar... Sobre una mesita de noche había dos objetos que no distinguí anteriormente. Vi una rosa gris calcinada, envuelta en un papel de seda transparente y un lazo rojo haciendo tirabuzones; debajo de la rosa había un sobre blanco, medio abierto, con una nota en su interior.

Me aproximé a la mesita de noche casi de puntillas. Tomé con delicadeza la frágil flor, la acerqué a mis fosas nasales pero su fragancia había muerto. Observé que Marina seguía inmóvil. Había apoyado su cabeza sobre el marco de la puerta y sus manos las había guardado en los bolsillos.

Seguidamente cogí el sobre. Le di varias vueltas antes de abrirlo. Saqué la nota. Aquella carta estaba escrita a mano pero fui incapaz de leer, ni entender que ponía en ella, no porque fuese ilegible, ni porque estuviese escrito en un idioma que desconozco, sino porque en ese momento había olvidado leer.

Durante unos segundos quedé inmóvil, sin apartar la mirada de la nota. Me negaba a aceptar que hubiese olvidado leer e intentaba recordar las primeras lecciones en la escuela de esa materia, pero mis recuerdos seguían bien escondidos por mi mente. Lentamente fui elevando la mirada. Tenía un enorme nudo en la garganta y aunque intenté tragar saliva para disolverlo, mi boca parecía estar más

seca que aquellos pétalos de rosa. Sentí una enorme presión sobre mi pecho, tapé mis ojos con mi mano e hice todo lo posible para que Marina no me viese derramar una sola lágrima. Desde esa misma posición, estiré mi brazo derecho hacia donde se encontraba ella. Mi mano sujetaba la nota que fui incapaz de leer y sin poder mirarle a la cara, le pedí, a Marina, que leyese su contenido.

Pude oír, por mi espalda, como se acercaba muy despacio. Fue el único instante en el que Marina entró en el dormitorio. Cogió con sutileza la nota de mi mano. Nada más empezar a leerla se le escapó, desde lo más profundo de su interior, un sentido suspiro con forma de flecha que vino a clavarse directamente en mi corazón junto con estas palabras:

«Tu sueño se hizo realidad»

P. T. L. V.

La habitación de los sueños regalados

Luego guardó la nota en el sobre, me la devolvió y la dejé de nuevo sobre la mesita, sabiendo que en algún momento tendría que volver a ella. Nosotros no dejamos de mirarnos, primero a los ojos, luego a nuestro alrededor y cuando volvieron a reencontrarse lo hicieron empapadas. Un diluvio de sentimientos nos sorprendió, no estábamos preparados para ello. No hice comentario alguno, me quedé con su suspiro y con unas palabras que aún hacían sangrar a mi corazón. No me quedé esperando su consuelo, solo deseaba que Marina no se alejase de mí por nada del mundo. Tenía que hacérselo saber, aunque no sabía el modo de decírselo:

—Me siento tan confuso. No soy capaz de entender nada o no sé si prefiero no tener que entenderlo. ¿Sabes Marina? ¿Alguna vez alguien te enseñó a sentir o a poner en orden las emociones? Esas son las cosas que deberían enseñar en la escuela, pero hay cosas para las que ni Google encuentra respuestas. Lo que te voy a pedir no es nada fácil para mí.

—Acepto que pienses que soy muy egoísta o un interesado pero solo lo seré un tiempo. Tengo que pedirte algo —esperé unos segundos haciendo inconscientemente más tensa su espera antes de soltarlo.

No quiero que te vayas de mi lado —suspiré y proseguí—, te necesito conmigo un tiempo, hasta que consiga encontrar una explicación a este jeroglífico de emociones... Por favor Marina, quédate a mi lado —rogué de rodillas.

Marina alargó un silencio que no pudo con mi insistencia:

—Es cuestión de supervivencia, te necesito. Por lo que más quieras en este mundo, prométeme que no me vas a dejar solo. Entiendo que esto para ti solo es un trabajo y que algún día deberás marcharte, pero a mí me va la vida en ello —agaché la mirada esperando su sentencia.

Marina me miró, como otras tantas veces lo hacía, frotó su nariz con la palma de su mano y mostró una hermosa sonrisa que llenaba de ternura la habitación. Oculté mi entusiasmo, en mi interior, mientras esperaba su veredicto. Imaginé como sus palabras salían envueltas en una dulce voz, diciéndome que siempre se quedará a mi lado, pero los silencios fueron alargándose haciéndome volver a la realidad. Me miraba, tan solo me miraba.

Supe que me había equivocado, que no debía haberle hecho esa petición. Fui demasiado egoísta. Acepté el silencio de su palabra por respuesta. Luego Marina hizo un gesto con su cabeza, como ladeándola, como tratando de decirme que había una puerta en el otro extremo de la habitación.

—La había visto antes ¿Quieres que abra esa puerta? —pregunté.

—Es usted quien debe tomar la decisión, pero en algún momento tendrá que entrar en ella, Señor.

—¿Dónde me llevará? —volví a preguntar, deseando que su respuesta me hiciese no tener que abrirla.

—Solo podrá saberlo si la abre, Señor.

Su respuesta fue obvia... Siempre tuve pavor a lo desconocido, estaba convencido que detrás de aquella puerta me encontraría con algo que me arañaría el corazón, que haría cambiar la superficie de mi piel por la de un ave de corral, que haría nacer un río en mi mirada y, sobre todo, lo que más temía era que todo eso ocurriese sin saber por qué.

Me acerqué a Marina que no me espera, sabiendo que a su lado sería todo más fácil. La cogí de la mano y mis dedos —instintivamente— se entrelazaron con los suyos. Mientras le sonreía, me sorprendió con un guiño que se cruzó con mis palabras:

—Acompáñame a descubrir que hay ahí tras esa puerta —dije.

Un suspiro, un apretón de manos, otro suspiro y luego mordió su labio mientras negaba con la cabeza diciendo con una voz que clamaba comprensión:

—Lo siento Señor, mejor le espero aquí. Pero me gustaría que supiese algo antes de abrirla ¿Sabe?, nunca me separaré de usted, aunque apenas le conozca parece ser una persona increíble, de esas que al tener un noble corazón le hace ser mejor que un monarca... Espero que entienda que usted es quien debe abrir esa puerta que abre respuestas.

—¿Respuestas a qué? —No tenía la más remota idea a qué se refería.

—Respuestas a las preguntas que muy pronto me hará para saber todo, desde quién fue, quién es y como llegó hasta aquí.

Me sorprendieron sus palabras, el nivel de responsabilidad había subido un peldaño en un solo instante. Estaba nervioso, respiré profundamente y conforme fui aproximándome a esa puerta lentamente, iba creciendo en mi interior un temor incesante, hasta el punto de pensar que podría morir de miedo... Una vez frente a ella, mi mano envolvió un pomo dorado que hice girar y empezó a abrirse.

Con los ojos cerrados entré en esa habitación. Un dulce olor a vida se interpuso en mi camino. Estuve durante unos segundos respirando profundamente ese aroma que se había hospedado en mis pulmones. Al abrir los ojos apenas pude distinguir nada, estaba todo demasiado oscuro.

De pronto escuché a mi espalda como se acercaban unos pasos que encendieron una luz tan blanca que cegaba mi mirar. Segundos después recuperé la visión y perdí las palabras.

En un pequeño vestidor, unos cuantos collares y pulseras colgaban de un sol hecho de forja en una pared; varias cajas de zapatos se amontaban —unas encima de otras— como si fuesen rascacielos de cartón; una barra arqueada se resistía a rendirse

mientras sujetaba decenas de vestidos, vaqueros y otros complementos de mujer y en un rincón de madera, una caja que parecía esconderse detrás de unos trajes de caballero, fue lo que llamó mi atención. Pensé que podría tener vida, parecía aterrorizada. Era como si alguien la hubiese castigado sabiendo que allí nadie iría a buscarla, jamás la encontrarían. Posiblemente su propio miedo fue quien le hizo perder el color y unos dibujos infantiles que le protegían. Me acerqué a ella, aparté violentamente los trajes que se deslizaron sin resistencia por una barra casi desnuda y, antes de abrirla, la sacudí. Me asomé a un interior preparado para una bienvenida, un interior de patucos rosas, pijamas de una sola pieza, vestidos sin cremalleras, baberos con las letras del abecedario, chupetes sin estrenar, sonajeros sin vida... Me sorprendió ver que todo estaba perfectamente doblado, con su etiqueta recortada por el precio y los juguetes en sus blísteres originales. Era como si esperasen que alguien les diese vida. Me incorporé.

Marina seguía bajo la puerta, sabía que solo allí podría salvarse del terremoto, pero mis cimientos no temblaron, me faltaba una explicación aunque me sobrasen los motivos...

Mientras su mirada esperaba mis palabras, mis palabras se perdieron en su mirada. Mis manos recorrieron cada prenda de aquella habitación, se detenía en alguna percha, en algún vestido, acercaba la manga a mi nariz, respiraba tras ella y sobre todo, sentía el aroma de quién se vistió en ella. Guardé un pañuelo estampado que parecía querer precipitarse desde unos de los cajones y cuando mis emociones empezaron a ser visibles, hui de aquella habitación antes de que en mis ojos empezara a llover. Cerré la puerta, se apagó la luz y se encendió mi debilidad. No entendía por qué aquella habitación se llamaba «la de los sueños regalados» cuando allí no encontré ningún lazo, pero sí necesité una cuerda para salir de mi propio agujero.

—Varias vidas iba a necesitar para poder estrenar tal cantidad de ropa ¿De quién es todo esto? —dije a Marina cuando perdí de vista a los sentimientos.

Marina se llevó los dedos a la boca y las uñas a los dientes. No dejaba de repetir una y otra vez:

—Lo siento, Señor. Lo siento mucho... —decía temblando, no de frío, sino de miedo...

No entendí nada. Cuando elevé mis brazos para abrazarla, ella ya había encontrado un refugio en mi pecho. Ahora no sabría distinguir quien fue el que abrazaba y quien el que abrazó. Los dos necesitamos el mismo papel.

Apenas unos segundos después, sentí como mi pecho empezaba a humedecerse. Era la lluvia que había vuelto a los ojos de Marina, los míos se empezaron a nublar. Nos refugiamos dentro del mismo abrazo, luego volvió la claridad y recuperé la voz.

—Marina ¿Qué es lo que sientes? ¿A qué se debe tanta culpa? ¿Dónde me he perdido para no encontrar explicación a nada? —le preguntaba enfrentando, con mis manos, sus ojos a los míos.

Era preciosa hasta cuando lloraba. Apartó mis manos y sin soltarlas me llevó

hasta la cama. Allí nos sentamos. Me ofreció un pañuelo de papel que sacó de su bolsillo, suspiró y esperó que ese suspiro desapareciese en el ambiente. Clavó su mirada en el techo mientras secaba, con otro pañuelo, unas lágrimas que no supo ocultar.

—Señor, es tan difícil todo esto para mí... no sé si aguantaré. Perdóneme si le miento o le oculto la verdad, si en algún momento abandono y, sobre todo, perdóneme si no sé ayudarlo. Haré todo lo que esté en mis manos para encontrar sus respuestas, se las merece... pero por favor, tenga paciencia, sé donde encontrarlas aunque desconozco como hacer para llevarle hasta ellas... Necesito descansar y usted debe hacer lo mismo. Tantas emociones... acabaron con mis fuerzas. Si quiere le ayudo a cambiarse, le arroparé y cuando se despierte continuaremos...

—Suspiré. —Supuse que era lo mejor para ella y para mí.

—No te preocupes. Encontraremos esas respuestas, ya lo verás. No es necesario que me ayudes con la ropa, podré valerme por mí solo. Si quieres márchate a descansar. Me temo que nos espera un día muy largo por delante...

—Me temo que sí... —apuntó mientras asentía.

Unas manos abrazan mis mejillas, unos labios las roza y una voz se aleja de mí mientras va diciendo:

—Estaré en el salón. Si me necesita llámeme y vendré enseguida... ¡Descanse Señor! —Escuché decir a una sombra que se perdió mientras bajaba la escalera.

Sentado en una cama para dos, con los pies sobre el suelo y la mente por todas partes, me quedé rebobinando sus palabras intentando buscar una explicación ¿por qué tenía que mentirme o abandonarme? Minutos después me cansé de pensar, a veces eso sucede. Me tumbé. Mis pies y mi mente —ahora— estaban en el mismo plano. Cerré los ojos y descansé, olvidándome de dormir.

Héroes

Abrí los ojos. A un lado una rosa descansaba sobre un sobre, al otro una puerta permanecía cerrada. Todo seguía como antes. De pronto se colaron por la ventana unos gritos que hicieron alertarme. En la calle unos niños jugaban a voces bajo el rugir de una tormenta. Me asomé tras el cristal pero allí no vi a nadie. La lluvia echó el telón a las miradas que asoman tras las ventanas en esos días tristes para quien observa. Imaginé a niños vestidos de chubasqueros, calzados con botas de agua de colores escandalosos y un montón de paraguas esturreados por los escalones de los portales. Reían, jugaban y a empujones peleaban para saltar desde un bordillo —que llamaban trampolín— a unos pequeños lagos que se formaban en el asfalto. Unos niños que acabarían empapados de agua hasta las cejas y ajenos a lo que les esperaba en casa, una sonora regañina o quizás una semana sin «tele». No entiendo que la diversión se premie con castigos. ¿Quién siendo un niño no disfrutó saltando sobres los charcos en los días de lluvia?

Posteriormente me puse en pie, froté mis ojos que se resistían a desprenderse, observé esa rosa, aquella nota y cuando me fui a dar cuenta volvieron a aparecer las preguntas ¿Quién iba a querer conservar esa flor sin olor, ni color? ¿Cuál fue ese sueño que se hizo realidad?, y sobre todo ¿Por qué esas siglas P. T. L. V.? Me aproximé a unos cuadros que colgaban sobre una de las paredes de la habitación. Eran siluetas de personas. En uno, una mujer ocultaba su rostro; en el otro, un hombre escondía sus manos. Me gustaba más el femenino. Mi dedo recorrió el perímetro de su figura. Intenté calcarla en el aire pero fue imposible, se notaba que era una copia falsa.

Volví a fijarme en ellos. Observé que tenían pintados —con una letra muy pequeña, casi ilegible— unas palabras rojas. Eran demasiado pequeñas como para poder leerlas, aunque seguramente debía ser algo muy bonito dada la belleza de aquellos cuadros.

Caminé hacia el baño que no debía estar muy lejos. Al traspasar el umbral de la puerta un escalofrío recorrió cada rincón de mi cuerpo, desde unos pies desnudos a una cabeza perdida. Me detuve. La mirada volvió a la habitación y, en un instante, dejaron de escucharse los gritos de los niños que jugaban con los charcos en la calle. También dejó de llover. Mi cuerpo acompañó a una mirada que no quiso asomarse sola por la ventana. Me sorprendí al escuchar que una bandada de gorriones habían sustituido al griterío de aquellos niños, que aunque el arco iris siempre sale cuando llueve no apareció por allí, pero lo que más me sorprendió fue ver las calles, que

debían parecer océanos, completamente secas, como si nunca hubiese llovido, como si aquellos niños no hubiesen estado divirtiéndose... como si nada hubiese pasado. ¿Quizás esa tormenta solo existió en mi cabeza, quizás esos niños jugaron en mi interior o quizá, solo quizá, había pasado mucho más tiempo del que yo pensaba?

Me alejé de la ventana, de la habitación y de los interrogantes. Al cruzar nuevamente el umbral de la puerta mi cuerpo esta vez no experimentó ninguna reacción, suspiré aliviado.

En un baño de losas amarillas; a mi izquierda, una pared de tela oculta una bañera y posiblemente decenas de geles y champús; en frente, sobre un mueble de madera blanca, tres cepillos de dientes permanecen de pie dentro de un vaso que hace otras funciones. A su lado, un bote de dentífrico completamente aplastado sabe que muy pronto acabarán con él y lo arrojarán en una papelería que se alimenta de su físico; justo encima, un enorme espejo rectangular envuelto en un antifaz de papel espera que alguien le deje mirar y mientras no ocurre nada a mi alrededor, mi interior me obliga a despegar el papel por una de sus esquinas. Me acerco, empiezo a despegarlo y acabo recordando las palabras que dije a Marina. Lo dejo, me alejo y lo agradezco. Abro un grifo monomando, dejo correr el agua, la toco —está fría— y espero un poco más. Luego empapo mi cara, mientras una pastilla de jabón juega a resbalarse entre mis manos, termino ganando y finaliza el juego.

Salí del baño, me asomé por la barandilla de la escalera y al mirar hacia abajo me parecía una hazaña —lejos de mis posibilidades— bajar aquellos escalones sin la ayuda de Marina. No quería despertarla. Ella descansaba en el salón y yo no sabía cómo llegar a él. Pensé cómo hacer para bajar, pero pensé demasiado tarde, ya me encontraba dos escalones más abajo. Mi mano derecha se aferraba a la barandilla, la izquierda no supo hacer otra cosa. Mis pasos eran lentos, mis ganas avanzaban demasiado deprisa. Me esperaban al final de la escalera. Minutos después me encontraba a mitad del camino. Me sentí bien, aún me quedaban fuerzas para continuar. Los últimos escalones los veía cada vez más lejos. Mis piernas flojeaban, temblaban... Cuando vine a darme cuenta, me topé de bruces con el espejo de serpiente de la entrada. Seguía tapado con la toalla —resoplé.

Miré hacia atrás para ver el camino que había dejado. Nunca antes, al mirar a una escalera, vi al Everest, sonreí. Mi cara dibujó una feliz sonrisa que imaginé, no pude verla.

Mientras Marina descansaba echada en el sofá del salón, unas voces —sin respeto— discutían, utilizando como medio un televisor que desearía no tener que escucharlas. Mi sed inició el camino hacia la cocina, mi cuerpo le acompañó. En ella, bebí agua directamente de la botella, sin poder evitar —nuevamente— derramar parte de ella sobre mí.

Salí de la cocina, más mojado por dentro y por fuera, y me quedé observando a una mujer que dormía en posición fetal. Descansaba apoyando su cabeza sobre un pequeño cojín. Transmitía ternura, parecía tener frío. Me aproximé a ella de puntillas,

aflojé el volumen de la discusión y la arrojé primero con una manta y después con un beso que hizo que su respiración se cruzase con la mía.

—¿Duermes? —Le susurré mientras me alejaba de su respiración.

El silencio respondió por ella y me alegré al escucharlo. Después me levanté. Mientras me alejaba de ella no dejé de mirarla. Luego me marché del salón, del pasillo y me detuve frente a un portallaves de madera oscura que había colgado junto a la puerta. Había dos llaves; una era demasiado grande, solo podría abrir un castillo; la otra, demasiado pequeña, esa abriría un secreto. La de la casa no estaba. Abrí la puerta casi de puntillas, me reencontré con los nueve escalones. Comencé a bajarlos y cuando alcancé el séptimo me detuve, resoplé aliviado y sonreí. Frente a mí, a unos kilómetros del suelo, un arco iris sin inicio ni fin me daba la bienvenida, haciendo desaparecer una parte de mis dudas.

Aquel chaparrón, aquellos niños disfrazados de bomberos y aquellos charcos del asfalto existieron. Los dos últimos escalones los bajé de golpe, de un salto. Después me levanté, me sacudí las rodillas y dije —en voz baja— mientras perdía de vista la escalera.

—Volveré.

Miedo

Nada más llegar al primer cruce de edificios me perdí. Busqué en un alrededor hecho de hormigón algún indicio que me trajese algún recuerdo, pero aquellas avenidas que parecían aeropuertos y aquellos pequeños jardines sin apenas espacio para un columpio, no me decían nada. Mis pasos se asustaron, me detuvieron, recularon y yo con ellos.

Luego pensé que si no me alejaba demasiado difícilmente me perdería. Empecé a caminar observando e intentando recordar los nombres de las calles que iba dejando atrás. La lluvia se había encargado de borrar la mayoría de ellos. Después me fijé en los escaparates de las tiendas y las fachadas de las cafeterías que iba descubriendo a mi paso. Minutos después, quizá horas, me fui a dar cuenta que me había alejado demasiado del nombre de la primera calle, del segundo bar y de mi casa. Supe entonces que me había perdido. Empezaba mi propia aventura y quise hacerlo cerca del mar. Me alejé de mis miedos y empecé a bajar por una infinita avenida con árboles a ambos lados de la carretera y un desfile constante de vehículos que circulaban a gran velocidad. Todo estaba tan cambiado... Las señales verticales de tráfico eran electrónicas, los pasos de peatones no resbalaban y las casas eran edificios... Hacía ya rato que había perdido la noción del lugar y ahora —también— la del tiempo. ¿Qué hora podría ser? Posiblemente debía rondar las seis y media de la tarde, los parques infantiles empezaban a llenarse de unos niños que jugaban a no cansarse y de unas madres que no se cansaban de hablar. Recuerdo que a mí de pequeño siempre me gustaron los toboganes, tampoco había mucho más donde elegir: toboganes o columpios. Las atracciones también eran distintas...

Una alambrada me separaba de aquel parque que tenía frente a mí. Los años estaban aún más distanciados. Me aferré a unos alambres que se elevaban unos metros formando una valla de rombos que permitían pasar el aire pero impedía cruzar los cuerpos. Tras ellos, observé a esos pequeños diablitos que se divertían a base de gritos y porrazos, mientras las pequeñas princesas también se divertían haciendo buen uso de las atracciones. Intenté buscar entre todos alguna cara conocida, familiar, pero todos me parecían extraños felices.

Me alejé de la alambrada, de los gritos y regresé al presente.

Continué caminando con la mirada agachada y sin mirar atrás, porque me daba miedo volver al pasado y no recordar que estuve allí. Conforme caminaba el mar y su fragancia empezaban a asomar frente a mí. Me fui cruzando con sombras que hablaban, se alejaban y desaparecían; otras, en cambio, me perseguían hablando a mi espalda.

No quise elevar la mirada y descubrir sus rostros, jugar a no escuchar mientras evitaba pisar las líneas que unían las losas no era tan aburrido. Jugué durante unos cientos de metros. La playa quedaba cerca, mi casa no sé dónde quedó.

Con los años he aprendido que las personas no se pierden cuando no saben cómo regresar a casa, ni cuando llevas un tiempo sin saber de ellas... las personas se pierden cuando ni ellos mismos se reconocen y yo empezaba a sentirme un extraño.

En un instante, me vi en medio de un cruce, en una gran ciudad llamada pensamiento. No sabía que dirección elegir, si continuar las indicaciones que llevaban a la playa o tomar el camino inverso que me acercaba a Marina. Lo decidiría más tarde...

En un pequeño banco de piedra, frente a una cafetería que parecía invitar a sus clientes, me senté a descansar, a pensar. Desde allí observé a un señor en una mesa, de unos ochenta años de experiencia, de cabellos plateados y de aspecto descuidado. Bebía solo. Una copa de anís, junto a media naranja y medio limón era toda su compañía. Pero a pesar de ello, parecía feliz. Una sonrisa, que dejaba al descubierto la ausencia de piezas dentales, daba las buenas tardes a todo aquel que pasaba cerca de él. Había quienes devolvían el saludo, otros sonreían al escucharlo y la mayoría se alejaba de sus palabras, de su sonrisa. Se le veía feliz y su felicidad se contagió en mi cara. Aquel señor debía ser de ese tipo de personas que pueden hacer de tu peor día, la mejor anécdota.

Y mientras él saludaba, yo seguía en ese banco viajando entre las grietas que existen en mi memoria. Intuí que había pasado algo que se alejaba de mí y no quise aceptar, aún, que los años tenían mucho que ver en ello.

Mientras estaba en aquella cama de hospital, posiblemente, me perdí decenas de historias de amor y desamor, también perdí un tiempo que jamás volveré a recuperar, pero lo que no quería pensar era que también hubiese perdido a personas. Esa grieta la miré de reojo, pasando de puntillas por su lado, sin llegar a asomarme del todo a ella.

Apenas pasaron unos minutos cuando tomé una decisión: seguir la senda que llevaba al mar. Me incorporé, me estiré y caminé —sin jugar a andar— en dirección a aquel señor. Pasé a su lado, lo busqué, se percató de mi presencia, de mis intenciones y no dudó —ni un instante— en mostrarme su sonrisa. Luego dijo:

—Buenas tardes, *my friends!* —Su sonrisa se prolongó.

—Buenas tardes.

—*How are you?* —Volvió a preguntar.

Intuí que toda la conversación la realizaríamos en la lengua de W. Shakespeare. No me importó.

—*Fine, thanks! ...and you?* —Reí al verme en medio de esa escena.

—*Verywell* —dijo su sonrisa.

Le respondí del mismo modo, mientras él alzaba su copa, como lo hace el padre el día de la boda de su hija, aun sabiendo que su princesa esa noche y todas las

demás, dormiré en otro castillo...

—¡Qué pase usted un buen día Señor, *see you!* —dije para despedirme.

Asintió con los ojos, con la cabeza y con todo su cuerpo.

Me fui alejando de aquella cafetería cuando un grito, que venía por mi espalda, hizo girarme hacia ella.

—Las sirenas existen y son preciosas *my friend* —decía aquel señor de pie mientras sus manos me decían adiós.

Le sonreí, le dije adiós —también con mi mano— mientras me decía a mí mismo lo son, ya lo creo que lo son... —Acordándome de Marina.

Me giré y continué mi pequeña aventura. Mis pasos se aceleraban a medida que aumentaba el sonido de las olas al llegar a la orilla. Empecé a ver gaviotas por el cielo, eso era otra buena señal, me encontraba ya muy cerca. Cuando finalmente llegué a la playa, me quedé inmóvil justo delante de un pequeño muro que me separaba de la playa, de la arena, del mar... Lo primero que sentí fue paz, luego nostalgia. Mi corazón se encogió, mi estómago parecía un nido de mariposas, pero no de las que vuelan sino de las que te hacen volar. Me impresionó ver la belleza del azul, del cielo y del mar; el estruendo rugir de las olas tan parecido al del rey de la selva; aquellas pequeñas barcas pesqueras faenando en el horizonte con la esperanza de encontrar algo que llevar a la boca para cenar esa noche y, sobre todo, por encima de todo, el mar...

Sin tiempo que perder, salí corriendo hacia él, como si me llamase, como si le escuchase. Tropezando a cada paso con mis ganas de tocarlo, caídas que quedaron dibujadas en la arena, hasta que mis zapatos quedaron hundidos en el mar. No sé si el agua estaba fría o no, la felicidad me hizo impermeable.

Si miraba al Este, asomaba un paraje lleno de fauna, de vegetación autóctona, de vida, de leyendas y sobre todo de magia. Si lo hacía al Oeste, una ciudad repleta de grúas que se perdían entre las nubes, restaban belleza a un solitario mirador de madera que sabía que cuando el sol empezase a marcharse él dejaría de estar solo. Y a mi alrededor una playa que parecía un desierto, pero con mar. No había nada, ni nadie allí, apenas a unos metros de mí una montaña de cañizos hacía recordar la violencia con la que sacude el poniente. Caminé de espalda, como si de un cangrejo me tratase, hasta que mis zapatos emergieron. Me incliné, cogí uno de esos cañizos e intenté —con él— hacer un dibujo en el lienzo de la orilla. Volví a mirar a mi alrededor, allí debía estar mi inspiración. Cerré los ojos suavemente, busqué en mi mente y mi mano hizo el resto. Fue como estar en la butaca del cine viendo proyectar una película, la de tu vida. Después, abrí los ojos, solté la caña y vi mi dibujo. Era algo parecido a esto:



Sí, lo sé, no es bonito ni para mí, ni para quien lo observa, ni para el mar... Segundos después una ola se encargó de borrarlo y llevárselo con ella. Así es el mar, te quita lo que dejas cerca de él y te devuelve lo que no necesita. Me quedé allí, de pie, unos minutos, no hice más que ver pasar las olas esperando que me devolviese mi dibujo. Me di por vencido.

Elevé la mirada al cielo, empezaban a dibujarse miles de estrellas, esas solo podía borrarlas el sol. Pasaban los minutos como si fuesen segundos. La noche me alcanzó sin darme cuenta que me perseguía.

Apenas veía nada desde la orilla. La tenue luz del paseo marítimo solo iluminaba el asfalto. Era el momento de regresar.

Una vez en el paseo marítimo, me senté en uno de sus bancos. Vacíé la arena de los zapatos. Me quedé mirando esa montaña de arena que había junto a mis pies... Pensativo, asustado, perdido... no sabía cómo regresar a casa. Echaba de menos a Marina.

Y ahora me arrepiento de no haberla despertado, de estar solo, de estar perdido... pudiendo estar con ella en este hermoso lugar. Quería verla, volver a escuchar su voz y ese sonido que se escapaba de sus labios cuando sonreía.

Pensaba en el camino de vuelta, y mi cuerpo temblaba. Me puse de pie, miré a un lado —nada—, al otro —tampoco— y luego busqué el camino de regreso en un cielo que parecía ordenado. Las estrellas brillaban repartidas en lo oscuro, la luna seguía siendo la reina de la noche y una estrella fugaz que no quiso sentirse fuera de escena ocupó un papel secundario. Sin pedir deseos, me dejé guiar por la estela que dejó a su paso. Caminé encogido, con las manos en los bolsillos, por una carretera sin terminar y sin arcén. Los pocos coches que circulaban por ella me deslumbraban, hasta que uno de ellos a punto estuvo de atropellarme. Fueron mis reflejos los que me salvaron. Salté por un terraplén, de dos metros de caída. Aquel coche desapareció en la primera curva, sin saber que era yo quien estaba perdido.

Desde el suelo me vi rodeado por un campo de matas, piedras y arena. Me sentí pequeño, menguaba en cada suspiro. Nadie vendría en mi auxilio. El cielo se me vino encima y vi como la luna lloraba al verme llorar a mí. Empezó a chispear...

De pie, con más magulladuras que esperanzas de salir con vida de allí, me acordé de Marina. Era más grande el dolor de no volver a verla, que el de las propias heridas, esas siempre cicatrizan. Me sentí mal al verme desamparado en ese lugar donde —posiblemente— nadie podría encontrarme. Sin brújula que me guiase me senté en un

suelo de tierra que empezaba a convertirse en barro.

Cabizbajo, con el cuerpo herido —sobre todo por dentro— y los pantalones rasgados, no me importó taparme la cara —con unas manos llenas de cortes—, ni llorar como lo hace el niño desconsolado que acaba de perderse y no sabe a quien abrazarse.

Lo que en principio iba a ser una bonita aventura, estaba convirtiéndose en mi peor pesadilla. Ojalá fuese un sueño y pudiese despertar, pensé.

De pronto sentí latir mi corazón en mis manos. Aquellas pulsaciones no traerían nada bueno. La respiración acelerada lo reafirmaba. Traté de tranquilizarme. Estaba tan nervioso que pensé que en cuestión de segundos sufriría un infarto. Debía relajarme y respiré profundamente.

En apenas unos segundos había controlado la respiración, necesité unos minutos para que mi corazón volviese a su sitio. Entonces fue cuando empecé a creer que pronto vendrían en mi auxilio, pero escuchaba pasar los coches, la noche hacía lo mismo y yo... yo continuaba allí solo. Empecé a caminar y apenas unas docenas de matas después, pude observar que me encontraba a las puertas de una extensa plantación de girasoles. Me llamó la atención, me acerqué a ella tanto que un centenar de pasos más y me vi rodeado por un ejército de girasoles que parecían mirarme. Hacían sentirme pequeño, muy pequeño, pero no en altura sino en defensas.

Aquella estampa era impresionante, inefable, única. Era como un ejército desfilando en el día de la Hispanidad, pero en lugar de mirar al frente, miraban al suelo. Creo que me miraban a mí.

Quizá ya había pasado una hora, seguía chispeando. No llegaba a llover, el cielo me dio tregua. Dejé de andar y gateé, como lo hacen aquellos pequeños incansables antes de aventurarse a caminar, solo que yo ya estaba de vuelta. Empecé a sentir miedo, aquellos girasoles mirándome en la oscuridad provocaban que dejara de mirarlos. Llegué a pensar que si hacía un ruido que perturbase su descanso, acabarían con mi miedo de golpe. Mi aventura hubiese tenido un triste final. No me gustan esos finales, prefiero los inesperados.

De vez en cuando, entre el miedo y el frío, dejaba espacio para recordar a Marina. Ella no sabía que bajé solo la escalera, que no quise despertarla, que aflojé el volumen de la televisión, que la besé antes de irme... Ella no sabía, ni yo tampoco, que iba a perderme. Ahora llevará unas horas buscándome entre miedos, desesperación, y la voz —de un jefe— que no puede quitársela de la cabeza, que la habrá amenazado con despedirla —tachándola de irresponsable—. Y durante todas esas mismas horas habrá estado acompañada de una pareja de policías: el joven,

buscando en su dolor una grieta por donde acercarse a ella; el mayor —a primera vista— la condenará culpable porque, ese policía, hacía años que había dejado de hacer su trabajo por vocación, justo después de su primera nómina.

Y mientras yo la imaginaba en mi memoria, mis ojos solo veían tallos de girasoles que se extendían en la oscuridad de la noche. De pronto me vi rodeado por un frío que se coló bajo mi ropa. La noche estaba llegando a su punto más gélido. Primero mi cuerpo se arrugó, después fueron mis manos quienes me abrazaron y finalmente cerré los ojos para no ver que dejé de sentir las piernas, junto a todo mi cuerpo. Ese silencio sepulcral de la noche solo fue perturbado por el sonido de mis dientes al chocar.

Y así, casi dándome por vencido, quise amenizar el final cantando una canción que me vino a la cabeza. No recuerdo qué grupo la interpretaba y me puse a cantarla, intentando vencer al silencio prolongado de las despedidas, para escuchar por última vez mi voz y para olvidarme —por unos segundos— que el frío hacía, aún, más grande mi miedo. Canté en voz alta, no me importó despertar a los girasoles, quería cantar, desafinando, desgarrando mi garganta, rompiendo las cuerdas vocales, haciéndolo mal, muy mal, como suelo acostumbrar a hacerlo.

*«Solo puedo recordar como me miraba,
mientras mojaba mis labios con alcohol,
carretera perdida ruta del diablo,
acariciando sus curvas muero yo».*

Mientras cantaba, me sentía mejor. Me acordaba de Marina que se quedó en mis pensamientos. Y fue así como pasé el resto de la noche cantando una y otra vez este estribillo: *«solo puedo recordar como me miraba...»*, hasta que finalmente perdí junto al miedo, mi voz.

Y sin saber como, dejó de chispear. Encontré fuerzas donde no las tenía, me puse de pie y me quedé mirando al cielo. Todo seguía en orden, las nubes se empezaban a alejar.

Poco después, escuché uno grito que se acercaba a mí, por mi espalda, desde muy lejos, parecía desesperado. Me giré hacia él, pero no pude verle, había desaparecido con el silencio. Cerré los ojos, la nariz y la boca durante unos segundos, como si al hacerlo todos los sensores de los sentidos se distribuyesen entre los demás, pero seguí sin escuchar ese grito.

Hay quien dice que cuando la muerte te acecha de cerca, empiezas a tener alucinaciones. Me pellizqué las piernas y sentí dolor, aún no estaba alucinando, creo.

Enseguida regresaron esos gritos —ahora en plural— a mis oídos. Giré sobre mí mismo, miré alrededor, a todas partes, en horizontal y vertical, pero —de nuevo— allí no vi nada. Era un ir y venir de gritos, de alucinaciones, como si fuese el eco de una voz que viene y va, un eco que empezaba a retumbar en mi cabeza, haciéndome

dudar de si todo era un sueño, una pesadilla o demasiado tarde.

—¡Señor! ¡Señor! —Escuché por última vez, esta vez con claridad.

Y cuando me fui a girar hacia esa voz, una sombra me abrazó haciéndome caer de golpe al barro. Ella cayó conmigo.

—¿Marina, eres tú? —Estaba tan cerca de mí que no pude verla, su olor puso luz al encuentro—. ¡Gracias a Dios! Te he echado tanto de menos —le decía meciéndola en un abrazo.

Y antes de que ella dijese nada, ya nos habíamos puesto de pie. Enseguida tomó la palabra.

—¡Qué sea la última vez que me hace esto! —Vociferaba Marina, que no parecía feliz por el reencuentro. ¿Ganas de verme?, ¿por qué se marcha de casa sin decirme nada, está usted mal de la cabeza o qué le pasa?

—Pero Marina, déjame explicarte —le decía mientras trataba de sujetarle por unos brazos que hacían aspavientos al son de su voz.

—No hay nada que explicar. Estoy muy molesta con usted. No se imagina la tarde y la noche que me ha hecho pasar, dando vueltas por todas partes buscándole, preguntando a todo el mundo por usted, pero nadie le había visto, salvo un señor que había en la terraza de una cafetería saludando a todos los viandantes. Me dijo que le vio por la tarde, y que iba camino de la playa. Fui corriendo, pero allí ya no estaba, no había rastro de usted. Había muchísimo oleaje y pensé que las olas le habrían arrastrado mar adentro. ¡No me vuelva a hacer esto! —Y el silencio se prolongó varios segundos.

—Está bien Marina, tienes razón, pero no te pongas así. Lo importante es que estamos bien ¿no? —Quise restarle importancia al hecho en sí. Bueno, en realidad no quería ver a Marina hablando así, estaba ciertamente disgustada conmigo.

—¡No, Señor! No pretenda hacer como que no ha pasado nada. ¡Eso no es lo importante! —Exclamó liberándose de mis agarres—. Lo importante es que, seguramente lo que usted no quiere ver, es que me ha tenido muy preocupada. Déjeme decirle algo Señor, hubiese deseado no tener que decírselo, pero me ha defraudado, me ha engañado y, lo que más tristeza me da, es que ya no pueda confiar en usted.

El frío se acentuó. Luego resoplé dos veces, mientras negaba con la cabeza. Pensé que debía morderme la lengua, pero mis palabras se adelantaron a mis pensamientos:

—¿Cómo tienes la desfachatez de decirme que te he engañado? ¿Qué te he defraudado? Y ¿que no puedes confiar en mí? Por favor Marina, no me hagas reír o te tengo que recordar que fuiste tú quien me fallaste primero al decirme que no me mirara al espejo ¿eso no lo recuerdas, verdad?

—Pero lo hice para protegerle, Señor —interrumpió.

—Déjame acabar que yo te he dejado hablar a ti. Es verdad que no te dije que salí a dar un paseo, pero fue por no despertarte. ¿Piensas que yo sabía que iba a perderme? Te quiero a mi lado, ¿cómo iba a querer estar lejos de ti? Y ahora me

puedes decir ¿cuándo te he engañado o qué hice para defraudarte? —Pregunté mientras iba secando las señales que la rabia había dejado en mi cara.

—Da igual Señor, déjelo. Lo siento, de verdad que lo siento —dijo con una voz mirando al suelo.

—No da igual, ahora me dices dónde y cuándo te he fallado. —Insistí a una sombra que se confundía con la noche.

—Lo siento, Señor. Ahora no me apetece discutir con usted, no me pagan para eso. Pero si quiere le recuerdo lo que me dijo en la habitación de su casa nada más llegar a ella.

—Recuérdamelo —le dije con seguridad.

—¿No se acuerda, verdad? A eso le llamo yo memoria selectiva. —Dijo mientras miraba mis ojos, muy cerca de mi cara.

—Si te digo que me lo recuerdes es porque no lo recuerdo bien. Hemos hablado muchas cosas y llevo una tarde muy complicada, por no hablar de la noche que he pasado.

—Sí, claro, para mí ha sido facilísimo. Me dijo algo como que podría pensar que es un poco interesado al pedirme que no me separe de usted, que quiere que siga hasta que logre darle explicación a todo esto, que sin mí sería imposible, que no podría hacerlo... Bla, bla, bla... ¿continúo?

Un molesto silencio se instaló entre nosotros y a nuestro alrededor.

—Le reitero sus palabras: ¡No te vayas de mi lado! ¿Lo recuerda, Señor? —insistía Marina que parecía expulsar el dolor con palabras.

—Sí, de algo sí que me acuerdo, ¿y...?

—¿Y...? Pues que usted me pide que no me vaya de su lado y a la primera oportunidad que tiene, coge y se marcha del mío. Nada más Señor, solo eso.

Y fue nada más. Me dejó sin recursos, sin palabras y sin defensas. Solo supe decir:

—Lo siento, Marina.

Cómo me jode decir eso, me dije a mí mismo.

—Lo siento, de corazón. Por nada del mundo querría hacer daño a nadie y mucho menos a ti.

Los reproches fueron como una muralla invisible que nos separaba pero que se iba deshaciendo a medida que nos hablábamos desde el dolor. Estas últimas palabras fueron las que hicieron que su pecho se enfrentase con el mío, que nuestros brazos abrazaran nuestros cuerpos, ella el mío, yo el de los dos.

Marina era preciosa en la sombra, en el día, enfadada o sonriente... Sabía qué decir en cada momento para echar por tierra todos mis argumentos. Acababa de conocer un carácter de Marina desconocido hasta ahora, pero lo que más me gustó fue eso... me gustó.

Cuando nuestros cuerpos se separaron, volvió su sonrisa y la mía.

—¿Volvemos a casa? —me preguntó, arrugando la nariz.

Rodeé mi brazo por su espalada, a la altura de los hombros. Me apoyé en ella. Luego aproximé mi boca a su oído y, entre un susurro y una media declaración, le dije:

—¿Sabes qué...? —Esperé unos segundos antes de descubrirme... Te he echado de menos.

—¿Sabe qué...? —Esperó unos segundos antes de descubrirse... Yo también, aunque está usted tonto.

Y automáticamente rompí a reír, ella se unió unos segundos después. Una palabra fue suficiente para romper la magia de aquel momento.

—No se ría, Señor. No vuelva a hacerme algo así, porque la próxima vez no saldré a buscarle ¿me está escuchando?

Volví a sonreír. Luego cuando la risa empezaba a ser incómoda nos miramos fijamente a los ojos. Se me pasaron mil cosas por la cabeza en ese momento, pero enseguida desaparecieron, cuando Marina me besó, —en la mejilla— pero me besó. Después preguntó:

—¿Volvemos?

—Por favor, ya es hora de hacerlo. Se acabó mi aventura con final feliz e inesperado, como a mí me gusta —respondí.

—¿De qué aventuras me habla? —preguntaba con una expresión de no saber de lo que le hablaba en su cara.

—Olvídalo Marina, ya te lo contaré en otro momento...

Poco a poco fuimos adentrándonos en la madrugada. Marina se preocupaba por mis heridas, yo le restaba importancia. Después de mucho caminar, nos detuvimos y giramos la cabeza al pasado.

—Me preguntó... ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —decía Marina.

—Y... ¿Cómo has llegado hasta mí? —le contesté.

—Es igual. Continuemos... —dijo.

Volvimos al presente y asomé la mirada al futuro. El horizonte no era muy diferente, solo que parecía estar en calma.

—¿Es precioso, verdad? —Pregunté a Marina.

—¿El qué?

—Pues este paisaje que nos rodea ¿Qué va a ser si no?

—Pero... ¿por qué me lo pregunta?

—Porque no parpadeas; porque tus ojos brillan; porque están cristalinos y porque ya es la tercera vez que te secas una lágrima ¿se puede saber qué es lo que te provoca todo esto?

—Es usted muy observador, pero solo son los efectos del cansancio, Señor...

—No sé Marina. Creo que hay algo más en esas lágrimas. —Continué—. Es como si este lugar despertara en tu interior un sentimiento que no quería amanecer, no sé, quizá tristeza o quizás fuese felicidad...

—No diga tonterías, por favor... y no piense tanto. Se lo vuelvo a repetir por

última vez y se acabó el tema. Me pasa que es muy tarde y estoy agotada de estar todo el día buscándole. Si tengo los ojos así es porque me vence el sueño. Casi no puedo mantenerlos abiertos.

—Claro, Marina —dije irónicamente—. Tienes tanto sueño que ni siquiera has parpadeado, suele pasar... ¡Me estás mintiendo, Marina! ¡No es por eso!

—Si es usted tan listo y lo sabe todo ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Me estás mintiendo? —Pregunté entre sorprendido y acusador.

—Pues mire sí, sí que le he mentado ¿contento?, pero no me pregunte por qué. No me apetece hablar ahora de ello. Quiero llegar a casa de una vez y dormir del mismo modo. Ya tendremos tiempo para hablar, más adelante, de todo esto. Pero ahora ¡no!, no me apetece.

—¿Más adelante? ¿Cuándo?

—¡Qué pesado es usted! ¿No?, ¿nunca se lo han dicho? Estoy agotada hasta para hablar. Continuemos caminando que de aquí a nada empezará a amanecer...

—De acuerdo, Marina, pero no te enfades conmigo ¿vale?

—¡Vamos! —Dijo un paso más adelante, mientras tiraba de mí.

Hacia unos minutos que habíamos dejado de caminar sobre un suelo que parecía querer tragarnos para hacerlo por una carretera que parecía estar abandonada. Aquellos cuerpos de animales debían llevar allí semanas descomponiéndose.

—¿Qué ocurre Señor? ¿Por qué se para? —preguntó Marina.

—Nada, no me pasa nada —dije mientras miraba al cielo.

—¿Me está mintiendo? —Marina parecía no creerme.

—Sí, te estoy mintiendo, pero no te voy a contar qué me pasa, ahora no...

—Muy bien, Señor, pues entonces dejemos de hablar y continuemos.

Sin aviso, sin esperarlo y sin saber cómo una luz amarillenta se aproximó seseando, sin control, hacia nosotros. Justo antes de su embestida, empujé a Marina que extrañamente se había quedado inmóvil. Dos cuerpos abrazados cayeron rodando por el desnivel de la carretera. La luz pasó a escasos centímetros de nosotros, junto al sonido del motor de un coche que se perdió en la oscuridad.

—¡Hijo de p...! —Grité, haciendo aspavientos, a dos luces rojas que se alejaban por segundos hasta desaparecer.

—¿Estás bien?, pregunté a Marina, que aún tenía el susto en su cara, en su cuerpo y en su interior.

—¡Sí! ¿Y usted Señor?, ¿pero qué ha pasado? ¿Qué ha sido eso? ¿De dónde salió?

—¿No lo has visto? Hemos estado a punto de hacerles compañía a esos animales que dejamos atrás...

—No vi nada, Señor, estaba mirando al cielo cuando de repente la luz, un golpe y al suelo —decía una voz que salía de un cuerpo que no dejaba de temblar.

—Parece que será una noche plagada de sorpresas.

Una vez olvidado el susto, volvimos a la carretera. Pensábamos que aquello solo

fue un golpe de mala suerte, era imposible que volviese a ocurrir. Gracias a Dios, bueno no sé si gracias a él o gracias a mí, Marina no tenía ni un solo rasguño de la caída y su belleza seguía imperturbable. Caminamos en silencio varios cientos de metros. El miedo a que volviese a ocurrir se hizo dueño de nuestras palabras y aquellos animales que aparecían del ruido de las matas y cruzaban frente a nosotros, nos hacían —inevitablemente— estar alerta en todo momento.

—Estoy agotado. Te importa que me apoye en ti —dije casi rogándole.

—Por supuesto que no, Señor, más bien todo lo contrario. Ese es mi trabajo, servirle de ayuda o de apoyo.

—Y... ¿vas a estar siempre a mi lado?

Se detuvo, me paré; una mirada, agacho la mirada; una sonrisa, la intuí; un beso, lo siento; otra sonrisa, la veo y una respuesta:

—Que no le quepa la menor duda de ello, Señor.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Lo sé, Señor, lo sé...

—Pero si apenas me conoces ¿cómo puedes saberlo?

—¡Qué sabrá usted si le conozco o si le dejo de conocer!

—Lo sé, Marina, lo sé... —Imité su respuesta.

—¿¡Ah!, Sí? ¿Lo sabe? ¡Pero qué listo es este hombre!

—¿Verdad que lo soy? —ironicé.

—Bueno eso tendremos que comprobarlo ¿no? Para ello solo necesito hacerle una pregunta, de las fáciles ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! —dije frotando mis manos y con un nerviosismo en mi interior que supe disimular con mis gestos.

—Pues ahí va... ¿Me puede decir cuál es su nombre?

Rompí a reír a carcajadas, unas carcajadas que desaparecieron nada más ver la seriedad con la que Marina esperaba mi respuesta.

—Pues me llamo... me llamo... déjame pensar... un segundo que lo tengo en la punta de la lengua...

—No es una pregunta difícil para un Señor tan listo ¿verdad? ¿No recuerda su nombre?

—¡Claro que me acuerdo! Espera... Me llamo... Señor, eso es. Ese es mi nombre, Señor.

—¡Ah! Se llama usted Señor. Pues bonito nombre, Señor. Encantada —dijo mientras iniciaba un apretón de mano.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta mi nombre?

—¿Quién ha dicho que no me guste? Creo recordar haberle dicho «*bonito nombre, Señor*». El mío es Marina, tanto gusto.

—Ya sé que te llamas Marina y el gusto es mío.

—Quizá lo sea, o quizá no, aún es pronto para opinar, no me conoce. Hasta ahora solo sabe eso de mí, mi nombre y poco más.

—Pues cuéntame algo más de ti, Marina.

—¿Qué desea saber?

—En verdad me gustaría saber muchísimas cosas, empezaré por preguntarte: ¿Por qué me ayudas?

—Porque me debo a mi trabajo.

—¿Y por nada más? —Su respuesta me alejó de ella, no en lo físico, sino en lo emocional...

—¿Por qué otro motivo iba a querer ayudarle? —dijo volviendo a retomar el paso...

—Pues no lo sé, quizá te caiga simpático ¿no?, ¡bah! No le des importancia solo preguntaba. Por cierto Marina ¿Qué hora es? ¿A qué hora amanece?

—Son las cinco menos cuarto y amanece justo cuando sale el sol.

Después de haber estado caminando cerca de una hora, habíamos dejado muy lejos aquel campo de girasoles, ni siquiera hablábamos de él. Frente a nosotros, detrás de unas montañas, empezaba a asomar un amanecer que se resistía a despertar.

Habíamos llegado a una infinita avenida que desaparecía en medio de cientos de palmeras y de luces amarillentas de unas farolas que empezaban a apagarse. A escaso un kilómetro de distancia se divisaba un edificio blanco de dos plantas, con una enorme cruz verde en el ático. Caminamos en su dirección:

—¿Falta mucho para llegar? —dije deseando escuchar una negación a mi pregunta.

—No, Señor. Ya casi hemos llegado. ¿Ve aquel hospital al final de la avenida? —decía señalando con el dedo.

—Sí, sí que lo veo.

—Pues una vez que lleguemos allí, ya casi habremos llegado a casa.

—¡Qué ganas tengo de llegar! ¡Estoy agotado! Y loco por meterme en la cama.

Marina sonreía y mientras me miraba, dijo:

—Si es que es usted muy aventurero —afirmó con ironía—. ¿No podría haberse quedado tranquilito en casa y esperar a que me hubiese levantado para acompañarle? Nooooo... el Señor se marcha a protagonizar su propia película, «El abuelo se va de marcha».

—¿El abuelo? Marina, no empieces que la tenemos.

—Venga Indiana, no se enfade conmigo que todo esto lo podríamos haber evitado...

No dije nada, en el fondo tenía razón. Me quedé pensativo. Marina sabía como hacer para sacarme los colores. Sus palabras, ese acento, sus ojos, los hoyuelos, su sonrisa... todo, eso era lo que me gustaba de Marina, todo. Me daba la impresión que de algún modo ella también me tenía aprecio, quizá fuese cariño, es más, creo que en el fondo no puede vivir sin mí, pero eso, ella, aún no lo sabe.

—¿En qué piensa? —me preguntó y volví a la realidad.

—No, en nada, Marina.

—Se ha quedado pensativo, con una media sonrisa. ¿Seguro que no pensaba en nada?

—Seguro Marina, solo pensaba que no sé como agradecerte que estés a mi lado. Esta noche pasé mucho miedo por ahí solo y perdido, pensé en lo peor. Cuando casi me di por vencido vas y apareces tú, tan perfecta como siempre y me das un soplo de vida, de ilusión, de ganas de seguir adelante... solo por aparecer, allí, en mi vida...

Marina se mordía la lengua mientras yo le hablaba. Sus ojos verdes empezaron a brillar. No dejaba de mirarme, estaba hipnotizada por mis palabras. Después me contestó:

—Señor, es muy bonito lo que acaba de decir ¿Quién dijo que la vida fuese fácil?

—Déjame decirte más, Marina. No me importa lo difícil que sea, ni haber tenido que dormir, quizás para siempre, en un campo de girasoles, que no me importa el frío ni el miedo. Lo único que quiero es poder estar cerca de ti, saber que siempre tendré a alguien en quién pensar, con quien soñar, a quien echar en falta. Y ahora, el único miedo que tengo es que te marches y me dejes solo.

—No tenga miedo, ese miedo, Señor. Estaré a su lado...

—Marina.

—¿Qué?

—Gracias.

—A usted.

—¿A mí por qué?

—Por hacer que el camino de vuelta haya sido más ameno. No sé si se habrá dado cuenta, pero acabamos de llegar a casa. Entremos, es hora de descansar de una vez.

Eso

Por fin nos encontrábamos en casa después de una noche demasiado larga y repleta de acontecimientos. Subí la escalera hacia al dormitorio, esta vez sin la ayuda de Marina, que se había quedado en la cocina haciendo no sé muy bien qué.

Entré en el baño. Todo estaba igual, el espejo con su antifaz, los cepillos en su vaso, la pared de tela... todo menos el dentífrico, había sido reemplazado. Abrí el grifo, esperé el agua caliente y cogí una esponja de la bañera. Instantes después una voz se acercó por mi espalda:

—Espere un segundo, Señor. Ande siéntese ahí —decía Marina señalando el inodoro. Déjeme que le cure esas heridas. No le haré daño.

Me senté, me quitó la esponja, la humedeció y suavemente fue limpiando los restos que dejan las aventuras.

—¡Ayyy! —Grité sin demasiada convicción, aunque no para Marina.

—Perdón, perdón, perdón... ¿le he hecho daño?, perdóneme, Señor.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! ¡Es broma!, no me estás haciendo nada de daño.

Marina volvió a sonreír. Parecía feliz aunque también la notaba cansada. Para ella también fue una noche difícil.

—¡Listo! Señor. Ya están todas estas pequeñas heriditas limpias. Ahora voy a desinfectarlas con un poco de agua oxigenada y betadine ¿le parece bien?

—Pues depende... ¿Eso duele o escuece?

—Sí muchísimo, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja! —Rompió a reírse, de mí—. ¿Cómo va a doler? No se preocupe que ni se va a enterar.

Mientras derramaba ese líquido, una mezcla de color marrón y rojizo, sobre las heridas, me quedé embobado viendo la sutileza con la que Marina las curaba.

—¡Ya está!... Y ahora quítese la ropa.

—¿Cómo? ¿La ropa?

—Sí, la ropa.

—¿Para qué quieres que me quite la ropa?

—Pues para qué va a ser...

¡Madre mía!, me estaba empezando a poner muy nervioso, ella lo sabía y yo intentaba disimularlo.

—¿Me rechaza?, Que sepa que nunca va a tener otra oportunidad como esta.

Esperé que mis nervios se alejasen antes de responder:

—Pero... es que no sé, Marina.

—¿No sabe qué?

—Pues que me da cosa hacerlo contigo.

—¿Hacer qué, Señor?

—Pues eso, no sé como decírtelo, pues eso...

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!! ¡Eso, eso! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!...

Ella empezó a reír a carcajadas, yo no sabía dónde meterme. Estaba tirada por el suelo dando pataletas y repitiendo una y otra vez: ¡pues eso! ¡Pues eso!, mientras yo seguí inmóvil sentado en la taza de W. C.

—Señor creo que ha malinterpretado mis palabras. No le estoy pidiendo «eso», es decir, «sexo», ¡por favor!, sería una falta de respeto muy grande hacia usted, incluso podrían llegar a despedirme y, como comprenderá, no están las cosas como para quedarse sin trabajo. Discúlpeme si no me supe explicar. Le pedí que se quitase la ropa para ayudarle a meterse en la ducha. No voy a permitir que se acueste hasta hacer desaparecer esa capa de tierra que ni siquiera permite ver su piel. Así que ya sabe, antes de acostarse una duchita y luego a dormir como los ángeles.

—Eso me parece muy bien Marina pero ¿no pretenderás que me desnude delante tuya, verdad? Con todos mis respetos, Marina, te pido que salgas del baño. Yo me sé duchar solo.

—¿A su edad le da vergüenza que le vea desnudo? Señor, que soy su cuidadora, no le voy a mirar ni haré ningún comentario referente a él. Solo voy a bañarle.

—¡De ninguna de las maneras! ¿A mi edad...? Tú te sales del baño pero ahora mismo. Si necesito ayuda ya te la pediré. ¡Venga fuera!

—¡Sí a su edad! Está bien, Señor, ya salgo, no me empuje. Estaré en la cocina. Si me necesita me da una voz que subo enseguida. Las toallas grandes están ahí, en la última balda de este armario.

¡Puf! ¡Qué mal rato! Es la primera vez en mi vida que me he visto en una situación así y espero que no tenga que repetirse.

Mientras el agua caliente se hacía esperar, me deshice de la ropa haciendo visible un desnudo integral, un desnudo inquieto que no quiso perder oído a una Marina que trasteaba algo en la cocina. Con el agua en su punto entré en la bañera, relajado, bajo esa lluvia de calor, viendo como el sumidero iba tragándose el jabón, la tierra y mi vergüenza. En apenas unos minutos, cuando aquel baño se llenó de vapor, parecía Londres, sobre todo a primera hora de la mañana cuando no sabes si las calles aún no han salido o si se esconden tras la niebla.

Y con la tranquilidad que produce el momento de la ducha y de estar en casa, me puse a cantar, a viva voz, olvidándome de los horarios, de los vecinos y de saber lo mal que lo hacía: «*Solo puedo recordar como me miraba, mientras mojaba mis labios con alcohol, carretera perdida ruta del diablo, acariciando sus curvas muero yo*».

Después de recrearme, salí de la ducha, tomé una toalla, la enrollé por la mitad inferior de mi cuerpo y un reguero de agua me fue persiguiendo hasta el dormitorio. Olía a incienso pero no vi ninguna varilla encendida. Luego entré en el vestidor, fui abriendo —a toda prisa— uno por uno todos los cajones; los grandes, los pequeños e

incluso los que se quedaban encajados y no se podían abrir del todo. Finalmente encontré lo que buscaba, ropa interior. No quería que Marina me sorprendiese desnudo. Unos gallumbos negros y una camiseta interior vestían a una vergüenza que parecía no querer alejarse de mí.

—¿Estás bien? ¿Qué haces? ¡Estás muy callada! ¿Dónde estás? —grité asomando la cabeza por la puerta del vestidor.

—¡Cuántas preguntas, Señor! Estoy muy bien. No hago nada. En la cocina. ¿Ha terminado usted de ducharse?

—Sí, sí... ya terminé.

—Está usted vestido o continúa desnudo. Mire que no quiero que se ruborice por mi culpa. —Preguntaba dejando escapar una risa picarona.

—¡No! ¡No!, ya estoy visible... bueno con ropa interior, listo para meterme en la cama —gritaba sin acordarme de los vecinos.

—Genial, Señor. Pues acuéstese. Yo no tardaré en hacerlo. Termino de recoger unas cosas y me acuesto. ¡Buenas noches! —Gritó.

—¡Buenas noches! Muy bien Marina, no tardes en hacerlo debes estar también agotada.

—Sí, lo estoy. En cuanto termine aquí abajo, me ducho y me acuesto ¡Qué descanse!

Antes de meterme bajo las sábanas, me asomé por la ventana donde podía ver que el amanecer acaba de despertarse y todo lo que despierta con él. Mientras empezaban a subir las persianas de las casas, la mía empecé a bajarla, había un desfase de horarios entre el exterior y yo.

Bajé la persiana, hasta el punto de no permitir colarse al sol; despacio para no despertar a mi propio cansancio; el ruido de los vecinos estuvo a punto de hacerlo.

Me metí en la cama y nada más hacerlo recordé que había dejado el baño sin recoger. Me levanté, entré nuevamente en él, recogí la ropa que había esturreada por el suelo y al meterla en una cesta de mimbre cayó una piedra muy pequeña sobre el bidel. ¡Qué extraño! —pensé—. ¿De dónde habrá salido esta piedra? La cogí entre mis dedos, la observé varios segundos, era preciosa, casi redonda y blanca, parecía una joya. La oculté en mis manos y regresé al dormitorio, a la cama.

Las sábanas parecían de estreno, olían al aroma de las cosas nuevas. Fui cogiendo posición, me sumergí bajo las sábanas, cerré los ojos y cuando creí estar dormido escuché:

—Señor ¿Está dormido? —Escuché en el exterior de mi pequeño mundo.

—No, aún no —dije mientras buscaba la puerta de salida al exterior—. Acabo de acostarme, pero no creo que tarde mucho en dormirme, estoy muy cansado —le dije a una silueta que permanecía de pie bajo el umbral de la puerta.

—Le he preparado un vaso de leche caliente con un poco de miel, Señor. Dicen que es bueno para la garganta ¿le apetece? Se lo he preparado con mucho cariño.

—¡Claro que me apetece! Muchas gracias, Marina. No tenías que haberte

molestado. Me vendrá muy bien para recuperar la voz. Llevo toda la noche cantando y la tengo rota.

—Si le vendrá bien, pero eso no le hará que cambie su forma de cantar. No se moleste conmigo, pero canta muy mal —se reía mientras dejaba el vaso sobre la mesita de noche.

—Serás...

Mientras me incorporaba quise compartir un secreto con ella.

—Mira que piedra más bonita —se la mostraba sin dejársela coger— es un tesoro que he encontrado en mi aventura.

—Pues sí que es bonita ¿Dónde la ha encontrado?

—Estaba en uno de los bolsillos de mi pantalón. Pero no sé como ha llegado hasta él, será una casualidad ¿No tendrás tú nada que ver con ello? ¿Verdad?

—¿Con los bolsillos?, preguntó Marina.

—¿Qué bolsillos?, ¿con la piedra! ¿No habrás sido tú quién la ha metido en él?

Marina no dijo nada. Se quedó mirándome fijamente. Me preocupé por cómo me miraba. Estaba seria, como nunca antes la había visto. Parecía molesta, enfadada, con el ceño fruncido.

—Marina ¿estás bien?, ¿te ha molestado lo que te he dicho?

Pero el silencio se prolongó haciendo tensar una cuerda que ninguno de los dos quisimos sujetar.

Instantes después, me dedicó la más bella sonrisa que haya podido ver anteriormente en su cara, le añadió un guiño de sus preciosos ojos verdes y concluyó con miles de besos en mi mejilla:

—¡Buenas noches Señor!, ¡qué tenga dulces sueños! —Y se marchó directa al baño.

—¡Buenas noches Marina y dulces sueños para ti también! —dije a un bonito cuerpo de espalda que decía adiós con su mano.

Me bebí el vaso de leche caliente con miel de un solo trago. Marina se giró justo bajo la puerta. Se quedó mirándome y cuando dejé el vaso sobre la mesita apagó la luz. Después escuché cerrarse la puerta.

Despertar

El día se dibujaba con un intenso olor a café. Había descansado bien, no sé cuántas horas habría podido dormir ¿seis, ocho, doce...? No sé, digamos que fueron muchas.

Subí la persiana, esta vez haciendo todo el ruido del mundo. El día estaba raro, soplabla una pequeña brisa de aire. Lo noté al mirar las hojas de los árboles, después abrí la ventana y un cuerpo semidesnudo lo confirmó. Estaba nublado aunque no parecía que fuese a llover, tampoco parecía hacer frío.

—¡Buenas tardes! Señor. Menudo dormilón que está hecho ¿Le apetece tomarse un café? Lo acabo de preparar con mucho cariño.

—Buenas tardes, Marina ¡Puf! ¡Qué bien he dormido! Necesitaba descansar. Si lo has preparado con mucho cariño no puedo rechazar ese café que me despertó con su olor.

—¿Y qué ha soñado?

—¿Qué he soñado? Pues no lo sé, no lo recuerdo, creo que no he soñado nada.

—No puede ser Señor, todo el mundo sueña ¿No me diga que usted no tiene ningún sueño?

—¿Debo tenerlo?

—Debería, Señor.

—Pues no lo sé, de todos modos si lo tuviese no lo compartiría contigo.

—¡Ah!, ¿no?, ¿y eso por qué? —Preguntó Marina con sus brazos cruzados.

—Pues porque no te conozco ¿te parece suficiente razón?

—Ya tendrá tiempo de hacerlo ¿no? Y sí, me parece una razón de peso, una inteligente razón. Aunque no me importa en absoluto que no me los cuente, me alegra saber que al menos los tiene.

—Bueno, Marina, cambiemos de tema que esto de los sueños es muy íntimo. ¿Me das cinco minutos para recoger la habitación, me pongo algo y nos tomamos ese café que no quiero que se nos enfríe?

—Si quiere bájese usted al salón, desayune o mejor dicho meriende, mientras ya me encargo yo de ordenar y recogerlo todo.

—De ninguna de las maneras voy a permitir que ordenes lo que yo he desordenado. Espérame abajo, no tardo nada.

—Muy bien Señor, ¡qué cabezón es usted!, pues le espero abajo. No tarde, por favor.

—Cinco o seis minutos, no más.

Marina se quedó unos segundos en la habitación, sin llegar a entrar, viendo como

recogía todo. Le hacía gracia que no encontrara la forma de hacer bien la cama. Cuando tiraba de un lado de las sábanas, el otro se quedaba corto y estuve un rato dando vueltas de un lado para otro hasta que logré hacerla —casi igual de bien— que en los hoteles, solo faltaban unos detalles. A Marina le hacía gracia verme hacer la cama, a mí me hacía feliz verla sonreír.

—Señor, es usted un poco «payasete» ¿no?

—Puede ser, solo me falta la nariz roja y unos zapatos gigantes. Es eso lo que hacen los payasos, despertar sonrisas ¿cierto?, y la tuya, sin lugar a dudas, es la más bonita que jamás haya visto.

—Al final va a conseguir sacarme los colores. Permítame corregir lo que acaba usted de decir, pues aunque ahora no lo recuerde, ha conocido muchísimas sonrisas preciosas. Ya tendremos tiempo para hablar de ellas. Venga no me enrollo más, termine con esa cama y vamos a tomar ese café de una vez.

—La cama está casi lista, ordeno la habitación y termino. No me entretengas más. Anda, espérame abajo.

Marina se marchó con una sonrisa tatuada hacia un salón que nos llamaba a gritos con una mezcla de olor a café y a tostadas quemadas.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —Escuché gritar a Marina, creo, que desde la cocina.

—¿Qué ha pasado? ¿Llamamos a los bomberos? Huele a quemado. ¿Marina?

—Nada, no pasa nada, solo que se me han quemado las tostadas, Señor. Me olvidé que las había dejado puestas y fíjese la que he liado.

—Ya bajo a ayudarte, un segundo —seguí gritándole.

—Da igual, si no es nada. Usted termine con la habitación, mientras preparo otra tanda. Espero no volver a quemarlas.

Seguí recogiendo la habitación, cuando al estirar la almohada encontré debajo de ella la piedra. Sigo pensando que Marina tiene algo que ver por aquello de: «*Quien calla, otorga*» y cuando le pregunté no me dijo nada, desvió la conversación.

Unos vaqueros rasgados por la rodilla y el trasero; una camiseta oscura con un dibujo de una boca sacando una lengua, unas botas grises, y ya estaba todo listo para bajar. Antes entré en el baño. En el lavabo seguían los tres cepillos de dientes. Uno sería de Marina, otro mío y ¿de quién sería el tercero?

—¡Marina! De quienes son todos estos cepillos de dientes —le grité asomando el cuerpo por la barandilla.

—El suyo es el verde, Señor.

A veces me sorprende esas personas que tienen el don de responder las preguntas sin decir nada, como Marina.

Cogí el cepillo verde, «mi cepillo verde», y me quedé mirando al enorme espejo que nada reflejaba. Era un misterio, seguía tapado. Me di la vuelta y la tentación desapareció.

Bajé la escalera, otra vez solo, apoyando mis manos en la barandilla y a una velocidad que hizo que el café no se enfriase, del todo. El salón olía a cafetería. Allí,

en el sofá gris, esperaba sentada Marina. Delante de ella, había una pequeña mesa de cristal ocupada por una bandeja de madera, sobre las que descansaban dos tazas de café y varias rebanadas de pan. Y un poco más lejos, sin perder detalle, me encontraba yo.

—¡Qué guapo! —Decía mientras le soplabo a un beso.

—Gracias Marina ¡Qué bien huele y qué hambre tengo! —Dije mientras esperaba que el beso llegase a mí.

—Venga siéntese aquí, a mi lado. Le he preparado su desayuno favorito.

—¿Mi desayuno favorito? —Dije extrañado—. ¿Cómo sabes tú cuál es mi desayuno favorito?

—Pues porque soy muy lista y punto.

—¿Quién te lo ha contado?

—No me lo ha contado nadie. No sé si lo sabrá, pero hay una cosa que se llama internet, pero si se queda más tranquilo, también le diré que he oído hablar mucho sobre usted. Le sorprendería todo lo que sé...

—¿A quién has oído hablar de mí?

—Pues a muchas personas que le quieren y están muy aferradas a usted. Ya le contaré más adelante. No me pregunte ahora. Vamos a disfrutar del desayuno que se enfría.

Mientras removía el café, daba un mordisco al pan y el humo desaparecía delante de mí, me quedé pensativo, tuve una sensación rara. ¿Cómo era posible que Marina supiese tanto sobre mí? ¿Quizá todo fuese un farol, quizá fuese una psicópata obsesiva o quizá, solo quizá, fuese verdad? De las tres opciones que deambulaban por mi cabeza, quise creer que fuese la tercera, por muchas razones. Quería creer en ella y que ella creyese en mí; porque hicimos un pacto; porque me hacía sentirme bien; porque sabía encontrar mi sonrisa; porque sabía escucharme cuando quería hablar; porque me gustaba tenerla a mi lado; porque era preciosa y, sobre todo, porque empezaba a ser imprescindible para mí, para mi vida.

—¿Marina quién eres?

—¿No se acuerda de mí? Soy Marina. Mucho gusto en saludarle.

Se acercó a mí y me besó dos veces. Ella empezó a reírse y yo sonreí con ella.

—En serio, Marina. Cuéntame cosas de ti. Si eres tú quien vas a cuidarme, me gustaría saber —al menos— en manos de quién estoy.

—Me parece muy justo, Señor. Pregúnteme qué desea saber y yo le respondo ¿Le parece?

—Pues no, no me parece. Mejor háblame libremente de ti, lo que quieras o puedas contarme. Todos tenemos secretos que nunca desvelaremos. Yo no soy, ni pretendo ser periodista, así que mejor que seas tú quien hables de tu vida, de tus miedos, de tus inquietudes, de tus sueños... como si todo fuese un cuento. Quiero escucharte, disfruto al oírte, estoy enamorado de tu acento, de tu forma de hablar, de tu mirada, de...

—Pare, pare... que como siga así va a acabar diciéndome que se está enamorando de mí.

—¡Qué va! Quizás algún día. ¿Quién sabe, no? —Sonreí, solo por fuera.

—¡Jo! Qué pena que sea usted tan mayor para mí, porque me encanta.

—¿Tan mayor? ¿No dicen que el amor no tiene edad?

—Vamos a dejarlo aquí, Señor. Mientras merendamos iré contándole historietas de mi vida, no es muy divertida se lo advierto. Cuando quiera preguntar o saber algo me interrumpe, ¿le parece?

—Ahora sí me parece.

Marina comenzó a hablarme de su vida con su tono de voz. Yo sujetaba mi taza y dejaba que sus palabras entrasen ordenadas en mis sentidos. La miraba, quise analizar sus gestos, sus expresiones en la mirada, sus miradas a la nada, traté de buscar lo que ella no decía con su voz, pero quizá su transparencia me hizo no encontrar nada que no me hubiese dicho. Empecé a sentir admiración por ella, a medida que avanzaban sus vivencias. Me contaba —entre lágrimas— que nunca llegó a conocer a sus padres, pero que siempre los tuvo muy presentes. Que sabía que llegaría ese día en el que se reencontraría con ellos y le contaría que, para ella, no había sido nada fácil y, sobre todo, les diría lo mucho que les había echado de menos.

—Señor, ¿sabe?, nadie puede elegir la vida que queremos vivir, pero sí podemos mover nuestras alas para llegar hasta donde soñemos —me contaba mientras se deshacía por momentos.

Había pasado buena parte de su vida viviendo en hospitales, con el frío que desprenden esas habitaciones con olor a medicinas. Debió ser muy duro para ella. Me atragantaba —en mi propia saliva— al oír que nunca había jugado al elástico con sus amigas, que nunca tuvo una muñeca, que no sabía qué era un amor platónico. Ni siquiera fue capaz de recordar el primer beso de adolescente, se me encogió el corazón. Me decía que la vida no le dio la oportunidad de poder conocerlo, ni siquiera lo había podido echar de menos. Vivir en el ajetreo de bebés, niños, adolescentes y ancianos. A veces la vida no es justa y nos dedicamos a juzgarla cuando no hay mayor injusticia que no poder vivirla.

Marina no dejaba de darme lecciones en cada relato de su vida.

—A pesar de no haber tenido el cariño, el afecto y el amor de mi familia, siempre los tuve presente —me decía tapándose la cara.

—Me pareces una mujer increíble. Una luchadora nata, seguro que la vida te recompensa por ello —le abracé hasta que su cuerpo dejó de temblar.

Luego dejó descubrir su cara y sonrió:

—¿Cómo has conseguido superar todas esas adversidades? —Le decía mientras le acariciaba la espalda.

—¿Quién le dice a usted que lo haya conseguido? No lo hice, Señor. Pero no puedo mirar atrás, ese camino ya lo he superado. Solo me queda seguir adelante sabiendo que algún día volveré a encontrarme con ellos.

—¿Los echa de menos, verdad?

—No se imagina cuánto, Señor. Mi último pensamiento antes de dormir y nada más despertarme es siempre para ellos. Nunca podré olvidarlos.

Volvió a ocultar su cara bajo sus dos pequeñas manos, bajó la mirada al suelo y rompió a llorar desconsoladamente. Era un llanto tímido, forzando el silencio, el de Marina. El mío, fue exactamente igual.

Me sentí culpable de provocar esa situación. Nunca debí preguntar nada de su vida. Me decía a mí mismo: ella está aquí para cuidarme y no para contarme su vida ¡bocazas!

Dejé la taza del café en la mesa. Volví a abrazarla.

—¿Te encuentras bien? Lo siento, Marina. No quiero verte así.

—Sí, me encuentro bien, Señor. Perdóneme usted a mí, lo siento.

No quería llorar delante de usted, pero cuando me pongo a recordar... hay momentos, muchos momentos... que daría lo que fuese por volver a nacer y vivirlos de otro modo. Fue difícil, Señor, verdaderamente difícil.

—Te comprendo, Marina. Eres una mujer muy valiente. Tu familia se sentiría muy orgullosa de ti.

Secó los restos de tristeza con su mano, pero la humedad de sus ojos solo el tiempo podría secarla. A pesar de todo, ella sonreía, tenía la más bonita de todas las sonrisas.

—¡No me mire!, no quiero que me vea así, por favor —apartó con sus manos mi cara—. Ya le aviso yo cuando puede mirarme ¿vale?

—De acuerdo, pero déjame decirte que cuando dejas al descubierto los sentimientos, tu belleza se amplifica.

—Quiero que sepa que si me ha visto llorar es porque es usted. Además, me ha pillado en un momento un poco sensible. No se volverá a repetir nunca más.

—¿Por qué? ¿No vas a seguir contándome cosas de tu vida? Es un placer escucharte.

—Casi mejor que no, Señor. Creo que por hoy ha sido suficiente. Si le parece terminamos con la merienda que, por cierto, se ha enfriado todo y empezamos a hablar de usted y a indagar por sus recuerdos ¿Le parece?

—Sinceramente me da bastante miedo.

—¿Miedo a qué?

—Miedo a saber cosas que no me gustaría oír. No quiero llorar.

—Hay que estar preparado para todo ¿Lo está?

—No, no lo estoy.

—¿Entonces?

—Déjame pensar un poco. Esto no es fácil.

—¿Y quién dijo que lo fuese?

Náufragos en la penumbra

Me levanté del sofá, sujetaba la taza de café y deambulé por el salón. Marina se quedó quieta, sentada, observándome. Apenas se había movido en toda la tarde. Parecía más relajada y tranquila, quizá le vino bien desahogarse y sacar la pena que tenía. No dejaba de mirarme, sin perder detalle alguno de todo lo que yo hacía.

Me quedé de pie en el centro del salón. Daba vueltas sobre mí mismo, despacio, en silencio. Solo observaba cada detalle de mi alrededor. Cuando mi mirada se cruzaba con la suya, le regalaba una mueca junto con un guiño; ella me lo devolvía pero con el ojo contrario. Era un gesto de complicidad, de cariño, de afecto...

Mi cuerpo parecía la luz del faro que gira sin descanso al ritmo de una vuelta cada tres segundos y medio, con la precisión exacta de un reloj suizo. En cada vuelta se repetían las mismas imágenes: en la esquina una chimenea negra; sobre ella varias velas de distintos tamaños y colores; a sus pies un cojín circular de color negro; a continuación, una guitarra acústica; luego un mueble bajo de color blanco; sobre él, una televisión y sobre ellos dos cuadros egipcios colocados simétricamente uno al lado del otro; seguía una puerta que daba entrada al salón, un mueble color plomo, el sofá gris desde donde Marina me miraba y jugaba a inventar gestos con cada vuelta, en esta fue un beso; a su espalda y a unos centímetros más arriba, una estantería repleta de furgonetas VW de la época y un cuadro; al lado, otro mueble de dos puertas de cristal y estanterías repletas de libros; después, una puerta que daba a un patio, una estrecha pero alargada estantería con cinco baldas —todas ellas vacías— una mesa con un monitor; sobre ella y, finalmente, esa enorme caja de cartón repleta de recuerdos.

—¿Señor? —Preguntó Marina.

Me paré al escucharla y me giré noventa grados hacia ella.

—Sí, dime Marina.

—¿Piensa seguir dando vueltas durante mucho más tiempo? Al final se va a acabar mareando y no quiero más sustos.

—Es que...

—¿Es qué...? Venga siéntese a mi lado y cuénteme.

—Es que no sé ni por dónde empezar, Marina —le decía mientras me acercaba a ella.

—Pues ¿qué le parece por el principio? Es lo más lógico ¿No?

—Sí, posiblemente eso sea lo más lógico, pero ¿cuál es ese principio Marina?

—Quieres que empecemos a partir de...

—¡Déjame pensar! —Grité, exaltado.

—Perdón, Señor. No se moleste conmigo solo quiero ayudarle.

—Lo sé, lo siento. Déjame pensar, solo necesito eso, pensar. Saldré un rato a la puerta de casa para despejarme...

—¿Quiere que le acompañe?

—No, no hace falta. Prefiero estar solo. No me alejaré, estaré sentado en la escalera de la entrada, puedes estar tranquila.

—Está bien Señor. Yo estaré aquí, no dude en llamarme si necesita algo.

—Gracias Marina, eres un sol.

Salí del salón. Necesitaba estar solo para pensar. Pasé delante del espejo de la entrada casi sin inmutarme de su presencia; entré en la cocina, dejé la taza de café y salí hacia la puerta que daba a la calle. Me senté en los escalones de la entrada con la mirada perdida en un horizonte de dúplex amarillos. Desde allí quise recordar algo que me hiciese encontrar respuestas a tantas dudas sobre mi pasado, mi presente y, quizás, hasta sobre mi futuro, pero en la entrada de casa había demasiado alboroto. Los chavales del barrio jugaban gritando y dando balonazos contra todo aquello que se cruzaba por su camino. Lo mismo daba que fuesen coches o peatones, ellos chutaban contra todos. Aquel ruido no dejaba concentrarme, ni pensar; estaba más atento a la trayectoria del balón que a intentar recordar algo. Entré nuevamente en casa.

Al entrar al salón me quedé apoyado bajo el marco de la puerta mirando a Marina. Ella me miraba, mostrando unos dientes perfectos.

—Ya sé por dónde quiero empezar —dije sin atreverme a pasar.

—Estupendo Señor, ¿pues dígame por dónde empezamos?

—¡Por las piedras!

—¿Por las piedras? —Preguntó frunciendo el ceño.

—Sí, por las piedras. Tengo una enorme curiosidad por saber de dónde salen esas piedras y que significado tienen. Me llevan persiguiendo allá donde voy, están por todas partes. Recuerdo que sobre la mesita de noche de la habitación del hospital había una enorme cantidad de ellas de todos los tamaños y colores, todas distintas, todas preciosas. Anoche, en el cuarto de baño, apareció otra, tanto o más hermosa que todas las demás. Y ahora mismo, casi sin querer, me acabo de dar cuenta que en la estantería de la entrada hay dos pequeñas piedras más ¿Seguro que tú no tienes nada que ver con ellas, Marina?

—¿Confía en mí, Señor?

—Sí confío en ti...

—Pues déjeme decirle que... —Se quedó pensativa—... es mejor no empezar por las piedras, no lo llegaría a entender, dejaríamos muchas cosas a medias, muchos eslabones sin unir, muchas historias se perderían en el tiempo, en el pasado, en el presente... Pero es usted quien debe decidir, yo solo estoy aquí para ayudarle. ¡Ah!, por cierto, no tengo nada que ver con ellas.

—Está bien, Marina ¿Qué me recomiendas?

—Que confíe en mí, solo eso.

—Ya lo hago.

Marina se levantó del sofá, se acercó a mí, me agarró del brazo y me llevó a un pequeño patio exterior que había después del salón.

Hacía una agradable tarde, sin nubes en el cielo, estaban todas en mi cabeza. Allí nos sentamos en un solitario banco de madera que presidía ese patio de no más de veinte metros cuadrados. En él apenas había nada, una mesita baja, también, de madera y una maceta con un triste girasol que parecía no querer cuentas con nadie, miraba al suelo. Después reconocí que era el mismo que había en la habitación del hospital.

—Observe a ese girasol —dijo.

—¿Qué le pasa?

—¿No le dice nada? ¿No le trae ningún recuerdo?

—Decir, lo que se dice decir... pues no, no me dice nada ¡gracias a Dios! —bromeé— pero sí me trae recuerdos. Precisamente anoche estuve rodeado de miles como él, quizá más altos. Pasé bastante miedo.

—¿Y no le dice nada? —Insistía.

—¿Debe decirme algo?

—Debería. Piense un poco. Intente buscar entre sus recuerdos extensas plantaciones de girasoles y, entre todos ellos, debe haber uno que de noche esté mirando a la luna. Venga, Señor, trate de recordarlo, no tenga prisa, concéntrese y piense en infinitos campos de girasoles.

Me quedé observando a ese triste girasol, daba pena, estaba escuchimizado. Además, era un girasol raro. Debería estar mirando al sol, como hacen todos los girasoles, pero él no. Parecía triste. Me daba pena verle así. Traté de buscar —entre mis recuerdos— algo relacionado con girasoles, pero fui incapaz de encontrar nada.

—No encuentro nada, Marina.

—¿Está usted seguro?

—Sí, sí, totalmente seguro. Por mucho que piense no me viene a la cabeza ningún recuerdo sobre campos de girasoles, ni mucho menos de uno mirando a la luna.

—Está bien, Señor. Intentaremos viajar más atrás en los recuerdos hasta que lleguemos a esos campos de girasoles ¿Le parece?

—Pues si no es muy caro el billete... —Seguí bromeando—. Me parece muy bien. Estoy un poco desconcertado, no sé a dónde pretendes llegar con todo esto. Yo te pregunté por las piedras y tú me hablas de girasoles, no sé Marina...

—Señor, ¿desea saber la verdad? ¿Quiere respuestas a sus preguntas?

No respondí. Giré la cabeza, clavando la mirada en ese triste girasol. Era de tallo delgado, con una enorme flor del mismo tamaño que sus hojas. Nunca antes había visto ningún girasol solo, normalmente están en enormes plantaciones con cientos o miles de ellos. Quise imaginar —por un instante— que elevaría la mirada, me miraría

y me diría algo, pero la imaginación no mueve girasoles. Dejé de mirarle para clavar mis ojos —una vez más— en los de la preciosa Marina.

—¿Me dolerá?

—¿Si le dolerá el qué, Señor?

—Saber toda la verdad; saber las respuestas a mis preguntas; saber quién fui y quién soy; saber qué significan esos girasoles y esas pequeñas piedras; saber el origen de todos esos objetos que hay en la caja del salón...

—¿Cree que la vida es fácil? —Preguntó Marina.

—Creo que la vida no deja de sorprendernos.

—Señor, no se preocupe por nada, ¿está usted preparado?

Respiré profundamente, junté las palmas de las manos, como si fuese a rezar, después las besé. Levanté la cabeza, miré al cielo, esperé una señal divina o simplemente una señal, luego dejé de esperar. Volví a mirar al girasol y finalmente la miré a ella.

—Sí, estoy listo.

—Muy bien, pues empecemos... ¿Cuántos años cree que tiene?

—Tengo treinta años —respondí con seguridad.

—Pues no Señor, usted no tiene treinta años.

—¿Treinta y uno, quizás? —Me acababa de poner en duda.

—Tampoco Señor. Hace unos meses que usted cumplió cincuenta y dos años.

Fue escucharlo y se me clavó esa última palabra «años» en el corazón, lo atravesó. Saltaron todas las alarmas en mi interior, empezó a bombear sangre cada vez con más potencia. Mi corazón quería salir de mi pecho, yo quería salir de allí. No fui capaz de controlarlo. Mi respiración también perdió su ritmo, se agitaba por segundos, mi cuerpo empezó a temblar, la vista se fue nublando y todo a mi alrededor se ralentizaba, incluido la voz de Marina.

—¡Señor por Dios!, ¡señor no se marche!, por favor —lloraba y gritaba—: ¡Ayúdenme por Dios, Ayúdenme! ¡Socorro! ¡Socorro!

Solo pude escucharla gritar desesperadamente pedir auxilio, mientras caía lentamente entre sus brazos. Esa fue la última imagen que recuerdo conforme la luz se fue apagando. A escasos centímetros de mí, iba desapareciendo en la oscuridad, ella, Marina. Caí entre sus brazos. Su blanca piel se tiñó de negro y sus ojos verdes naufragaron en la penumbra. Su mirada se fue desdibujando, hasta desaparecer. Me cautivó recordar que la última imagen de aquel momento fue ver como, esa bonita mujer, dejaba caer muy lentamente una lágrima, una cristalina y brillante lágrima que chocó contra mis labios. Después se hizo el frío, el silencio y la oscuridad.

Un día más o 24 horas menos

Pasaron unos minutos hasta que pude recuperar la conciencia. Me encontraba tumbado en el sofá del salón, con un paño húmedo colocado sobre mi frente y a mi lado, sin soltarme la mano, estaba sentada Marina, con una expresión de tristeza en su bonita mirada.

—¿Cómo se encuentra Señor? —Preguntaba con una tímida media sonrisa que no se atrevía a salir del todo.

—Bien ¿qué ha pasado?

—Nada Señor, que tuvo usted un pequeño desmayo.

—¿Podrías darme un poco de agua, por favor? Tengo la boca seca.

—Sí, claro. Incorpórese Señor, no vaya ser que se le derrame todo por encima.

Me senté junto a Marina. Me quedé mirando al televisor que había frente a mí, estaba apagado. Me daba miedo encenderlo, temía escuchar noticias atroces, guerras de la inconsciencia, barricadas contra los derechos humanos y lo que más horror me producía, era saber la fecha en la que estábamos. No pude apartar la mirada a esa oscura pantalla. Recordaba perfectamente todo lo que había pasado justo antes de caer en los brazos de Marina, pero me costaba creer que todo eso fuese cierto.

Quizá todo era un mal sueño del que aún no había despertado, quizá no estuviese vivo y me gustaría estarlo, o quizá, todo esto fuese real y eso me asustaba, aún, más.

—Marina ¿Cuántos años han pasado?

—¿Desde cuándo, Señor?

—Desde que no recuerdo nada.

—Han pasado ya más de veinte años, Señor.

Durante unos segundos, todo fue silencio, un silencio que se fue prologando hasta hacerse incómodo. Marina se mordía los dedos, luego rompió ese vacío con unas palabras que se me clavaron directas en lo más profundo del corazón:

—Lo siento, Señor. Lo siento muchísimo —y me abrazó.

—¡He perdido veinte años de mi vida! ¡Veinte años! —Grité desesperadamente mientras me aferraba con todo mi dolor a Marina.

No pude evitarlo, y aunque dicen que los hombres no lloran, yo lo hice como una mujer, como quien no encuentra consuelo en los abrazos. No sé si lloraba de rabia, de impotencia o de desesperación, pero mis ojos amenazaron tormenta y no se hizo esperar. No pude dejar de gritar una y otra vez: ¡Veinte años perdidos, veinte años, veinte...!

Marina intentaba tranquilizarme, siempre supo como hacerlo, esta vez no. Ella me

hablaba en voz baja sin dejar de abrazarme; yo temblaba no quería haber tenido que escuchar eso. Fue imposible consolarme. Marina sujetó suavemente con sus manos mis mejillas, dirigiendo mis ojos a los suyos. Fue imposible aguantarle la mirada, le aparté la vista.

Esta vez no encontré en la belleza de sus ojos, el refugio a mi dolor.

—Llore Señor, llore, necesita desahogarse. Esas lágrimas le ayudarán a limpiar ese dolor que encierra dentro. Vacíese Señor. Tenemos que llenar ese alma de recuerdos bonitos, de cariño y de amor. Si me lo permite Señor, déjeme decirle algo.

Asentí, aún no sé hablar debajo del agua...

—No ha perdido veinte años de su vida, nunca los perdió, solo que esta vez no tuvo la oportunidad de poder vivirlos.

Mientras hablaba fui elevando la mirada hasta llegar a sus ojos. Intenté ver, tras ellos, lo que nunca pude ver en esos veinte años. Le pregunté:

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no recuerdo nada? ¿Quién me ha robado esa parte de mi vida? ¿Quién?

—No, Señor. No intente buscar culpables en esto, porque nadie tiene la culpa de lo que pasó. Así es la vida, solo es eso.

—¿Así es la vida?, pues no quiero una vida así ¡la vida es una puta mierda!, ¡da asco! He perdido veinte años, dejando de hacer muchas cosas importantes ¿por qué? ... ¿Por qué la vida es así?

—No hable de esa forma, Señor. La vida puede ser tan bonita como se imagine y las cosas más importantes de ella no son precisamente las cosas.

—¿Qué dices Marina? No te entiendo, ¿qué quieres decir con eso de que no son las cosas?

—Señor, lo más bonito de la vida es compartir emociones y sentimientos.

—Con quién Marina, ¿no ves que estoy solo?

—¿Está solo, Señor?

—Sí, ¿no me ves?

—Yo si le veo, quizá sea usted quien no ve nada. Sus ojos miran pero no ven, su corazón late pero no bombea, sus manos tocan pero no sienten y su voz habla pero no transmite, es muda...

—¿Qué cojones dices Marina? ¿Has fumado algo?

—¿Quiere sentir, Señor?

—¡Por supuesto!, ¡claro que quiero sentir!

—Pues séquese esas lágrimas que nos vamos a dar un paseo.

—¿Un paseo a dónde?

—Deje de hacerme más preguntas. Vamos a ponernos en marcha ¿Le ayudo a incorporarse?

—No, creo que podré hacerlo yo solo.

Al ponerme en pie, Marina me dio un abrazo y me dijo al oído:

—¿Siente algo?

—No —le respondí. Sigo pensando que Marina tiene el don de saber qué hacer y qué decir en cada momento.

—Siento que me aplastas —sonreí, sonrió...

—Bueno eso está bien, por algo se empieza ¿Está usted listo?

—¿Para qué?

—¡Ostras qué hombre más pesado, respondiendo siempre con otra pregunta! ¿Está usted listo o no?

—Sí, lo estoy Marina.

—Pues ¡nos vamos de viaje, Señor!

—¿A dónde vamos?

—¿Otra vez? ¡Qué más da! Nos vamos donde nos lleven los sentidos ¿Le parece un buen destino?

—Me parece bien pero que sean los tuyos los que nos dirijan porque acuérdate donde me llevaron ayer los míos.

—¡Ja! ¡Ja! Sí, tiene usted razón ¡Muy bien! Necesitaré una rebeca Señor. Recojo un poco el salón, preparo algunas cosas que nos llevaremos y nos marchamos.

—No te preocupes, ya subo yo a por la rebeca ¿alguna cosa más?

—¡Ah! Sí, hay una cosa muy importante.

—¿Cuál?

—A partir de ahora —más que nunca— debe confiar en mí, en todo lo que le cuente. Debe creer en todo lo que sienta, porque por muy increíble que le parezca todo, vamos a realizar un viaje al pasado donde, poco a poco, iremos encontrando respuestas a sus preguntas.

—Me parece bien. Confío en ti, Marina. Te necesito a mi lado para hacer este viaje.

—¿Tiene miedo Señor?

—¿Miedo? No, no tengo miedo ¿debería tenerlo? Tengo la misma ilusión con la que un niño sale de excursión por primera vez con sus compañeros de clase, solo que en vez que vivir nuevas aventuras e ir con mis compañeros, voy a recordar las cosas que no pude vivir acompañado con la mujer más bonita que mis ojos recuerden.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¿no pensará que me siento halagada por el piropo que me acaba de regalar?

—Ah ¿no? ¿Por qué?

—¡Porque no se acuerda de nada! —Sonrió—. Como para acordarse de otras mujeres. Aun así, gracias por el piropo. Yo tampoco recuerdo a ningún otro hombre tan atractivo como usted.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, Gracias, gracias... reí, mientras se me subían los colores. Ese era otro de los muchos encantos de Marina, su buen sentido del humor.

—¿Tendremos que hacer las maletas? —Pregunté.

—No, Señor. No nos hará falta equipaje para este viaje, tampoco necesitamos sacar billetes de tren, ni de avión, ni de barco. Es un viaje por los recuerdos y solo

nos hace falta una cosa.

—¿Qué?

—No dejar olvidada la ilusión cuando salgamos de casa.

—¿Por qué?

—Porque sin ella no podremos llegar muy lejos y nuestro viaje va a ser muy largo. Sin ella no podremos levantarnos cuando nos caigamos, ni podremos continuar cuando el cuerpo no pueda con nuestra alma y tampoco podremos dormir porque se habrán consumido nuestros sueños. La ilusión es la llave que abre la puerta a otro mundo, el suyo.

—¡Qué bonito Marina! Pues nada echa tres o cuatro paquetes de ilusiones no vaya a ser que cuando estemos llegando nos quedemos sin ella y no podamos regresar —bromeé.

—¿Pero cómo se puede ser tan tonto?

Reímos a carcajadas como aquella vez que caímos al suelo al subir las escaleras.

Marina era un cielo de mujer. Sé que, para mí, este viaje no va a ser nada fácil e imagino que tampoco para ella. Supongo que los recuerdos irán apareciendo a la vez que los sentimientos y, que habrá muchas cosas que me dolerá oír y otras que me llenarán de felicidad, que habrá personas que no volveré a ver y otras que volverán a mi lado y que ya nada volverá a ser como antes, sobre todo, porque han pasado veinte años... veinte malditos años. Pero a pesar de ello, hacer este viaje en compañía de Marina es un regalo para mí. Ella me tranquiliza cuando me tiemblan hasta las ideas, me hace reír cuando asoma por una de las puertas del corazón la tristeza, me abraza cuando mi cuerpo temeroso necesita refugiarse en otro cuerpo. En apenas dos días, se ha convertido en una mujer muy especial para mí.

—Solo hay una cosa que le puedo contar del viaje, lo demás deberá descubrirlo por si mismo —sus palabras me hicieron volver al suelo.

—¿Qué es eso que me puedes contar?

—Una vez que lleguemos a nuestro destino, no habrá vuelta atrás.

—¿Es un viaje solo de ida, Marina?

—Es un viaje, solo es eso. Ya te iré contando más cosas de la vuelta. Disfrute de él.

Volver

La tarde estaba a punto de despedirse. El sol, disfrazado de pintor, dibujó otro bonito atardecer. Mientras él se preparaba para descansar, nosotros habíamos preparado todo para iniciar nuestro viaje. Sin lugar a dudas estaba intrigado. Nunca había realizado un viaje sin maletas, o al menos no lo recuerdo y tampoco había llevado la ilusión como algo imprescindible.

Marina llevaba colgada a su espalda una pequeña mochila. Su cara era una mezcla de entusiasmo y felicidad. Antes de partir me asomé al patio exterior. Observé como ese triste y delgado girasol había levantado levemente su «mirada».

—¡Marina! Ven un segundo —grité hacia el interior de la casa.

—¿Ocurre algo, Señor?

—Ven. Mira este girasol que raro es. Parece que se haya espabilado, ya no mira al suelo. Fíjate bien, parece que haya levantado ligeramente su mirada ¿verdad?

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! No es que sea un girasol raro, solo diferente. Venga Señor, vámonos que la noche se nos echa encima.

Ya en la puerta de casa, con todo preparado para partir, Marina me preguntó:

—¿La has cogido?

—¿El qué? —Pregunté extrañado e intentando recordar si había olvidado algo.

—¿No me diga que se le ha vuelto a olvidar?

—No sé de qué hablas, Marina.

—Pues de la ilusión, de qué va a ser, Señor.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, sí Marina, claro que la llevo —dije entre risas— ¡venga marchémonos ya!

—¿Lleva algo en los bolsillos, Señor?

—No. No llevo absolutamente nada. Venga vámonos —dije tirando del brazo de Marina, justo después de cerrar la puerta.

Marina no dijo nada más acerca de los bolsillos, tan solo sonrió. Antes de poner el primer pie en el escalón, me quedé mirándola fijamente. Sus ojos brillaban, su mirada era sincera, dulce y transparente, derrochaba felicidad, sus hoyuelos en esas mejillas sonrojadas, su belleza... todo me hacía creer que sería el viaje más emocionante de toda mi vida y estaba deseando que comenzara.

Nada más poner el primer pie en la acera, empezaron a encenderse las luces amarillentas de las farolas, ellas tampoco querían perderselo. Nos pusimos uno frente al otro, nos agarramos de la mano y nos dimos un sincero abrazo que hizo que sintiese su corazón latir sobre mi pecho.

Después me susurró al oído:

—Disfrute de este viaje, Señor. Nunca hará otro igual.

—Disfrutaré —le susurré también.

Y comenzamos a caminar uno junto al otro, siendo yo quien marcaba el ritmo de los pasos, lento pero incesante. Con una mano agarraba a Marina, con la otra no soltaba la ilusión. Fueron varios minutos caminando sin hablar, solo observábamos todo lo que nos rodeaba. A la izquierda, por donde despertaba el sol, parecía como si aquella luz también nos saludara, mediante destellos cada tres segundos. Ese es el tiempo que tarda en dar una vuelta completa la luz del faro de Cabo de Gata. Caminábamos en su dirección. Nada más cruzar la carretera, Marina empezó a hablar:

—¿Sabe Señor? Tengo una manía. Siempre que cruzo unos pasos de peatones me gusta hacerlo pisando las franjas blancas aunque para ello las zancadas que tenga que dar sean más grandes. Lo mismo me pasa con las losas del suelo, no me gusta pisar las líneas que forman entre ellas. No me pregunte el motivo, porque ni yo lo sé, solo son manías —elevó sus hombros y sus cejas a la vez— sonreí al escucharla.

—Si quieres podemos jugar a no pisar las líneas de separación de las losas y a pisar las franjas blancas de estos pasos —dije señalando con el dedo las que teníamos bajo nuestros pies—. ¿Te parece bien?

—¡Sí! Me parece una idea estupenda, Señor. Y ¿Qué hacemos si por error las pisamos?

—Pues... —pensé unos segundos—. Quien falle deberá volver a cruzar pero, esta vez, a la pata coja ¿sí?

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!... vale, vale. Va a ser muy divertido Señor, pero no vale hacer trampas ¿eh?

—No te preocupes, sin hacer trampas —dije no muy convencido de ello.

Este viaje empezaba a ser divertido. Me gustaba esa forma de cruzar los pasos de peatones. Lo que no tenía claro era si, a ese ritmo, llegaríamos algún día a nuestro destino.

Y así fue como cruzamos el primer paso de peatones. Era una carretera de dos carriles en ambos sentidos. Nos miramos fijamente, sonreímos y sin soltarnos de la mano empezamos a dar zancadas. La mitad de la carretera la cruzamos sin dificultades. Tomamos un respiro en la mediana.

—Esto no termina de convencerme, Señor. Hay que hacerlo más complicado.

—¿En qué estás pensando?

—Vamos a hacer este tramo sin pisar las franjas blancas, pero andando de espalda, como los cangrejos ¿vale?

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!... Venga vale, vamos a cruzar así.

Allí nos colocamos, como dos atletas que esperan el pistoletazo de salida. Segundos después logramos cruzar la carretera, sin tener que repetirlo a la pata coja. No dejamos de decir lo estúpido que había sido todo eso, aunque a veces parecer

estúpidos nos hace, también, parecer más felices. Continuamos camino de la playa. Al pasar por el parque infantil nos detuvimos. Estaba desierto de niños y de madres, los columpios no balanceaban, ni chirriaban y el griterío propio de los parques fue reemplazado por el cantar de los grillos. Cerré los ojos y levanté la cabeza hacia el cielo.

—¿Le gusta ese sonido? ¿Sabe por qué cantan?

—Me encanta. Escuchar esos pequeños insectos, que no se dejan ver, me relaja. No sé por qué cantan pero supongo que serán felices o como dice la letra de una canción: «*Al cantar me puedo olvidar de todos los malos momentos*».

—Pues no va usted mal encaminado. Cuenta una leyenda que los grillos cantan de tristeza, es como una actitud de reto a su autoestima, cuando más tristes y agobiados están, sacan su coraje y se vuelve más sonoro su cantar. Aunque eso es solo una leyenda, la ciencia dice que su cantar se produce frotando sus patas traseras, con sus alas delanteras. Solo lo hace el macho para atraer a la hembra.

—¿Tú en cuál crees en la leyenda o en la ciencia?

—Bueno, un poco en las dos. Hay cosas que la ciencia no puede explicar y prefiero creer en las leyendas, aunque no se puedan demostrar, pero nos hacen soñar y creer cosas increíbles.

—¿Y tú crees que si cantara...? No sé, ¿crees que te podría atraer?

—Por supuesto que no, Señor.

—¿Por qué?

—Por dos motivos; en primer lugar, porque usted canta muy mal y así nunca me acercaría, más bien lo contrario; y en segundo, porque ya estoy a su lado y más cerca no se puede estar.

—Ya... Te comprendo —dije tratando de disimular por fuera, una derrota por dentro.

Continuamos caminando avenida abajo.

Casi una hora después, ya habíamos llegado a la terraza de aquella cafetería donde encontré aquel simpático señor, que daba las buenas tardes de una forma muy original. Pero de aquel señor, de su saludo y de su sonrisa no había rastro alguno. Nos encontrábamos muy cerca de la playa, olía a mar, se escuchaban las olas y mi interior se fue llenando de paz a medida que nos acercábamos a ella.

—¿Te gusta? —Pregunté a Marina.

—¿El mar? Y a quién no. No conozco a nadie que no le guste. Es todo un misterio, Señor, un mundo por describir. La humanidad ha llevado al hombre a la luna, hemos explorado otros planetas buscando indicios de vida y nadie se ha parado a descubrir cuántos tesoros, misterios y vidas se esconden bajo este manto de agua...

—Tienes mucha razón. El fondo del mar es todo un mundo por descubrir, tanto como en este viaje por los recuerdos ¿verdad?

Asintió.

Cuando llegamos al paseo marítimo, nos sentamos en uno de los bancos de

madera. Descansamos. Desde allí, observábamos a personas paseando a sus mascotas, a deportistas y a enamorados que —sin soltarse de la mano— se daban algún que otro beso. Marina sacó de la mochila una botella de agua, me ofreció, bebí, le ofrecí y bebió. Luego me cogió la mano, y dijo:

—Señor ¿Está usted preparado? —Dejó de mirar a nuestro alrededor para mirar el alrededor de mis ojos.

—No sé, Marina, verdaderamente no lo sé... Tampoco sé qué final me espera, pero no quiero esperar más para saberlo.

Marina sonreía mientras le hablaba. Luego miró al cielo durante unos instantes y me preguntó:

—¿Sabe cuántas estrellas hay en el cielo?

—Puf, muchísimas, Marina. No creo que ni la ciencia haya podido contarlas.

—Cierto, es imposible saber cuántas son. Pero de todas ellas hay dos que brillan con más fuerzas que las demás.

—¿Cuáles son?

—Ya lo descubrirá por sí mismo.

—Estoy loco por hacerlo, Marina.

—¿Continuamos?

—¿Ya? Si apenas he descansado...

—Está bien, Señor, cinco minutitos más y nos marchamos.

Tras recorrer todo el paseo marítimo hasta que dejó de serlo, nos adentramos en un sendero tan oscuro que nuestra sombra perdió a nuestros pasos. Apenas podíamos ver por dónde pisábamos. Tropezábamos continuamente, unas veces con las piedras, otras con el miedo.

De pronto Marina se detuvo y su silueta apretó con fuerza mi mano. Lanzó un suspiro que vi como se expandía en el ambiente en forma de vaho. Cuando este desapareció, ella empezó a hablar.

Vendedor de sonrisas

Todo empezó una fría noche de un sábado de diciembre, del año dos mil ocho. Era día catorce y uno de sus amigos celebraba su treinta y tantos cumpleaños. Con varios amigos fueron a cenar al mismo restaurante de siempre, «El Rincón de Basi». Nunca os gustó cambiar de sitio cuando las cosas estaban bien, y en ese local, además de estarlo, os hacían sentir así.

Después de la cena, de soplar las velas, de pedir el deseo y de brindar por volver a celebrarlo al año siguiente, se marcharon al centro de la ciudad para mover el cuerpo. Allí, como de costumbre, estuvieron dando la nota en todos los sitios donde iban. En todos los locales pedíais al DJ la canción de cumpleaños feliz, para seguir brindando por una eterna amistad y desgallitar vuestras gargantas desafinadamente. No dejasteis de reír, de cantar, ni de bailar, si es que a todo eso se le puede llamar cantar o bailar, aunque patentasteis ese ridículo baile de la peonza que tantas risas provocaban. Y porqué no decirlo, también piropeabais a todas las chicas bonitas del local.

De pronto entró en el local «un vendedor de sonrisas».

—¿Un vendedor de sonrisas? ¿Qué es eso?

Marina sonrió al escucharme preguntar. No podía verla, mis ojos no se habían adaptado, aún, a la oscuridad.

—Señor ¡Fuisteis ustedes quienes le pusieron ese nombre! Son esos vendedores que encuentras en las terrazas de los cafés o en los *pub* y los ve cargado de ridículos artilugios que aunque no sirvan para nada, como unas enormes gafas de sol sin cristales, collares fluorescentes que dejan de iluminar a los pocos minutos de comprarlos, cuernos de diablo luminosos e incluso hay quienes también portan ramos de rosas, arrancan una sonrisa.

Le pusisteis ese nombre porque decíais que cualquiera de esos objetos, por muy inútil o ridículo que parezca, siempre hace despertar una simpática sonrisa a la persona a quien se lo regala, de ahí «*vendedores de sonrisas*».

Aquella noche comprasteis todo lo que llevaba aquel simpático vendedor de ojos rasgados y pelo liso para disfrazar al anfitrión de la fiesta. En pocos segundos, vuestro amigo se convirtió en una feria andante de luces y colores. Cuando se marchó del local, salió en su búsqueda y al llegar a él le dijo que le vendiera la mejor de las rosas que llevaba en su ramo. El vendedor le dio una rosa roja y le dijo:

—Seguro que es para una persona muy especial.

Usted no le dio ninguna explicación, tan solo se limitó a sonreír y desearle una buena noche de ventas y unas felices fiestas navideñas.

Interrumpí a Marina:

—¿Para qué le compré una rosa a mi amigo?

—Espere Señor... No compró esa rosa para su amigo. A pesar de estar de celebración no podía quitarse de su cabeza a su chica ¿La recuerda?

Tragué saliva, no supe qué responder... Marina continuó.

—Ella había preferido quedarse en casa, mientras usted pasaba aquella noche de diciembre celebrándola con sus amigos. Compró esa rosa para ella ¿No lo recuerda?

Volvió a preguntar, volví a tragar saliva. Por unos segundos sentí que el pecho se me hundía.

—La noche empezaba a llegar a su fin. Muchos de los locales ya habían cerrado sus puertas; en su interior, mientras los camareros cargaban las neveras, el jefe cargaba sus bolsillos.

—Decidisteis que había llegado la hora de volver a casa. Una vez en ella, entró de puntillas para no hacer ruido, para no despertarla. Estuvo buscando en el salón un sobre, pues una rosa sin palabras es como un beso sin destino. Al final lo encontró. Escribió unas palabras y la rosa fue lo de menos.

En ese momento, solté la mano de Marina y me dejé caer al suelo. No me importó ensuciarme, ni que pasara un vehículo cerca de mí y no me viese allí tirado. Solo quise sentarme, mirar al suelo, pensar, necesitaba pensar mientras mis ojos decían todo lo contrario, parecía no querer ser cómplices de mis emociones. Apenas pude tragar saliva, no sé si por el nudo en la garganta o porque, en ese momento, me sentí vacío.

Marina se agachó y me abrazó por la espalda. Apoyó su cara sobre ella y sus brazos me envolvieron. No pude evitar dar salida a unas emociones que mis fuerzas no supieron frenar.

—Marina llévame a casa por favor, no quiero seguir con este viaje —dije a media voz.

—¿Por qué Señor?

—No puedo más, Marina. Es tan difícil para mí todo esto. No quiero pasarlo mal.

—¿Quién dijo que este viaje fuese fácil, Señor?

—Nadie dijo que lo fuese por eso quiero volver.

—¿Está seguro? ¿No quiere saber qué ocurrió en todos estos años atrás?

Un suspiro, unas manos que secan unos ojos que no querían llorar, una mirada al cielo y, posiblemente, una derrota.

—¡No!, no quiero saberlo, el pasado es solo eso... pasado.

—Sí, pero usted no sabe nada de él y sin saberlo no podrá afrontar el presente, ni el futuro.

—¡Tú qué sabrás!, ¡tú... que... sabrás...! —Repetí casi sin terminar de decirlo—. ¡Me importa un carajo el futuro Marina! Vámonos ya de aquí, por favor, vámonos...

—De acuerdo, Señor, ya nos vamos para casa pero permítame decirle —aunque le duela— que pensé que era usted valiente y luchador, lo pensé... pero veo que mis

pensamientos dictan muy lejos de la realidad.

—¡No puedo seguir, Marina, no me quedan fuerzas! ¿Es tan difícil de entender?

—Pues búsquelas, Señor, pero no se rinda ante el primer obstáculo. No está solo, me tiene a su lado. Juntos podemos llegar al final de este viaje, pero si tira la toalla no me pida que no me aleje de su lado, porque me marcharé.

Ese «me marcharé» hizo que me girase hacia ella. Frente a mí solo veía un eclipse de mujer.

—¿Serías capaz de dejarme, Marina?

—¿Y usted?, ¿sería capaz de abandonar?

Elevé la cabeza, cerré los ojos y lo único que se apagó fue la luna. Allí busqué una respuesta divina y, al abrir los ojos, la respuesta se cruzó en el cielo en forma de dos estrellas fugaces. Se cruzaron tan despacio que fui capaz de leerla, tan despacio que Marina pudo decirme:

—Señor, creo que alguien le concede un deseo. Pídale, se hará realidad.

Y mientras ella me hablaba de deseos, yo seguía mirando atento a esas estrellas que se resistían a marcharse. Cuando desaparecieron, fue cuando supe que no podía abandonar, sin tan siquiera haberlo intentado.

—¿Ha pedido el deseo, Señor?

—No, no me dio tiempo a pensarlo, lo único que he pensado es que debemos continuar con este viaje ¿Te parece?

—Me parece una decisión acertada y valiente —me abrazó y me besó, aunque no recuerdo si fue en ese orden—. Venga Señor, levántese, tenemos que continuar. A unos dos kilómetros hay una Ermita, llegaremos hasta allí. Luego descansaremos.

Seguimos caminando en silencio. Apenas cien metros después, Marina continuó contándome:

—Subió descalzo la escalera, hasta llegar al dormitorio. Con la luz apagada entró en él. Se acercó a la mesita de noche, y dejó el sobre junto a la rosa. Su chica dormía abrazada a la almohada, aguantó la respiración y, sin despertarla, sus labios encontraron los suyos. La mañana siguiente, como cada domingo, le esperaban para jugar al fútbol.

Se levantó del mismo modo como lo hizo al acostarse, sin apenas hacer ruido, sin encender la luz. Desde la cama le dio otro beso, ella seguía abrazada a su almohada. Al oído le susurró: «Nos vemos a la hora de comer». Nunca faltó a una comida si el primer plato era una paella. Ella seguía durmiendo, quizá no le escuchó, nada podía perturbar su sueño. Luego se marchó a desayunar a la cafetería de siempre, situada a unas dos calles detrás de casa. Allí le esperaba un buen amigo.

Usted pidió un café bombón con media tostada de sobrasada, él café con leche y media mixta. Poco después cogieron el coche camino al estadio de fútbol, con la ilusión de ganar vuestro primer partido de liga y sin saber que ese día sería el último partido que jugaría.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué ocurrió?

Marina dejó de andar. Se puso frente a mí, impidiéndome caminar. Me cogió las manos que aún no habían empezado a temblar, las suyas empezaron primero. Sus ojos brillaban. Luego ese mismo brillo recorrió su mejilla mientras negaba con su cabeza.

—¿Qué pasó esa mañana? Cuéntame qué pasó, por favor...

Se desplomó de rodilla ante mí, rompió a llorar y algo se rompió en mi interior. No supe consolarla. Me rompió el alma sentir su dolor y escuchar sus palabras:

—Se quedaron esperándole para comer, Señor. Sus últimas palabras fueron «*nos vemos a la hora de comer*», pero usted no volvió.

—¿Pero qué pasó Marina esa mañana?

—Usted no terminó de jugar el partido, no fue sustituido, pero no terminó. Fue su último partido. Una carrera, un desplome, unos ojos cerrados y nunca más se volvieron a abrir.

Guardé silencio, no creo que hubiese sido capaz de decir nada si no fuese acompañado de una lágrima, no quise llorar más. Resoplé, sujeté su cara, estaba mojada y mientras miraba a la luna le dije:

—Es igual, Marina. No me cuentes que pasó, lo imagino. Lo importante es ahora. Tenemos un largo viaje, de nada vale lamentarse del pasado. Levántate por favor, no quiero verte en el suelo.

Marina se levantó, me miró y me abrazó. Acercó su boca a mi oído y me susurró:

—¿Qué cree usted que hay en la cara oculta de la luna?

Me separé de ella para mirarle a los ojos y le pregunté:

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque quiero saberlo.

—La cara oculta no se puede ver, solo puedes imaginarla.

—Bueno pues entonces ¿qué imagina que hay al otro lado?

—¿Pero por qué me haces esta pregunta?, no nos va a llevar a ningún sitio...

—Es una pregunta esencial que a lo largo de este viaje aparecerá en más de una ocasión y posiblemente cuando llegemos al final sepamos la respuesta.

—Pues no tengo ni idea, Marina, pero supongo que la cara oculta de la luna debe ser muy parecida a la que nos muestra.

Marina sonrió, dando con ella zanjada sus inquietudes.

Seguimos caminando hacia la ermita que por momentos parecía crecer frente a nosotros.

Finalmente, tras mucho caminar conseguimos alcanzar la ermita. Nos sentamos en unos escalones que había en la entrada. Marina sacó de la mochila una vela, una botella de agua y un surtido de pastelitos industriales. Cogí uno de ellos y me levanté. Me quedé mirando los alrededores de ese lugar mientras Marina encendía la vela. No entendía quién ordenó construir, en un lugar de tan difícil acceso y tan alejado de la ciudad, esa ermita. Me incomodaba ese lugar, lo único que me gustaba era que estaba a escasos treinta metros de la playa.

—Marina ¿Sabes por qué construyeron esta ermita aquí? Apenas debe venir nadie a visitarla ¿quién iba querer venir hasta aquí?

—Pues sí lo sé, Señor. Esta ermita no fue construida al azar en este lugar. Cuentan los fieles que fue aquí donde se apareció la imagen de la Virgen y por ese motivo se construyó en este preciso lugar a mediados del siglo xx.

—Pero ¿viene alguien aquí?

—Tiene usted razón, no es de las más visitadas, aunque todos los años, el primer domingo de enero —después de reyes—, se celebra una romería y atrae a miles de personas; a los fieles por sus creencias y a los demás por el ambiente festivo.

—¿Solo una vez al año? Bueno, mejor, así no se estropea. ¿Marina me acompaña a la orilla?, este lugar me produce escalofríos.

—¿Escalofríos? Le esperaré aquí Señor, no se aleje demasiado.

Llévese esta vela, está todo muy oscuro.

—No te preocupes Marina, no me hará falta. Déjala aquí, así sabré encontrarte.

Me alejé unos metros de la vela, de Marina y de los escalofríos. Me senté cerca de la orilla, mirando hacia un horizonte en el que se veían los destellos de las luces de los barcos pesqueros. Minutos después, miré atentamente a la luna y grité girando mi cuerpo hacia la ermita:

—¡Marina! ¡Marina!

—Dígame Señor, acérquese o ¿Vamos a tener que estar dando gritos? ¿Qué ocurre?

Me levanté casi de un salto, di media vuelta y me acerqué a Marina.

—Aquella mañana de domingo acabé en un hospital ¿verdad?

Marina continuaba sentada en los escalones de la entrada a la ermita, sin mirarme, su mirada se dirigía hacia el horizonte. No respondió a mi pregunta, apenas pude ver como se mordía el labio inferior. Segundos después levantó lentamente la cabeza hacia mí, me miró fijamente y fueron sus ojos quienes asintieron:

—Siéntese a mi lado, Señor, tengo algo más que contarle.

El cuento de su vida

Siéntese a mi lado —repitió—. Tengo muchas historias que contarle en este largo y emocionante viaje, me debo a ello. Me gustaría poder usar las palabras adecuadas en cada momento pero me resulta complicado poner en orden estos más de veinte años de vivencias. Es difícil empezar a contarle una historia como los cuentos que le narraban de niño, con todos esos comienzos, todos tan iguales: «Érase una vez...» pero intentaré hacerlo como un bonito cuento, sin príncipes ni princesas, sin castillos reales defendidos por guerreros armados, sin paseos a caballo acompañados de su bella princesa por frondosos bosques, sin nada de eso, sin nada de cuentos... Procuraré relatárselo con la magia de un cuento que nunca podrá olvidar *El cuento de su vida*.

Aquella mañana de diciembre, nadie pensaba que no volvería a casa después del partido, nadie, nadie lo esperaba. En la mesa del comedor esperaba su mujer para comer. No quería empezar hasta que usted llegase, a pesar de que los platos hacía mucho tiempo que habían dejado de humear. Nunca antes llegó tarde a una comida, pero esta vez el tiempo jugó en su contra... Su mujer, al ver que no llegaba, empezó a preocuparse, al principio por dentro, luego por fuera. Con temor cogió el teléfono, marcó su número y, después de varios suspiros, ocurrió lo que no deseaba: uno, dos, tres, cuatro... seis tonos y el buzón de voz.

—Seguro que ha olvidado el teléfono en cualquier sitio o lo habrá perdido, por eso no responde —trataba de convencerse.

Insistía una y otra vez, pero siempre respondía esa voz de mujer. No sabía qué hacer, ni a quién llamar, solo daba vueltas sin sentido alrededor del salón, hasta que de pronto sonó el teléfono fijo. Se acercó a él con la sospecha de saber que esa llamada no traería buenas noticias.

Miró la pantalla, era un número privado, fue entonces cuando supo que justo después de descolgar su mundo se derrumbaría.

Después de un titubeante ¿Sí?, y varios segundos de silencio, escuchó una voz masculina seria y fría que le hacía todo tipo de preguntas, para terminar diciéndole que debía acudir urgentemente al hospital, su chico se había desplomado en un terreno de juego. Ella preguntaba por su estado, y aquella voz solo tenía una respuesta para todas las preguntas: «*acuda al hospital cuanto antes*».

Cuando llegó, abrió la puerta de esa habitación y le vio allí tumbado en una camilla con los ojos cerrados, con electrodos conectados por su cuerpo, con guías en los brazos por donde le alimentaban y con esas molestas máquinas que avisan cuando

se detiene el corazón. Se le rompió el alma y posiblemente también su corazón, se abrazó a una enfermera que no conocía pero entendió su dolor. Después se acercó a su cama, lamentándose y sin dejar de mirarle. Al llegar a su lado, le agarró la mano y mientras secaba los restos de tristeza con la otra, le dijo en voz baja:

—Despiértate por favor, pequeño. No me dejes sola.

Interrumpí a Marina:

—¿Dónde está ella ahora?

—¿Su chica?

—Sí, quiero verla.

—No puede, Señor.

—¿Por qué no puedo verla?

—Porque no, Señor.

—Eso no es una respuesta, ¡quiero verla! Marina, llévame donde se encuentre — dije exaltado.

—No puedo hacerlo Señor, está demasiado lejos. Por favor, déjeme seguir contándole todo y cuando termine, lo entenderá.

—¡No! Marina, quiero verla ¿entiendes eso?, ¿lo entiendes?

—Señor, le entiendo perfectamente, trate de comprenderme usted a mí. No puede verla, Señor. Lo siento, lo siento...

—¿No se puede? ¿Tienes la poca vergüenza de decirme que no se puede? Te ruego —por última vez— que me lleves a su lado por lo que más quiera, llévame con ella.

—Se está equivocando conmigo, Señor. No puedo llevarle, se lo repito por última vez, no puedo. Si cree que va a poder encontrarla, por si mismo ¡adelante!, no seré yo quien le diga lo que puede o no hacer, ni quien le acompañe. Siga haciendo su camino y cuando menos se lo espere ella aparecerá.

—¿Por qué no puedes acompañarme?

—¿Recuerda lo que le conté en casa antes de salir?

—¿A qué te refieres exactamente?

—A estas palabras mías: *«a partir de ahora y más que nunca debe confiar en mí, en todo lo que le cuente, en todo lo que le diga, porque por muy increíble que le parezca todo, vamos a realizar un viaje por esos veinte años. Poco a poco irá encontrándolas»*.

—Claro que las recuerdo ¿Pero qué intentas decirme con ello?

—Que acaba de dejar de confiar en mí y no puedo seguir a su lado. Le dije que debía hacerlo. También que iba a ser un viaje muy duro y le acabo de decir que hasta que no llegemos al final no podrá entenderlo. Aun así, usted insiste en querer verla ahora y no puedo hacer nada por impedirselo. Le deseo buena suerte, Señor. Sin duda, le echaré mucho de menos.

Marina se levantó, dejó la vela en la escalera, me dio dos fríos besos y se fue alejando de mí.

—¿Te marchas?

—No, no soy yo quien se marcha, es usted quien me echa.

Marina se aproximó de nuevo a mí, me abrazó y me susurró al oído:

—Le echaré de menos, Señor.

La abracé. Fue el abrazo de la derrota y le respondí:

—Yo también te echaré de menos, Marina. Gracias por todo.

—Buena suerte, Señor. Ahí, en esa mochila, tiene toda la ayuda que necesitará para encontrar a su chica. No apague la luz de la vela, deje que se apague sola. Me tengo que marchar, se está haciendo muy tarde. Espero que algún día nos volvamos a encontrar y entonces lo entenderá.

—¿A dónde vas a estas horas de la noche? Si quieres quédate conmigo por esta noche y mañana, con la luz del sol, te marchas.

—No se preocupe por mí, Señor, haga lo imposible por reencontrarse con su chica, mucha suerte en su búsqueda. Me tengo que ir. Suerte en su camino...

Nunca me gustó escuchar la palabra suerte, porque es el primer indicativo que lo que precede será complicado y la marcha de Marina perturbó unos sentimientos que empezaba a creer que tenía ordenados. Solo encontré cuatro palabras que marcan el límite entre dos etapas de la vida: lo que fue y lo que pudo haber sido, «Te echaré de menos». Nos despedimos con la duda de no saber si debí darle la mano, un beso o pedirle que me devolviera el corazón. Se fue alejando de mí, hasta que su silueta fue desapareciendo en dirección al faro.

Me sentí un extraño en ese mundo que me rodeaba, ni yo mismo fui capaz de reconocermelo. Allí me quedé a los pies de una ermita en medio de la nada. Me senté en la escalera y me quedé observando la vela que apenas iluminaba tímidamente aquel lugar. La cogí, la acerqué a mis ojos, conté los colores de esa llama y sin darme cuenta le pregunté:

—¿Qué pasaría si te apagara?

Ella temblaba, quizá de frío o de miedo, se encogía como si intentara hacerme entender que no debía hacerlo, que no debía apagarla y la miraba, tan solo la miraba. Después, muy despacio, la dejé a mi lado. Cogí la mochila y al abrirla me di cuenta que en ella no había nada. Mi nervosismo creció al saber que estaba vacía. Respiré profundamente tratando de tranquilizarme. Me costaba creer que Marina me hubiese mentado, no podía ser cierto. En ese instante recordé aquellas palabras que me dirigí justo antes de partir de casa: *«No nos hace falta equipaje para hacer este viaje, tampoco necesitamos billetes de tren, ni de avión, ni tan siquiera de barco. Es un viaje por los recuerdos y solo nos hace falta una cosa, la ilusión»*.

Apenas hacía unos minutos que se había marchado y ya la echaba de menos. Con su adiós se fue una parte de mis emociones, porque sin lugar a dudas, solo ella supo despertar en mí un sentimiento que creí haber enterrado hace años.

Y allí fue donde me quedé, solo, sentado a los pies de una ermita, encogido de piernas y sujetándolas entre mis brazos. A pesar de la soledad y de la oscuridad, a mi

lado seguía acompañándome aquella vela y, a mi alrededor, un ejército de grillos escondidos cortejando mi tristeza.

Minutos después, casi sin poder evitarlo, caí profundamente dormido en aquel oscuro y desolado lugar.

Las sirenas no lloran

Me encontraba solo y descalzo. Mis pies no sentían el calor del asfalto de aquellos aparcamientos situados a escasos metros de un perezoso faro que empezaba a despertar. Mientras oscurecía, el cielo iba tornando sus tonos azules a otros rojizos. La temperatura era agradable como para permanecer allí descalzo sin miedo a temblar. A los pies del faro había una barandilla oxidada a la espera de la llegada de unos enamorados que grabarán sus deseos en un candado, arrojarán la llave por el acantilado, sin saber que ese candado no influirá en su futuro. Pero aquella noche, allí, no asomó el amor, solo estaba yo. Me dejé llevar por la inercia de mis pasos que se dirigían hacia ella. Observé, detenidamente, todos y cada uno de los candados que colgaban de la baranda. Cerré los ojos, pasé la yema de mis dedos por los surcos de los grabados y sentí el frío del acero.

Algunos grabados eran números romanos, otros iniciales separados por una «X» entre sus líneas y los demás tenían las dos cosas. Aún a ciegas supe leer, en todos ellos, las siglas de cada inicial, de cada fecha, de cada fecha e inicial. Continué con los ojos cerrados, imaginando cuántos candados debían faltar, cuántos de ellos ya no deberían de estar allí, bien por infidelidad, por desamor, porque nunca debieron cerrarse o bien por las tres cosas. Rebusqué entre todos ellos alguno que fuese especial, al menos para mí, que me provocase alguna reacción al tocarlos, pero después de palpar decenas de ellos, lo único que sentí fue que echaba de menos a Marina.

Después abrí los ojos, me apoyé en la barandilla y observé como el sol se había marchado con tanta prisa que ni siquiera pude despedirle. Frente a mí, en el mar, a escasos treinta metros de la costa, un conjunto de chimeneas volcánicas hacían aún más bello ese lugar y mientras contemplaba su belleza con el paso de la luz del faro, la noche llegó.

Con cuidado de no tropezar y apoyándome sobre la barandilla, fui bajando —a zancadas— unos anchos escalones de piedra que acababan en la explanada asfaltada. Caminé casi a oscuras por los alrededores de aquel solitario lugar. Llegué a un camino, a un sendero desdibujado, arenoso, irregular y repleto de piedras al que no se permitía su acceso. Se hallaba limitado, de lado a lado, por una vieja cadena de eslabones oxidados, que se elevaba unos cincuenta centímetros de altura sobre el suelo y con una señal —en su punto medio— que prohibía el paso. Imaginé que esa barrera debía limitar lo permitido de lo prohibido.

Me detuve, me detuvo. Mi interior quería conocer qué había al otro lado de ella.

Giré mi cuerpo sobre mí mismo, simulando el movimiento de la luz del faro y estuve observando todo lo que allí pasaba, todo lo que allí había, pero todo era nada. A pesar de ello quise asegurarme de que allí no había absolutamente nadie que impidiese adentrarme en ese sendero arenoso, en el que sabía donde empezaba y desconocía dónde me iba a llevar. Confirmada la soledad de aquel lugar, salvo unas enormes montañas a un lado, el mar al otro y un cielo vestido de lentejuelas en lo alto e impulsado por el placer de lo prohibido, crucé sin titubear al otro lado convencido de que nadie me frenaría. Nada más poner los pies al otro lado de la cadena me atrapó una inmensa sensación de alivio, de paz y quizá de tranquilidad.

Nunca antes sentí nada igual, ni parecido. Me resulta tan complicado describir las sensaciones vividas que prefiero no hacerlo, para no inducir a nadie al error. Por un momento sentí que allí no me encontraba solo, que estaba rodeado de multitud de personas, que aunque no pudiese verlas, ni escucharlas, podía sentir las.

Respiré profundamente antes de empezar a caminar por aquel sendero sin un camino definido. Unas ligeras marcas en el suelo producidas, posiblemente, por el paso continuo de caminantes, dibujaban un estrecho e irregular camino. Resultaba muy difícil avanzar sin tropezar continuamente. Conforme fui avanzando el camino ganaba en pendiente, el riesgo de resbalar crecía por momentos. Observé como a escasos cincuenta metros de mí, había una pequeña llanura donde se divisaba toda la costa, por el este el Mediterráneo, pasando por el Mar de Alborán, hasta la costa más occidental, aquella por donde se escondía el sol.

Me fui acercando hacia ella, con un cuidado extremo para no resbalar. La llanura acababa en un barranco, exento de vallas y con una vertiginosa caída de unos veinte metros hacia el mar. Desde allí, en el límite del barranco, me quedé sentado con las piernas encogidas y la mirada perdida en el horizonte. Observaba las decenas de luces pertenecientes a barcos faenando en la inmensidad del mar y me preguntaba ¿hasta dónde era capaz de iluminar la luz del faro? ¿La verían los barcos de la costa africana? ¿Los militares de la isla de Alborán? No tengo respuesta a esas preguntas, solo sé que me sentía un privilegiado por poder disfrutar de esa preciosa noche y de este insólito lugar, de sentir el olor del mar, de oír el cantar de los grillos mezclado con el sonido de las olas y sobre todo, de esa sensación de paz que se apoderaba cada vez más de mí.

De repente, un desagradable ruido rompió ese placentero estado. Escuché retumbar un fuerte sonido metálico que atravesó mis oídos. Era el sonido de un portazo que provenía cerca del faro. Observé como se aproximaba, poco a poco, una luz inquieta y temblorosa en mi dirección. Salió del faro e iba haciendo el mismo camino que yo acababa de hacer. Conforme se aproximaba cada vez más a mí, fui escuchando unos pasos que parecían arrastrar los pies y levantaban una pequeña nube de tierra en su camino.

Tras la luz alguien gritó con una voz vieja y rota:

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¡Está prohibido cruzar la valla! ¡Salgan de aquí

ahora mismo es muy peligroso!

Mi corazón empezó a latir descontroladamente. Temía que me descubriesen. No estaba seguro si esos gritos iban dirigidos hacia mí o hacia otras personas, pero dudo mucho que alguien me hubiese podido ver entrar, me aseguré antes de hacerlo. Permanecí en silencio, recé «un padre nuestro» saltándome algunas estrofas que no me sabía y aguanté la respiración para no ser descubierto. Desconozco cuál sería su reacción si me descubría en ese lugar prohibido. Acababa de invadir su propiedad sin un permiso para cruzarla ¿Quizás ese señor podría ponerse furioso y enfadarse? O ¿Podría asustarse al verme? ¿Pensaría que soy un ladrón? Cualquiera cosa podría ser posible. Llegué a temer por mi integridad física al pensar que reaccionaría empujándome hacia el mar y ser, tristemente, mi último baño en él. Así que opté por tumbarme bocabajo en la ladera. Muy despacio fui arrastrándome hacia el filo del acantilado evitando con ello ser enfocado por la luz de su linterna. Cuando pasó, a escasos cinco metros de mí, iba silbando una bonita canción de cuna.

Esa canción me hizo recordar a una persona muy especial para mí. No se percató de mi presencia, pasó de largo. Mientras se alejaba, continuó silbando y gritando, acompañado de su linterna y su cigarrillo. Desde mi posición, distinguí que era un señor mayor de complexión gruesa, de caminar firme y seguro. Vestía con un sombrero oscuro, unas botas y un jersey color negro de cuello alto.

Se le veía ágil, en su aparente avanzada edad, caminando por esos desdibujados y casi inexistentes caminos. Seguramente los había recorrido en multitud de ocasiones y los conocía mejor que la palma de sus manos.

Su silbar se iba enmudeciendo a medida que se alejaba. Cada cierto tiempo escuchaba:

—¿Hay alguien ahí? ¿Hola? ¿Hay alguien?

Conforme fue alejándose, mi nerviosismo hizo lo mismo. Lentamente me puse de pie, sin perder en ningún instante el contacto visual y auditivo con aquel señor que se alejaba cada vez más. Cuando finalmente lo perdí de vista, empecé a bajar por el mismo camino que él había recorrido. Busqué entre la oscuridad periódica de la noche un recoveco entre las montañas. Traté de esconderme entre unos arbustos secos que había dispersos por la montaña, pero no eran lo suficientemente altos como para hacerme invisible tras ellos. Así que me escondí tras una enorme roca y fue desde allí, desde la distancia, donde pude observar la luz que portaba aquel señor, como también pude escuchar no solo sus gritos, sino también sus firmes pasos, con la tranquilidad de saber que él, a pesar de estar ahí, nunca me vería.

Aquel señor continuó buscando a alguien hasta que, nuevamente, lo perdí de vista. Desapareció por un camino cuyo único destino era el mar. Dejé de ver la luz de su linterna, solo podía oír ligeramente sus silbidos, unos silbidos que eran interrumpidos con una voz que gritaba: *¿Hay alguien ahí?*

Salí corriendo en su dirección y cuando me encontraba a escasos veinte metros de él, me quedé estupefacto, paralizado, al ver todo lo que había a mi alrededor. Llegué a

un pequeño camino que finalizaba en un embarcadero frente a las gigantescas elongaciones volcánicas. A la izquierda había un pequeño pesquero varado en la orilla y a la derecha una ruinoso cabaña metálica sin puertas, ni ventanas, con unos cañizos que descolgaban de su agujereado techo. También había unas garrafas vacías, posiblemente de combustible, tiradas a la entrada de ella. Pero lo que me dejó sin aliento fue ver cómo aquel señor, tras dejar su linterna apoyada en el suelo, se arrodilló muy despacio a los pies de aquel embarcadero. Justo delante de él, había una pequeña luz de una vela que solo dejaba ver su silueta. No fui capaz de distinguir si había alguien o no con él, aunque todo me hacía parecer que aquel señor no estaba solo.

Dejé de escuchar sus silbidos, sus gritos y lo único que se escuchaba fueron unos llantos desconsolados que se acercaban hacia mí hasta atravesar mi piel. Lo único que pude oír decir a ese aquel señor fue:

—Las sirenas no lloran. Por favor, dejen de llorar.

Tenía dudas sobre si debía acercarme a ellos para intentar compartir el dolor de aquellos llantos y consolarles en la medida en que me lo permitiesen. Me parecía de muy mal gusto ser testigo de aquello, sin que nadie supiese de mi presencia. Por un momento sentí que estaba violando la intimidad de aquellas personas, pero una vez más el miedo se apoderó de mí y me marché. Me senté en el suelo, tras aquella enorme roca con los ojos cristalinos. Lloré como un niño, sin nadie a mi lado a quien abrazar, a quien sentir y fue cuando recordé lo mucho que echaba de menos a Marina. Daría parte de mi vida porque estuviese conmigo. Necesitaba verme en sus ojos verdes, escuchar de nuevo su dulce voz, llenar mis pulmones con el aroma de su perfume y sobre todo, por encima de todo, fundirme entre sus brazos, aunque solo fuese una vez más. Tenía tantas cosas en mis manos, que sin darme cuenta las perdí y ahora, quizá demasiado tarde, he aprendido que todo lo que necesito en mi vida es ella.

Empecé a recordarla, a revivir los buenos momentos que compartimos, cuando le pedí que nunca se marchase de mi lado, cuando erróneamente pensaba que quería acostarse conmigo y tímidamente me ruborizó y, sin lugar a dudas, una de las muchas cosas que nunca olvidaré de Marina es su hermosa sonrisa. Inexplicablemente se había convertido, en muy poco tiempo, en una persona muy especial para mí.

Sentía algo por ella que me cuesta ponerle nombre. Podría ser amor, quizá cariño o tal vez fuese algo único que no se puede describir, pues no hay nada que se le parezca. Marina era y es así, distinta a todas las demás. Es verdad que a veces tomamos decisiones equivocadas cuando nuestros sentimientos son ciertos y yo me equivoqué al dejarla marchar.

Instantes después escuché como se aproximaba aquel señor silbando la misma canción de cuna. Caminaba solo, había dejado en el embarcadero a quienes él llamó «sirenas». Esta vez sus cantares fueron interrumpidos por otras palabras que repetía sin cesar:

—Las sirenas no lloran. No, no lloran...

Decidí mantenerme escondido, tras aquella enorme roca, aguantando la respiración a su paso. Poco a poco la luz de su linterna se fue alejando como el sonido de su silbar. Luego volví a escuchar el atronador sonido metálico de un portazo y tras él desapareció aquel señor.

Me quedé durante unos minutos más escondido. Pronto aquellas «sirenas» harían el mismo camino que hizo el farero, pasarían delante de mí y finalmente podría ver quiénes eran.

Fueron pasando los minutos, las horas y aquello fue lo único que pasó. Hasta los barcos que había en la mar parecían haber recogido sus redes, las luces se apagaban.

Aburrido y cansado de tanto esperar, de ver que lo único que pasaba era el tiempo, decidí bajar hasta donde se encontraban las sirenas y preguntarles: ¿por qué lloráis?

Me impresionó ver tan cerca de mí aquellas enormes elongaciones volcánicas que nacían en medio del mar y embellecían aún más aquel lugar. Vi que aún seguía encendida la tímida luz de la vela aunque apenas iluminaba su alrededor, pero allí no había nadie.

Estaba seguro que las «sirenas» estaban, las había escuchado llorar y nadie, salvo el farero, se fue de allí. Entré en la cabaña de chapa pero no estaban.

Salí de ella y me dirigí hacia la luz de la vela, apoyada sobre una piedra cerca de la orilla. Al llegar, me quedé en pie, miré a mi alrededor, pero tampoco, ni rastro de ellas. Luego me senté, fijé la mirada en el horizonte y allí se encontraban ellas. Esas gigantescas elongaciones que se iluminaban con el paso de la luz del faro, esas que me hacían sentir cada vez más pequeño en este mundo. Cerré los ojos, respiré profundamente y repetí en voz alta una y otra vez:

—¡Las sirenas no lloran!

Pero nadie respondió, nadie lloraba... no había nadie en ese lugar, a pesar de ello, algo me hacía creer que aquellas sirenas continuaban allí, porque las escuché llorar, porque el farero habló con ellas, porque no existía ningún otro lugar por donde hubiesen podido salir y porque al respirar sentí un aroma que tanto me recordaba a Marina. Quizá se asustaron al oírme llegar y se escondieron tras las rocas. En cualquier caso, aunque no las pudiese ver, sé que estaban allí.

Me incorporé, me fui adentrando en el mar hasta la altura de las rodillas. Luego sentí una fuerza que me empujaba hacia adentro, como si el mar me llamase y así, poco a poco, fui dejándome llevar mar adentro, hasta que me cubrió por completo. Abrí los ojos, pero no pude ver nada, todo era oscuridad. Cuando mis pulmones empezaron a vaciarse, me impulsé desde el fondo hasta la superficie y tras una bocanada de aire grité desesperadamente:

—¿Por qué lloran las sirenas?

Y escuché cómo una voz que provenía del arrecife gritaba:

—¿Por qué lloran las sirenas? ¿Por qué lloran las sirenas? ¿Por qué lloran las

sirenas?... hasta perderse gradualmente en la noche.

Una y otra vez fui gritando:

—¿Por qué lloran las sirenas?

Hasta que de pronto nadé desesperadamente hacia el arrecife. Mientras me acercaba a él, no dejaba de gritar, cada vez más fuerte, con más rabia ¿por qué lloran las sirenas? El arrecife se fue acercando, crecía por momentos y cuando apenas me encontraba a unos metros de él, dejé de nadar. Me quedé quieto, flotando, observando todo lo que había a mi alrededor. Así me quedé unos minutos varado en medio del mar.

Luego me giré hacia él y le pregunté mientras lo miraba:

—¿Por qué lloran las sirenas?

Pero esta vez ni el eco de mi propia voz contestó. Me convertí en un náufrago en la penumbra en medio del mar.

Segundos después pude sentir tras de mí, cómo una dulce voz me susurraba al oído:

—Las sirenas lloran porque le echan de menos.

Entre la tormenta

Una tímida y dulce voz me susurraba, casi acariciándome el oído:

—Las sirenas lloran porque le echan de menos.

Pero detrás de mí no había nadie, ni tampoco cerca. Inspiré todo el aire que pude atrapar con mis pulmones y sumergí mi cuerpo lentamente, perdiendo en cada centímetro de profundidad un centímetro de luz, hasta tocar con mis pies la más profunda oscuridad. Allí me esperaba ella, la soledad. Fue imposible ver el mundo que vive oculto bajo el mar, solo pude sentir el misterio de una oscuridad intensa que me rodeaba, que me impedía respirar y que se aferraba a mí. Inmerso en la profundidad y con un molesto escozor de ojos, traté de abrirlos para inútilmente no ver nada. En mi interior discutían dos sentimientos lejanos, muy lejanos: por una parte el temor de sentir el abrazo de la oscuridad y por otro el placer de escuchar la sinfonía relajante del fondo del mar. Una vez en lo más profundo del mar, sentí en mis pies descalzos la superficie arenosa.

Extendí mis brazos, los balanceé de un lado para otro, intentando tocar a la chica que me susurraba al oído. Fue en vano tanto esfuerzo. Fui incapaz de verla, ni de tocarla, ni de volver escucharla... Parecía como si todos los sentidos se hubiesen despedido de mí.

Apenas me quedaba aire en los pulmones, mi corazón pedía auxilio golpeando contra mi pecho. No podía aguantar más tiempo bajo el agua y fui emergiendo hacia la superficie contando los segundos que me restaban de vida ¡tres, dos, uno,...! Al llegar a ella, solo necesité una bocanada de aire para llenar de nuevo mis pulmones y varios minutos para volver a respirar con normalidad. Angustiado por no haberla encontrado esperé unos minutos a que su cuerpo volviese por sí solo a la superficie, pero aquella chica se quedó bajo el mar.

De todo lo acontecido esa noche solo soy capaz de asegurar que, en ese lugar, a pesar de no haberlas podido ver, existen las sirenas. Ellas están allí, las sentí.

Salí del agua. En la orilla observé que la luz de la vela estaba apagada. Me acerqué exhausto hacia ella. La cogí, fui acercándola hacia mis fosas nasales y al inspirar sentí el aroma de frutas exóticas mezclado al olor que deja la mecha recién apagada. Guardé la vela entre mis manos.

Me quedé pensativo mirando la luz giratoria de aquel faro que no descansaba. En la serenidad y en la soledad de la noche, busqué un «por qué», un «qué ha pasado», un «dónde están las sirenas»... en realidad, no buscaba tantas cosas, tan solo una explicación. Quise convencerme de que la chica que me susurró se marchó junto a la

luz de la vela para no ser vista. Aprovechó que estaba sumergido para salir a la huida, sin dejarse ver y sin despedirse. De lo único que estoy seguro es que se fue.

Dejé que la luz me cegara, sin oponer resistencia, me dejé deslumbrar por ella. A cambio no pude evitar preguntarle, en mi ceguera temporal, a media voz:

—¿Por qué lloran las sirenas?

Esperé en medio de la nada una respuesta, porque nada era lo que veía.

Una respuesta que nunca llegó. Tampoco escuché el eco de mi voz, ni la del señor farero, ni la de las sirenas...

Instantes después me sorprendió una dulce voz que se acercaba hacia mí, cómo caída del cielo, decir:

—No tenga miedo. Solo lloran porque le echan de menos.

Miré a todas partes, de arriba a bajo, de un lado a otro, en diagonal, con rapidez, sin ningún orden pero en todas direcciones. No tenía dudas, la chica que tanto busqué estaba cerca de mí.

De repente un resplandor iluminó toda la bahía y vi cientos de barcos que faenaban en alta mar. Después me sorprendió el estruendo de un relámpago, luego escuché otro y calculé el tiempo que transcurrió entre ambos fenómenos. Fueron unos seis segundos lo que hacía indicar que se aproximaba una tormenta a una distancia de dos kilómetros. Aún me daba tiempo para huir de allí. Enseguida comenzó a chispear, luego a llover y finalmente, la lluvia, se convirtió en diluvio. Dejé de andar, de correr y de huir, porque lo único que hacía era patinar, resbalar y caer. Me quedé quieto, a escasos treinta metros de la orilla, cerca del embarcadero, observando como caían miles de gotas de lluvia delante del faro.

Disfruté viendo esa mezcla de agua y luz, luz y agua. Miré al cielo, con los ojos semicerrados, estaba repleto de nubes negras. Luego los cerré, estiré mis brazos con la palma de las manos hacia arriba, intentando atrapar las gotas de lluvia, pero estas resbalaban entre mis dedos.

No me importó mojarme más de lo que ya estaba, tampoco me importaron los relámpagos, ni los truenos, cada vez más ensordecedores, cada vez más cerca de mí. Disfruté, no saben cuánto, del sonido de la lluvia al caer y chocar contra el mar, contra las rocas y contra mí. Permanecí en pie, formando una cruz con mi cuerpo y mis brazos durante apenas unos segundos. De pronto escuché otro amenazante y ensordecedor trueno demasiado cerca de mí que me hizo abrir los ojos y me sorprendió ver que del mar, del faro, de las rocas volcánicas, del embarcadero, de la caseta y de las sirenas no quedaba rastro de ellos.

Todo se desdibujó, desapareció en un cerrar y abrir de ojos, porque fue así, cerrar y abrir. Cuando me cercioré de que allí ya no quedaba nada, ella estaba allí. Me miraba con ternura y dulzura, con las dos cosas a la vez. Yo la miraba con el corazón y con el alma, con las dos cosas —también— a la vez. Ella acariciaba suavemente mi cabeza empapada con sus pequeñas manos, yo hacía lo mismo con la mirada. Su cuerpo temblaba, el mío también, ninguno de miedo. Sentí el frío en sus ojos, en su

boca, en su piel, en ella. Sentí frío, mucho frío y ella también. Tiritamos. Estábamos empapados. Me dijo dulcemente, como si fuese un susurro, un susurro que erizó mi piel:

—Las sirenas lloran porque le echan de menos.

Soy incapaz de escribir un adjetivo que describa cómo me sentí en ese momento, aunque todos estos podrían ser válidos mezclados, sueltos o todos a la vez: extrañado, maravillado, asombrado, impresionado, desconcertado...

Me hallaba recostado, encogido de brazos y piernas, en posición fetal, o en la posición más cercana a una hipotermia, bajo los pies de una ermita de un suelo frío, helado y mojado, como nosotros. A escasos centímetros de mí, en el suelo, una pequeña vela permanecía sin humo, sin luz, apagada pero posiblemente con frío, seguramente ahogada. Sentada a mi lado, en ese mismo suelo mojado y sin dejar de mirarme, casi examinándome, estaba ella, Marina, sonriendo.

—Todo ha sido un mal sueño, Señor. Aproveché la oscuridad para esconderme. Todo este tiempo estuve detrás de la ermita hasta que se quedó dormido. Después nos sorprendió esta tormenta, tan inusual en esta zona, tan impropia en esta época. ¿Pensó en algún momento que le abandonaría, que le dejaría aquí tirado a la suerte de Dios? ¡Qué poquito me conoce! Nunca me lo perdonaría, ni usted —tampoco— a mí. Todo fue un sueño, un extraño y agitado sueño.

No dejaba de gritar desesperadamente una y otra vez ¿por qué lloran las sirenas? Por momentos le sentí angustiado, aunque —en otros— también vi que su sueño era placentero y no quise despertarle, no quise interrumpirle, no quise entrar en él. Solo puedo decirle que las sirenas que buscaba en su sueño lloran porque le echan de menos.

Mi voz que aún se resistía a despertar, se perdió soñando, se durmió perdida. Me abandonó, las cuerdas vocales parecían haber cristalizado y no fui capaz de articular una palabra, una maldita palabra. Respiraré profundamente, una vez, dos veces, tres..., me dije a mí mismo.

Tragué saliva, agua de lluvia y las dos cosas. Al final pude hablar, pude decirle:

—Marina —unos segundos de silencio y continué hablando— ¿sabes?, me he dado cuenta que soy yo quien te echa de menos a ti. Ya sé que es triste tener que darse cuenta a través de un sueño, pero es cierto. Sé que te necesito, que no sé caminar si no son tus pasos quienes me guían, que no quiero más sombras que me acompañen si no es la de tu cuerpo... Te he echado de menos...

Se enfrentaron una vez más dos sentimientos: arrepentimiento por haberla dejado marchar sin hacer nada para impedirlo ¡maldito orgullo!, y felicidad al saber, que mientras estaba aquí tumbado durmiendo, tú pasabas esta gélida y lluviosa noche a mi lado.

—Ahora que tengo una segunda oportunidad para verte, para escucharte, para tocarte, para sentirte, déjame decirte que sin ti no hay camino que recorrer, ni lugar donde ir, ni destino donde llegar...

—Marina me miraba desde una posición vertical con su cuerpo empapado y ligeramente inclinando hacia mí para escucharme, para oírnos, para sentirnos. A pesar de la oscuridad pude ver la felicidad en sus ojos, en su boca, en sus manos, en Marina. A lo lejos, muy a lo lejos, seguía brillando la luz del faro, tres segundos y medio entre cada destello. Al impulsarme para levantarme cayeron de mis bolsillos dos piedras que empezaron a rodar escaleras abajo. Una vez de pie, cuando la altura de mis ojos se cruzó con los verdes de Marina, reímos, sonreímos y nos abrazamos. Una risa de «no me preguntes», una sonrisa de «te eché de menos» y un abrazo de «empecemos de nuevo». Busqué su mejilla la besé, una mejilla que la lluvia también quiso besar, la besamos, ella y yo, ella a mí, yo a ella y ella a ella, dos besos en la mejilla, uno en la suya, uno en la mía, separados por una cortina de agua. Aproximé mi boca a su oído y le susurré:

—¿De dónde salen esas piedras?

—Cójalas, no las vaya a perder.

—Pero ¿cómo han llegado a mis bolsillos?

Sonreía, después reía, mientras me agarraba con las manos los mofletes diciendo:

—Señor, no me pregunte eso ahora. Más adelante sabrá de esas piedras. De cómo llegaron a su bolsillo. Yo no lo sé —y volvió a sonreír para después reír.

—¿Es un ritual? O ¿quizás un lastre que me impide avanzar? ¿Qué significado tienen? ¿Quizás alguna brujería? ¿Un sueño?

—¡Qué pesadito es! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! Déjeme en paz, no le voy a decir nada. Pero no piense cosas raras, por favor.

Me guiñó un ojo y le correspondí de la misma manera. Fue nuestro gesto de aprobación. Continuábamos mojándonos, susurrándonos, abrazándonos el uno al otro, el otro al uno. No sabría decir cuánto tiempo duró ese interminable abrazo, ni siquiera sé cuando empezó, ni siquiera cuando acabó, si es que alguna vez llegó a acabarse. No dejaba de llover, no dejamos de mojarnos. Perdimos la noción del tiempo, perdimos la noción o quizá fue el tiempo quién se perdió entre nosotros. Solo sé que desde que abrí los ojos, o seguramente mucho antes, no había dejado de llover, más bien de diluviar y nosotros seguíamos desde entonces allí de pie abrazados, de pie empapados.

Cuando el tiempo se acordó de nosotros y nosotros encontramos la noción de él, nos refugiamos bajo el saliente de una cornisa en la entrada a la ermita. Allí en la soledad de una oscura noche de tormenta, ambientada por el ensordecedor sonido de truenos y el efecto de luces de relámpagos, los grillos dejaron de cantar, quizás el roce de sus alas resbalaban con la lluvia y desistieron en cortejar a su dama, quizás el mero hecho de intentarlo produciría un desafino en su interpretación, alejando aún más —quizá para siempre— a su amor. Silencio, los grillos enmudecieron. Nos aferramos cuerpo a cuerpo, el uno contra el otro, ofreciéndonos no solo la necesidad de la compañía, sino también el calor corporal que hacía olvidarnos que estábamos empapados de pies a cabeza, que nuestros cuerpos se movían de un lado para otro sin

avanzar un solo centímetro, que nuestros dientes castañeaban sin cesar y que nuestros cuerpos arrugados no dejaban de temblar. A pesar de ello —de todo ello— nuestras miradas se perdían a propósito en el cielo, contemplando boquiabiertos la lluvia caer incesantemente y al mirar volver la mirada a la tierra todo estaba inundado. Los alrededores se fueron llenando de enormes charcos atravesados por balas de lluvia que se desplomaban a gran velocidad. Fueron tantos los charcos formados a los pies de la ermita que apenas pudimos distinguir dónde empezaba el mar y donde acababa la playa. La lluvia no dio tregua. Nosotros no dimos nada a la lluvia. Estábamos en paz.

Instantes después la ermita parecía ser una pequeña isla, con solo dos habitantes, dos náufragos, dos personas, dos corazones, dos almas. Marina y yo acorralados por el mar en medio de la noche.

A Marina no parecía incomodarle el sabor de soledad, de la penumbra, del frío o de la tempestad. Disfrutaba de ello. El brillo de sus ojos, el encanto de su sonrisa y el olor de sus abrazos hablaban por ella, hablaban para mí. Lo decían todo. Una voz ausente, la suya, no dijo nada.

Rompí el silencio, tan solo perturbado por el vuelo de la tormenta:

—Me relaja escuchar caer la lluvia, observar cómo se forman —sin prisas— pequeños charcos, su temblor al chocar cada gota caída contra ellos, cómo se dibujan —sin compás— perfectas circunferencias que crecen a un ritmo vertiginoso intentando escapar de ellos por su contorno. Así es ver caer la lluvia. Luego todo vuelve a ser como antes, desaparecen los charcos, y solo queda las mismas calles, los mismos montes, pero todo más limpio, con otro color y sobre todo con otro olor, el olor de la lluvia al caer. Finalmente el cielo vuelve a ser azul, un azul más amable que te saluda, sin hablar, dibujando un arco iris que despide a la tormenta con un «buen viaje».

Marina giró levemente la cabeza hacia mí, sin cruzar miradas, sin cruzar palabras, sin llegar a vernos, solo mostrándome que estaba ahí, que me sentía. Abrazó mis abrazos, acarició la superficie de mis manos con la palma de la suyas. Contempló, con aceptación, lo que en ese momento se convirtió en nuestro nuevo hogar. Una casa de cortinas de agua, de lámparas sin interruptores y con un amplio jardín con vistas al mar. Todo a sus pies, a los míos, a los nuestros...

—¿Nos marchamos? Preguntó.

—¿Ahora? ¿Dónde quieres ir? No parece que la lluvia sea nuestra mejor aliada. Vamos a esperar que pase la tormenta, aún está muy cerca de nosotros.

—Tenemos que irnos, Señor. No podemos estar más tiempo aquí, vamos a coger un buen catarro. ¿Marchamos?

—¿A dónde?

—Volvamos a casa.

—¿A casa? ¿Y qué pasa con nuestro viaje? ¿Dónde están las respuestas a mis preguntas? ¿Has perdido la ilusión?

—No Señor, no perdí la ilusión en ningún momento, pero debemos regresar a casa. Mañana continuamos.

—Siento que he perdido el tiempo, el tuyo y el mío. ¿De nada sirve todo el camino recorrido?

—No perdió el tiempo, nuestro tiempo. Todo camino pasado es camino aprendido, todo. Volvamos a casa. Nos recrearemos con una buena ducha de agua caliente. Si tiemblan nuestros cuerpos que sean de emoción y no de frío. Mañana cuando despertemos con la ayuda de sol, reanudaremos el viaje. No parece que esta noche estas nubes tengan horario de recogida, no creo que escampe. No dejaré de llover.

—Pero... ¡nos vamos a mojar más, Marina!

—¿A mojar? ¡Mírese! ¿Se ve? ¡Míreme! ¿Me ve? Creo que ya es demasiado tarde... ¡estamos empapados, Señor! Somos parte de la lluvia que nos espera ahí fuera. Nos abrazará y nos acompañará durante todo en el camino de vuelta. Llegaremos a casa tal y como estamos, empapados. Entonces ¿Volvemos?

—Volvamos.

Regreso

Estuvimos caminando durante el tiempo que restaba a la noche para dar la bienvenida al día. Mientras, apenas hubo un pequeño descanso para un respiro, ni para un «¿vas bien?». O un «sigue tú, nos veremos más adelante». Un fugitivo cansancio se aferró a nosotros, empezando por los pies y recorriendo, sin permiso, cada rincón de nuestro cuerpo, como lo hace la resignación a los grilletes de un preso. A pesar del protagonismo continuo de la lluvia, de unos cuerpos embriagados por el torrente caído del cielo y todas las dificultades que vivimos durante el camino de vuelta, disfruté, disfrutamos, al compartir el sabor de la soledad y no sentirnos solos.

Cuando finalmente llegamos a la entrada del hogar, estábamos exhaustos. Las fuerzas fueron perdiéndose paulatinamente entre retamas, pequeñas dunas arenosas, caminos irregulares y ríos de asfalto. Caímos arrodillados a los pies de la escalera de casa con una mirada ganadora.

La lluvia no dejó de acompañarnos en ningún momento desde que salimos de la ermita o quizá desde mucho antes. Me aproximé a Marina arrastrando mis rodillas sobre el suelo, apenas nos separaba una cortina de lluvia y unos centímetros de distancia. Le pregunté:

—¿Estás cansada?

—No tanto como debe estarlo usted. Ha sido un trayecto muy duro con tantas inclemencias ambientales. Entremos en casa que no son horas para estar aquí y menos con esta absurda tormenta —contestó Marina.

—¿Qué hora es? —Le pregunté.

—No tengo reloj. Nunca me hizo falta, aunque debe ser aproximadamente la hora sin dueño.

Sonreí al escuchar esa expresión. Nunca antes la había escuchado y ciertamente no sé a qué se refería con ella.

—¿Hora sin dueño? ¿Qué significa eso?

—Es la hora en la que es demasiado pronto para amanecer y demasiado tarde para anochecer. ¿Le parece si entramos en casa y nos secamos?

—Sí, claro. Entremos de una vez.

En casa todo volvía a estar tal y como lo dejamos. Dos llaves, una grande y otra pequeña, colgadas de su portadora, un espejo con forma de serpiente tapado con una enorme toalla en la entrada y esa escalera de fríos escalones que llevaba a las habitaciones.

Marina entró en el aseo y enseguida salió de él con una toalla.

—¿Quiere que le prepare un baño con espuma y agua caliente?, o ¿prefiere descansar y dejarlo para mañana?

—¿No es un poco tarde?

—Es la hora sin dueño. Usted decide si es pronto o tarde.

Me quedé pensativo. Ya había tenido suficiente agua por esa noche, pero me apetecía sentir calor en mi cuerpo y hacer abstractas figuras de espuma con mis manos.

—Estupendo Marina. Me daré ese baño de espuma y luego me iré a la cama.

—Muy bien, entonces mientras yo le preparo el baño, vaya quitándose la ropa y déjela en la entrada de la habitación. Más tarde iré a recogerla y pondré una lavadora.

—Pero, no quiero que estés presente mientras me baño.

—¿Por qué? ¿No cree que vaya a necesitar mi ayuda?

—Pues no, no lo creo. Me podré apañar yo solo.

—Perfecto, aun así, si me necesita no dude en llamarme ¿Le apetece escuchar algo de música mientras se baña?

—¡Sí, puede ser un complemento perfecto!

—¿Le gusta el *rock and roll*?

—¿Acaso existe algo mejor?

—Bueno, pues venga, no hablemos más. Usted al baño y yo iré a poner música.

Cuando la espuma se precipitó por el borde de la bañera y el vapor de agua creó una cálida atmósfera mi cuerpo llevaba varios minutos buceando, sin aletas, en el fondo de ella. Escuchaba a Marina rebuscar, en la planta de abajo, entre cajones y puertas, posiblemente, la música que dijo que iba a ponerme y aún no sonaba. De vez en cuando la oía decir:

—¿Dónde habré dejado el CD? Estoy segura que lo guardé aquí.

Estoy convencido que Marina estaba en lo cierto. Es una chica muy ordenada y dudo que lo hubiese perdido, quizás estuviese en otro lugar.

—¡Aquí está! Por fin —la escuché decir desde el salón con un tono de satisfacción.

A los pocos segundos pude sentir en mi pecho, como el golpeo seco y preciso de una batería se fundía con el tono grave y mordaz de un bajo, como el sonido callejero de dos guitarras eléctricas se hacían reinas de la noche y como una voz rota, a veces sola, otras acompañada, recorrían el salón, subían la escalera —en un suspiro— hasta colarse en el baño sin permiso, haciendo vibrar mi piel, mi cuerpo y mi voz.

Sin poder evitarlo comencé a cantar. De nada me importó la hora sin dueño o el dueño sin hora del que hablaba Marina y enloquecí al ritmo de la música. Empezó mi concierto. Una bañera con espuma por escenario, un público inexistente entregado y una voz, mi voz, desafinada, interpretaba todas las canciones. Canté la primera: «*Solo puedo recordar como me miraba, mientras mojaba mis labios con alcohol, carretera*

perdida ruta del diablo, acariciando sus curvas muero yo...» ... luego la segunda: «... empiezo a creer que solo eres feliz amargándome la vida, no dejándome vivir...» ... y la tercera «... recuerdo que cuando críos nadamos contracorriente y ahora que todos se han ido este río es una fuente...» y así, una por una y todas por todas, fue finalizando mi actuación al tiempo que la espuma, la atmósfera y el calor fueron desapareciendo, arrastrando con ellos mi voz.

Salí de la bañera dejando, en el olvido de mi cuerpo, el frío que me acompañó durante toda la noche. Se esfumó por el sumidero, junto a remolinos de agua tibia mezclados con restos de jabón. La música enmudeció dando paso al silencio. Me sobresalté al salir del baño y ver a Marina sentada en el último escalón delante de mí. Estaba con las piernas cruzadas y con los ojos abiertos de par en par. Giraba levemente la cabeza, de un lado para otro, sin dejar de mirarme y sin pronunciarse.

Entre sus pequeñas manos ocultaba un sobre que acariciaba suavemente con sus dedos.

Fue la primera vez que vi esa mirada perdida, una mezcla de asombro e incredulidad. Sentí estar delante de una «Marina» desconocida, diferente, extraña, tanto que no la reconocí.

Tardó pocos segundos en romperse el cruce de miradas.

—No puede ser. No, no puede ser —decía Marina negando con la cabeza.

—¿Estás bien? ¿Qué es lo que no puede ser?

—Esto, Señor. No puede ser.

—¿Esto? No sé a qué te refieres. Por favor, ponte de pie, no me gusta verte sentada en el suelo.

Marina se levantó fijando toda su atención en mis ojos.

—¿Cómo es posible que sepa todas estas canciones si nunca las escuchó?

—¿Estás segura? No recuerdo de quiénes son pero ¿cómo olvidarme de ellas?

Marina agachó la mirada hasta la altura de sus manos, donde aún seguía acariciando suavemente el sobre.

—Tome Señor, este sobre es para usted, le pertenece.

—¿Para mí? ¿Qué es?

—Ábralo. Unos chicos con cazadora de cuero lo dejaron en la mesita de noche del hospital, hace ya algún tiempo, mientras usted dormía, junto al CD que acaba de escuchar.

Froté mis ojos con la palma de mis manos aún arrugadas, aunque en esta ocasión por el agua caliente, y tras una respiración profunda y pausada lo cogí. Era un sobre virgen, ausente de sellos, ni remitente, ni destinatario. Saqué de él una nota manuscrita con letra pequeña, ligeramente inclinada hacia la derecha y difícilmente legible para unos ojos emocionados. Ojeé el mensaje que había en ella y tras un amago de sonrisa pedí a Marina que fuese ella quien lo leyera en voz alta. Una dulce voz llenó de magia ese momento:

Nos comentan que en tu estado aún se puede oír, así que escucha esto. Es nuestro disco. Ve aprendiéndote las canciones porque cuando salgas de esta, que saldrás, tendrás que cantarlas en nuestro próximo concierto, sin micro y con un par de birras. Nunca tuviste buena voz para cantar aunque estoy deseando volver a oírla. Al final tenías razón cuando decías que los sueños se hacen realidad. Todos soñamos con volver a verte ;Te quieres levantar ya de una puta vez cabrón! Se te echa de menos.

Fue nada más oír «Coto Privado» y la luz del descansillo se fue atenuando paulatinamente hasta que en una caída de párpados, la oscuridad ganó la partida a la luz, a mí y a nosotros. Escuché la voz del silencio y sentí el fuerte abrazo de la soledad.

Solo y tembloroso caí de rodillas derrumbado en el suelo, sin soltar en ningún momento la dedicatoria que guardaba entre mis manos. De pronto una intensa luz blanca se proyectó hacia mí, hacia mi cuerpo, hacia mis ojos, invitándome a la ceguera. Escuché bullicio, jaleo, alboroto, gritos de miles de personas que se acercaban velozmente hacia mí, aunque no podía verlas. Mientras mi cuerpo, aún arrodillado, no dejaba de temblar me incorporé. Permanecí de pie, continué asustado, siendo apuntado por un inofensivo cañón de luz. Instantes después comencé a cantar, sin micro, con una voz tímida e insegura: «*Y ahora que perdimos el tiempo pasado debajo del mar abrazados quisiera morir junto a ti*», cada vez con más confianza, con más seguridad, con más fuerza y con menos temor, hasta que finalmente mi voz fue enmudecida por el griterío de un público entregado que empezó de corear al unísono: «Coto Privado, Coto Privado...». Dejé de cantar, giré todo mi cuerpo para mirar tras de mí y al fondo, en la penumbra, una cortina negra esperaba abrir el telón.

Esperé unos segundos, unos minutos, pero las cortinas seguían inmóviles, no salió nadie, absolutamente nadie. El público gritaba, silbaba, jaleaba una y otra vez: «Coto Privado, Coto Privado...» era un sonido ensordecedor. La desesperación pudo conmigo, hasta el punto de ponerme a gritar, gritar y gritar con toda mi rabia contenida:

¿Dónde estáis joder? ¿Dónde os habéis metido? ¿No veis que estoy despierto cabrones? ¡Sacadme de aquí!

Todo se desvaneció en apenas unos segundos. Me vi hundido y arrodillado en el descansillo de la planta superior, mirando hacia el suelo, llorando, no estaban allí..., abrazado a una carta aferrada a mis manos. Levanté la cabeza y estaba ella, tan femenina y delicada, con sus preciosos ojos verdes que me miraban envueltos en lágrimas. Lágrimas de Marina.

De repente, empujada bien por la fuerza de la gravedad o quizás atraída por la tristeza, se arrodilló frente a mí:

—¿Se encuentra bien, Señor? —Susurraba mientras sujetaba mis manos.

Esperé varios segundos antes de responder. Segundos que parecían una vida, una

vida que se convirtió en una eternidad y una eternidad fue el tiempo que necesité para responder a tan inocente pregunta.

—Si necesita hablar puede hacerlo. Quizá se sienta mejor, Señor —titubeaba Marina.

Tragué saliva, la miré, me miró, nos miramos, varios segundos de absoluto silencio y de miradas humedecidas sin parpadeos. Sequé sus lágrimas con mis manos y las mías con la manga de mi camisa. Sonreí, sin llegar a rozar la risa, quedaba demasiado lejos del suelo, demasiado lejos de nosotros. Fue tan solo una sonrisa de felicidad al saber que los sueños se cumplen y de sentir a «una» Marina tan cerca de mí que empezó a formar parte de mi vida.

—¿Cuál es tu sueño? —Le pregunté.

—¿Mi sueño, Señor? ¿Para qué quiere saberlo?

—Para intentar ayudarte a conseguirlo.

—Aún no me conoce lo suficiente como para poder ayudarme.

Le diré cuál es mi sueño más adelante, no tenga prisa por saberlo, antes debemos encontrar sus respuestas. Lo más importante es usted y mi misión aquí es ayudarle a encontrarlas y, sobre todo, cuidar de usted que para eso me pagan.

Pasó un ángel delante de nosotros que no pudimos ver, ni oír, pero dejó constancia de su visita.

—Sí. —Le respondí segundos después de un largo silencio.

—¿Sí? ¿Sí qué? —Preguntó Marina con un tono y gesto de extrañeza.

—Sí me encuentro bien. Gracias.

Esta vez, no solo rozamos la risa, sino que nos aferramos a ella durante el tiempo que tardamos en incorporarnos. Una vez en pie, en el descansillo, sin soltar la nota de mis manos dije:

—Creo que me voy a dormir. Necesito descansar un poco. Mañana me gustaría llegar a ese lugar. Pase lo que pase no habrá nada ni nadie que me... que nos detenga.

—Está bien descanse ¿Quiere que le ayude a ponerse el pijama?

—No, no es necesario puedo hacerlo solo. Tú también deberías acostarte, debes estar agotada.

—Sí, sí lo estoy, Señor. Pero primero quiero darme una pequeña ducha y luego me acostaré. Mañana, hoy, nos espera un día muy largo. Nos marcharemos cuando se despierte, ¿le parece?

—Me parece bien. Buenas noches Marina.

—Buenas noches Señor, que descanse.

—Igual.

Me acosté en el lado izquierdo, el más cercano a los cuadros que colgaban de la pared de una cama grande, de dos plazas, de matrimonio, con colcha de rayas grises y negras, con sábana bajera roja, desnudo, en ropa interior, sin pijama, me acosté sin pijama. ¿Para qué sirven los pijamas? ¿Para qué vestirse al acostarse? ¿Quizá para no soñar desnudo?

Desde la cama me relajaba escuchando caer el agua de la ducha a destiempo de las canciones que Marina cantaba en ella. Instantes después mis párpados tiraron la toalla cerrando unos ojos vencidos. El cansancio vino acompañado de un «buenas noches» de la voz de Marina que sin darme cuenta ya había salido de la ducha y me miraba desde el umbral de la puerta.

—Buenas noches. —Creo que le respondí.

—Su aroma se alejaba paulatinamente. Su fragancia y sus pasos se perdían por el pasillo hasta desaparecer en su habitación.

Un par de bostezos indicaban que pronto dormiría, soñaría o quizás un poco de cada. Minutos después me sobresalté al escuchar, en la planta de abajo, el sonido de un cerrojo seguido del sonajero de unas llaves. No estaba seguro que lo hubiese escuchado, quizá formaba parte del inicio de un sueño que comenzó sin avisar. Aguanté la respiración, desperté mis oídos y volví a escuchar un sonido demasiado lejos para tocarlo, demasiado cerca para sentirlo. Subía las escaleras. Asomé la cabeza y la mirada por encima de la sábana, atemorizado, asustado, espantado al pensar que había alguien más en casa aparte de Marina. No vi la luz de la entrada, ni de la escalera encenderse en ningún momento, tan solo vi como el pánico se apoderó de mí. Ese sonido entró en la habitación de los sueños regalados sin tarjeta de invitación. Intenté desaparecer, hacerme invisible, frenar mis temblores bajo la colcha, pero de nada sirvieron mis inútiles intentos. Pude sentir como el lado derecho de la cama se hundió ligeramente en su punto medio. No quise mirar, no pude moverme, fui una estatua temblante. Estaba todo perdido, no tenía con qué defenderme y él, el sonido, que fue lo único que me atreví a sentir me había descubierto. Se transformó en persona, se acercó silenciosamente, destapó la colcha, se tumbó a mi lado y apoyó su cabeza sobre una almohada que empezamos a compartir. Ahogado por el terror y la angustia de saber que, en breves momentos, recibiría un fuerte impacto en la cabeza o que un objeto punzante atravesaría mi espalda hasta clavarse en mi corazón, me abracé a mí mismo y volví a respirar.

Llené mis pulmones de un aire mezclado con un fresco olor a jazmín, el mismo que desprendió Marina la primera vez que se acercó a mí en el hospital. Mis temores se esfumaron en la primera bocanada de aire, de perfume, de Marina...

—¿Marina? ¿Eres tú? —Susurré bajo las sábanas deseando que lo fuese.

Estaba desconcertado. Tras varios intentos y algunos abandonos, me armé de valor, giré mi cuerpo sobre sí mismo, despacio, muy despacio, aún escondido bajo las sábanas. Estiré mis brazos, mis dedos... mis manos buscaban lo que los ojos no se atrevían a mirar. Nada, nadie, allí no había nada, ni nadie, paralizado, perplejo, froté mis ojos cerciorándome de que todo había sido real. Enloquecí, ¿de dónde procedía ese conocido aroma que se tumbó a mi lado con la intención de quedarse conmigo? Allí no había nadie, absolutamente nadie, no había nada, ni siquiera quedaba rastro del sonido que fui incapaz de ver pero sí de sentir.

Me incorporé, dejando mi torso al desnudo. Pensativo, no encontraba una

explicación razonable a todo lo acontecido. Volví a mirar y seguía sin haber nadie a mi lado.

—¿Marina? Pregunté en voz alta.

De fondo escuché como unos pasos se aproximaban, regresando el olor fresco de ese aroma. Se prendió la luz amarillenta del descansillo y tras ella asomó una dulce voz:

—¿Qué ocurre Señor? ¿Se encuentra bien? —Preguntaba Marina desde el marco de la puerta, sin llegar a entrar al dormitorio.

—Creo que sí. Solo que he tenido una sensación muy extraña. —Decía mientras miraba mis manos buscando una respuesta convincente.

—¿Qué sensación?

—He sentido como si... ¡Bah! Es igual, debió de ser un mal sueño, una pesadilla o algo similar... pero lo viví como si hubiese sido todo tan real...

—¿Seguro que todo va bien? ¿Quiere que me acueste con usted?

—Seguro Marina, todo bien. No es necesario, acuéstate en tu cama. No creo que tarde mucho en coger de nuevo el sueño. Estoy agotado. Muchas gracias —decía sin querer darle más importancia a lo ocurrido.

—Muy bien Señor. ¡Qué descanse! ¡Ah! Si me necesita ya sabe dónde estoy, ¿de acuerdo? Dejaré la puerta entornada. Buenas noches y dulces sueños.

—Descansa tú también. Buenas noches Marina.

La luz se vistió con un precioso vestido negro, el sonido descalzo de sus pasos se perdió, junto a la sombra de Marina, en la penumbra de la habitación y mis ojos se cerraron con la duda de no saber si todo lo que había sucedido fue fruto de un pequeño sueño o semilla de toda una realidad. Creo que no es buen momento para pensar. Dormiré.

Treinta segundos

Fue el repicar de unas campanas las que me despertaron aquella mañana. Lejos quedaron esos molestos y ruidosos despertadores que te hacían saltar de la cama de un sobresalto, pero ofreciéndote una segunda oportunidad para esos «cinco minutitos más» siempre tan deseados.

Hacía tiempo, más del que soy capaz de recordar, que no acudía como cada domingo a la iglesia, ni a misa, ni a comulgar, ni a escuchar la palabra de Dios, ni a nada relacionado con la religión. Así que, sin saber por qué, un día decidí ser eso, ateo. Llámame como quieras, pero esa fue mi elección.

Tras un par de bostezos, seguidos de un adictivo estiramiento de todas mis extremidades, sacudí mi cabeza varias veces y decidí que debía levantarme de la cama. Caminé velozmente de puntillas y semidesnudo por toda la habitación, evitando la sensación del frío suelo bajo mis pies, pocos pasos me bastaron para llegar al vestidor. Cogí del perchero unos vaqueros azules rasgados no solo por las rodillas sino también por el trasero, de la primera balda de la estantería una camiseta oscura básica, ancha de cuello y corta de mangas. Después de abrir, de cerrar, volver a abrir y volver a cerrar, todos y cada uno de los cajones, no encontré lo que más necesitaba: un par de calcetines.

Nuevamente salí corriendo de la habitación, otra vez de puntillas, pero esta vez casi semivestido. Dejé la cama sin hacer, volvería más tarde para ordenar la habitación, en cuanto supiese dónde estaban los calcetines. Bajé las escaleras, me topé de frente contra el espejo tapado y entré en el salón. Allí se encontraba Marina, vestía con un chándal de color azul con tres rayas blancas paralelas a cada lado del pantalón y a cada lado de una chaqueta semiabierta. Estaba sentada de piernas cruzadas y brazos cansados en el cojín frente a la chimenea. Entre sus manos sujetaba un montón de cartas manuscritas que barajaba, emulando ser el peor crupier del mejor casino, y ojeando detenidamente cada remitente y cada destinatario.

Quedé varios segundos observándola, sin llamar su atención, sin decir una palabra y, casi aguantando la respiración, bajo la puerta. No se había percatado de mi presencia, parecía hipnotizada por el tacto y las palabras que había encontrado en esas cartas.

—¡Buenos días, Marina! —Dije en un tono alegre.

—¡Buenos días, Señor! ¿Ha dormido bien? —Preguntó sobresaltada.

—Muy bien, gracias. ¿Te he asustado? Parece que hubieses visto un fantasma.

—¡Qué va Señor!, solo que estaba relajada mirando estas cartas y me sobresalté.

No esperaba verlo despierto tan temprano.

—¿Cartas? ¿No sé de qué cartas me hablas?

—Dígamelo usted. ¡Hay decenas... cientos de cartas que deben tener muchísimos años, ya nadie escribe en papel! Todas tienen el mismo destinatario, usted, pero distintos remitentes. ¿Quiénes son todas estas personas?

—¿Qué personas? —Pregunté con un tono un tanto molesto.

—Celia, Carmen Mari, Rocío, Alejandro, Olga, Rosi, Laura, María del Mar, Ramoni, Susana, Raúl, Vanessa, ¿sigo?... —Decía mientras pasaba una carta tras otra con una expresión de asombro.

—¿Se puede saber de dónde has sacado eso?

—Mientras usted dormía he estado ordenando un poco la casa y encontré una cajita de zapatos con estas cartas.

—Me parece a mí que no has entendido mi pregunta. ¿Me quieres decir de dónde has sacado esas cartas y quién eres tú para atreverte a leerlas?

—Señor, no se ponga así, por favor.

—Me pongo como me da la gana ¿entiendes? ¡Cómo me da la gana! ¿Quién te has creído que eres?, no vas a ser tú la última en venir a decirme como debo ponerme o dejarme de poner. ¿Hasta dónde vamos a llegar? Deja ahora mismo todo donde estaba, ya estás tardando y que sea la última vez que registras mis cosas ¿lo has entendido? ¡La última vez!

—Lo siento, Señor. No fue mi intención molestarle. Tan solo me llamó la atención ver tantísimas cartas de personas y ciudades distintas. Puede estar tranquilo, pues en ningún momento leí el contenido de ninguna de ellas. Debería sentirse muy orgullo, debió ser una gran persona al tener tantos amigos con los que cartearse —decía mientras las guardaba cuidadosamente, una por una, en la pequeña caja de zapatos.

Fueron varios segundos de silencio, pero no en mi interior. Estaba furioso ¿Por qué me puse así?, ¿era por Marina?, creo que nunca antes me había enfadado de tal manera ni con ella, ni con nadie. ¿Debí molestarme por mirar tan solo remitentes sin llegar a leer las cartas?, o ¿debí hacerlo conmigo que ni tan siquiera me acordaba de su existencia, ni dónde estaban guardadas, ni mucho menos su contenido? Sí, es cierto, ella las cogió sin permiso, indagó en mis recuerdos, en mi vida, en una vida que no le pertenecía, pero ¿era para ponerse así? ¿Acaso lo merecía? No, no era para ponerse así y no, no lo merecía, no lo merecía, no lo merecía...

—¡Pero bueno! ¿Se puede saber qué hace andando descalzo? ¿No ve que va a coger un catarro entre la lluvia de anoche y ahora esto? —Preguntaba con las cejas fruncidas y una permanente sonrisa, nada más acabar de guardar las cartas.

Me sentí culpable, mezquino por mis palabras tan desafortunadas. Me quedé mirándola y me dejó perplejo. Parecía increíble que después de como la traté seguía

sonriéndome. Ella siempre sonríe, no hay nada que consiga aplacar esa hermosa sonrisa, ni que borre los hoyuelos de sus mejillas ¿acaso yo hubiese reaccionado así? No, jamás, en cambio... mírala sonriéndome...

Me sentí como un niño avergonzado, ¿la habría defraudado? La culpa me avergonzaba, así que bromeé para intentar olvidar lo ocurrido.

—Estuve rebuscando por todos los cajones los calcetines pero no encontré ninguno, ni siquiera uno huérfano, ni uno soltero, ni uno viudo para intentar casarlo con cualquier otro.

—¿Quiere que le baje unos? ¿Dígame de qué color los quiere? —Decía aún sentada desde el cojín frente a la chimenea.

—No, no hace falta. Dime dónde están. Los cogeré yo. —Me seguía sintiendo mal pero peor debía sentirse ella, aunque no dejase de sonreír.

A veces, decir lo siento no basta para borrar el dolor causado. Debí sentir antes de intentar borrar.

—¿Miró usted en la mesita de noche? Venga siéntese en el sofá que ahora mismo se los bajo y preparo el desayuno.

—Pues allí no miré. Iré a buscarlos. Tú si quieres ve preparando el desayuno.

La habitación estaba deshecha y no quería que viese tal desorden ¿Qué iba a pensar de mí? Pero mis intentos por ir a buscarlos y eludir que Marina los trajese resultaron en vano. Marina se puso en pie, mucho antes de mi último «Allí no miré», pasó por mi lado, se detuvo, me besó, la mejilla, la derecha, me desarmó y me dijo:

—Treinta segundos y vuelvo con sus calcetines.

Desde el sofá escuchaba el abrir y cerrar del cajón de la mesita de noche, el desagradable ruido al levantar la persiana, pisadas que recordaban películas de terror que por el techo se acercaban, bajaban las escaleras y finalmente se asomaban por el salón.

—Aquí están sus calcetines. ¿Le gustan estos?

—Bueno... no están mal.

Eran unos calcetines negros, con la punta y el talón decorado con rayas paralelas verdes y lilas. En la planta tenía algo escrito que desde el sofá no pude distinguir. ¿Me gustan? —Le pregunté a mi interior—. ¿Qué más da si apenas se ven cuando están puestos! —Me respondió.

—¿Bueno... no están mal? ¡Pues son los que tocan para hoy! —Me los mostraba tomando uno en cada mano y levantándolos hacia arriba, como si fuese una banderillera a punto de enfrentarse a un miura descalzo esperándole en el sofá.

—¿Son los que tocan hoy? Me hizo gracia aquella expresión. No sabía que existiesen días especiales para ponerse unos calcetines ¿por qué tocaban esos y no otros? —Volví a preguntarme.

—Sí, son estos los que tocan Señor. No soy yo quien lo decide, lo pone bien

clarito justo aquí debajo, en la planta del pie, «Sunday» y como hoy es domingo son los que tocan. —Sonreía mientras señalaba esa palabra anglosajona.

—Me parece un buen razonamiento —dije devolviéndole la sonrisa.

Mientras vestía mis pies, Marina marchó a la cocina a preparar el desayuno. Minutos después se podía oler el comienzo de un nuevo día, un olor perturbado por el estallido de unos cristales, seguido de un: ¡Joder!

—¿Estás bien?, ¿qué ha pasado? —Pregunté esperando una respuesta que ya suponía.

—Sí, muy bien. No ha pasado nada importante, solo es un viejo vaso que no tendré que volver a fregar, con el jabón se me escurrió de las manos y... ¡no se preocupe!

Me acerqué a la cocina y allí estaba ella con una escoba blanca de lunares negros recogiendo rápidamente todos los pequeños pedacitos en los que se había convertido ese viejo vaso de cristal. Estaban esparcidos por todas partes en el suelo, alcanzando los rincones más escondidos de la cocina.

La miré, me miró y apartó su mirada hacia el suelo. Parecía muy nerviosa, su torpeza la delataba a medida que sus mejillas sonrojaban. Quizá temía por otra regañina, pero esta vez fue ternura lo que despertó en mí.

—¿Estás segura que solo se rompió un viejo vaso o has roto toda la vajilla? ¡Hay cristales por todas partes! —Le decía mientras la miraba apoyado sobre mi hombro en el marco de la puerta.

—¡Pero bueno!, ¿qué hace descalzo? Salga ahora mismo de aquí ¿no ve que se puede cortar? —Decía con voz valiente, señalando con su dedo índice hacia la puerta, apoyando su mano izquierda en la cadera, frunciendo el ceño y aún sonrojada.

Me hacía muchísima gracia verla de esa manera, estaba plenamente avergonzada, ni siquiera era capaz de mirarme a la cara mientras me invitaba a abandonar la cocina. No pude resistirme, me acerqué a ella, le cogí con mis dos manos sus mejillas y la besé, a ellas, no recuerdo a cuál, pero lo que nunca podré olvidar es que tembló, no sé si de miedo o de pudor. Tembló.

—¿Mírame no ves que no voy descalzo? Llevo puesto los calcetines de los domingos, los «Sunday», los que tocan hoy —le decía con unas ganas terribles de hacer bromas y sin soltar mis manos de su cara sonrojada.

—No sea tonto, déjese de bromas —tartamudeaba—. ¡Salga de aquí ahora mismo! —Decía mientras apartaba mis manos de su cara y señalaba nuevamente la dirección de la puerta con su dedo—. ¡Venga salga de aquí!

—Está bien, ya me voy.

Me aproximé a ella para intentar besar la otra mejilla, pero a pesar de estar a su lado, estábamos demasiado lejos. Su dedo seguía indicándome por dónde debía ir y su expresión corporal opuso resistencia.

—Subiré al cuarto y le traigo unos zapatos. ¡Usted, no vuelva a entrar en la cocina hasta que todo esté recogido! —Continuaba con un tono amenazante y seguro de sí

misma. Había ganado la partida a la timidez. Me había ganado la partida a mí.

—No te preocupes Marina. Iré yo a por ellos, mientras terminas de recoger todos estos cristales ¿te parece bien?

—De acuerdo, Señor. Salga de aquí con mucho cuidado de no cortarse, cálcese, recojo todo y enseguida estamos desayunando. Espéreme en el salón ¿sí? —Decía, esta vez, sin señalarme la salida y recogiendo los pocos cristales que aún quedaban por el suelo.

No hubo tiempo para responder a su «¿sí?». Subí las escaleras al oír «de acuerdo» y no escuchar todo lo demás, si es que hubo algo más.

Llegué a la habitación, a la de los sueños, a la de los regalados, abrí la puerta, los ojos más, como platos, sorprendido, inmóvil, asombrado, alucinado... imposible, era imposible.

Hacía poco más de quince minutos que había abandonado esa habitación. Recuerdo todo a la perfección, un desorden espantoso, un «volveré luego para ordenarla», un «treinta segundos y vuelvo con sus calcetines», un abrir y cerrar de un cajón, un estallido, unos cristales y... ¿treinta segundos? ¿Qué da tiempo a hacer en treinta segundos?, un «beso», un «te quiero», un «abrazo», un «te echo de menos», un «no te olvidaré», un «yo tampoco», un «escríbeme», un «lo haré», un... muchas cosas, pero no te llega para estirar las sábanas, hacer la cama, recoger la ropa sucia, ordenar la limpia, perfumar la habitación, encender una vela y... ¡un portazo!

—¿Marina?

—...

—¿Marina?

—Dígame, Señor ¿no me diga que tampoco encuentra los zapatos? Están en el vestidor, en la balda de abajo —me voceaba desde la cocina.

—...

Entré al vestidor, miré en la balda de abajo y allí encontré unas viejas botas de piel marrón, eran raras, muy peculiares. Tenían un cordón de cada color, uno blanco y otro oscuro, marrón. Me gustaban, me las calcé, eran de mi número, salí del vestidor, de la habitación, bajé las escaleras y volví a la cocina.

—¿Has oído eso? —Pregunté.

—¿El qué? —Preguntaba Marina con gesto de extrañeza.

—¿No me digas que no has oído el portazo? Si lo escuché desde arriba —no podía creer que no hubiese oído nada.

—Sí lo escuché, pero creo que no fue aquí sino en casa del vecino.

—No puede ser, Marina. Estoy seguro que fue aquí. Retumbaron las paredes. Fue un portazo seco y violento —intentaba convencerla de que estaba equivocada.

—Lo escuché perfectamente, Señor. Pero insisto, no fue aquí. —Intentaba convencerme. Me convenció. El equivocado era yo.

—Está bien, quizás esté equivocado. Tú estás al lado de la puerta así que estarás segura de donde vino ese portazo. ¡Ah! ¡Se me olvidaba!, déjame darte las gracias...

no tenías porqué hacerlo.

—¿Gracias? ¿Hacer el qué? —Extrañada por mi agradecimiento y más cuando acababa de romper un viejo vaso.

—Por poner en orden mi habitación. Pensaba hacerlo un poco más tarde, no quería que vieses tal espanto. Así que... gracias.

Sonrió. No se pronunció, no escuché un «de nada», no era necesario, no lo esperaba. Pronto se aproximó el sonido de una locomotora de vapor dejando el rastro de un humo aromatizado, acababa de salir el café. Levantó la tapa de la cafetera, miró el café, apagó la «vitro», se giró hacia mí, guiñó un ojo y dijo:

—De nada, Señor. Pero no fui yo. ¡Venga, espéreme en el salón que el desayuno está listo!

—¿Si no fuiste tú, entonces quién fue? —Me gustan ese tipo de personas que hacen cosas por los demás desde el anonimato, sin esperar un agradecimiento o una distinción.

Marina era de ese tipo de personas, además tenía el don, la virtud, la habilidad o como quieras llamarlo, de saber cómo dar por zanjada una conversación cuando algo no le interesa o no le apetece hablar más de ello. A veces me gustaba, otras en cambio... era encantadora.

El sol se vistió de anfitrión invitándonos a compartir el desayuno junto a él. Salimos al patio, a su encuentro y fue allí donde desayunamos sentados en un pequeño banco para dos, frente a una mesita de madera oscura, sujetando unas tazas blancas de cerámica y humeantes con olor a buen café. En la esquina, en un rincón del patio, estaba aquel delgado y solitario girasol buscando pesetas, mirando al suelo, ocupando su lugar.

—¡Me gusta ese tipo! —Dije mientras daba un primer sorbo de café mirando de reojo al girasol.

—¿Qué tipo? ¿Acaso hay alguien más con nosotros? —Preguntó extrañada Marina, mirando de un lado para otro.

—El girasol...

Marina. Asentía con la cabeza, agitando de arriba abajo las palmas de las manos... era obvio.

Me gustaba verlo ahí solo, ignorando a quien debería ser su centro de atención ¿por qué no mirará al sol como hacen todos los girasoles?, ¿por qué está solo en este inexistente jardín? Definitivamente pienso que es una especie rara, me dije sin alzar la voz, sin pronunciarme.

—¿Quiere que le cuente un secreto? —Dijo Marina, despertándose de mis reflexiones y centrando toda mi atención en ella.

—¿Un secreto? ¿Pero sabes que si lo cuentas dejará de serlo? ¿Estás segura...? —Lo que más me gusta de los secretos de una mujer es que nunca son secretos...

—¿Quiere que se lo cuente o no? —Se encogía de hombros y ladeaba levemente su cabeza con una picaresca sonrisa.

—Está bien... cuéntamelo, ¡pero luego no te vayas arrepentir! —No pude negarme a escucharlo, su sonrisa me volvió a desarmar.

—¿Sabe?, ese tipo, el girasol, tiene nombre, se llama Giraluna. Al caer la noche fija toda su atención en el brillo de la luna... descansando al amanecer. Es por ello que se llama así, ¿no le parece curioso?

—¿Giraluna?, bonito nombre... anda sigamos desayunando curiosa.

—¡Ah! ¿No me cree, no? Pues esta noche será testigo de ello, lo verá con sus propios ojos y se dará cuenta que hay cosas que por muy increíbles que puedan parecer, a veces, ocurren —dijo con un tono amenazante, desviando la mirada acto seguido.

—No te enfades, no es que no te crea, sino que me resulta algo extraño, además soy muy escéptico. Esperaremos a la noche para verlo mirar la luna ¿no? —Le dije con una sonrisa burlesca y girando, con mi mano, su barbilla hacia mí.

—¡Lo verá, don escéptico! —Dijo mirándome a los ojos mientras se ponía bruscamente en pie dirigiéndose al interior de la casa.

—Señor, mientras termina de tomarse el café, iré a preparar las cosas que necesitamos para reanudar nuestro viaje. Solo tenemos el día de hoy para ir y volver, para encontrar respuestas a sus preguntas. Debemos regresar antes de que oscurezca. Le aseguro que será un día muy intenso y repleto de emociones ¿está preparado?

—Lo estoy. Tengo unas ganas enormes de realizar este viaje y no olvidaré esta vez llevarme por equipaje la ilusión, aunque debo decirte que mis ganas por realizarlo se mezclan con el miedo —dije agachando la mirada y debilitando la voz.

—¿Miedo?... ¿a qué tiene miedo? —Marina se acercó, agachándose frente a mí y sujetando con sus dos finas manos mi cara.

—Miedo a... ¡Nada, déjalo Marina! Solo espero estar equivocado y que todo lo que pienso no sea más que un error —dije sin levantar la cabeza con un tono entregado.

—Por favor Señor, no se venga abajo ahora. Sabe que estaré siempre a su lado, no tiene nada que temer. Deje las cosas venir, disfrute lo bueno y lo malo de este viaje porque habrá de todo. ¿Promete que lo hará por mí?

—Prometo que lo haré por lo que más quiero en este mundo ¿nos vamos? —Dije convencido.

—¿Me da cinco minutitos? —Sonrió Marina sabiendo que se los daría mientras se ponía de pie en dirección al salón.

—No sin antes darme un abrazo —contesté levantando la cabeza y fijando mis ojos en los suyos.

Quedamos de pie abrazados en el epicentro de un desierto jardín sin plantas, durante un tiempo suficientemente largo como para contarlo y suficientemente corto como para no repetirlo, al lado de una pequeña mesa de madera con dos tazas, ya, sin café y en la esquina, en un rincón del patio, Giraluna seguía siendo testigo único de nuestro abrazo, nuestros abrazos.

¿Cuánto falta para llegar?

En un salón más vacío que el corazón de quien maltrata, me hallaba sentado en un solitario sofá. Desde allí observaba como Marina, sentada en el suelo —frente a una fría chimenea sin leña y de espaldas a mí— transformaba ese vacío en serenidad. La miraba vaciar cuidadosamente una pequeña mochila, mientras yo saboreaba los últimos posos del café. Repasaba en voz alta su contenido.

—Una botellita de agua, nos dará sed... Algo de azúcar... Estos dulces irán bien ¿verdad?

—...

—¿Señor, está escuchando? ¿Le parece bien? —Marina se giró hacia mí esperando, posiblemente, mi aprobación.

—Sí, sí me parece todo muy bien —dije sin darle mayor importancia. Me había quedado embobado y no me importaba lo que llevásemos... estaba seguro que era lo adecuado.

—¡Ah! Vale pues continúo... —Se dio la vuelta y prosiguió su repaso—... y este montón de sobres verdes también nos los llevaremos —alzaba su mano mostrándolos.

—¡Espera! ¡Espera! ¿De qué sobres me hablas? —De repente toda mi atención se centró en todos esos sobres.

—De estos Señor... —Los mostraba girándose hacia mí.

Se levantó, caminó lentamente hacia mí sujetándolos con su mano derecha extendida. Los dejó caer sobre mis manos, unas manos temblorosas y arrugadas.

Marina se quedó de pie, a escasos centímetros de mí, mirándome a los ojos con la cabeza ligeramente ladeada. Yo permanecí sentado, mirándola con unos ojos cubiertos de un brillo que no podía ver, pero que se reflejaba en los suyos. Fueron varios segundos para contemplar, pensar, hablar... cuántas cosas nos dijimos en el silencio de la palabra. Palpé suavemente con la yema de mis dedos la textura de esos sobres. Los observaba, los giraba, les daba la vuelta e intentaba engañarme a mí mismo preguntándole:

—¿Cómo sabes que esos sobres son para mí si no aparece remitente ni destinatario?

—Estos sobres son los mismos que había en la mesita de noche del hospital junto a otros objetos. Son para usted, Señor.

Asentí con la cabeza muy lejos de su lugar habitual e intenté armarme de valor para poder enfrentarme a un pelotón de inofensivos sobres que quizás ocultaban lo que nunca pude llegar a conocer, la otra cara de mi vida. Cogí aire, lo solté y fue el

azar, ese que siempre utilizas cuando eres incapaz de tomar una decisión, quien eligió por mí. Lo observé detenidamente desde todas las perspectivas, pero ninguna mostraba nada de especial, salvo todo lo que significa una vida escrita por otra vida. Abrí el sobre muy despacio, con unas manos adiestradas a la torpeza pero con delicadeza, intentando dar un segundo uso a ellos. Saqué entre temblores y fríos sudores una cuartilla blanca doblada por su mitad. Al desplegarla las palabras empezaron a bailar pegadas al olor de un perfume conocido por mis sentidos. Poco después las palabras comenzaron a despegarse del papel y volaron cerca de mi nariz, hasta descubrir, sin querer, que habían llegado a su destino... mi corazón.

Pude saber del sexo de las palabras, eran femeninas, una tipografía redondeada, una letra perfectamente legible y sobre todo esos dibujos que rellenaban cada espacio en blanco le delataban. Mi vida quedó resumida en una cuartilla, varias frases y algunos dibujos pintados con un rotulador de color lila. Todo lo demás, desde el principio hasta el final, no supe leerlo, no pude, no quise.

Doblé la cuartilla, la guardé en el sobre útil para un segundo uso y la dejé apoyada sobre una mesita de cristal media vida repleta de secretos y recuerdos. Fue entonces cuando la emoción se encargó de desnudarme. Quedé cabizbajo, no me hizo falta leer nada, solo necesitaba que el abrazo que Marina me dio en ese preciso momento —sin pedirlo— nunca acabara. Intenté levantarme pero había algo que pesaba más que los años, la certeza de esas cartas.

Aún arropado por sus finos brazos que vestían la desnudez de mi interior y con una voz muy lejos de querer pronunciarse, pude decir:

—Marina, no puedo, te prometo que no puedo hacerlo. Déjame pedirte una cosa —dije sin levantar la mirada del mejor aliado para estas ocasiones, el suelo.

—Dígame Señor ¿qué puedo hacer por usted? —susurraba una Marina siempre dispuesta a ayudarme y hacer cualquier cosa por mí.

—Ayúdame a leer estas cartas, por favor. Yo no puedo, lo intenté, pero no puedo —dije esta vez con una voz perdedora muy cercana al lamento.

—Claro Señor, por supuesto que lo haré, pero yo también quisiera pedirle algo, no esté triste ¿vale?, porque eso me entristece. Haré que se anime —y me besó en el hombro.

—...

No hubo nada más después de su «¿vale?», ni después de su beso. Casi sin darnos cuenta la soledad abandonó el salón. Apenas hice nada para impedirlo, necesitaba un momento de intimidad con ella, con una inesperada nostalgia que llegó para hospedarse, quizá para siempre, en el interior de unos sobres de color verde. Fueron varios minutos a solas con ella, teníamos tantas cosas que contarnos que Marina lo entendió.

Se marchó tras la soledad, no sin antes dejar la ventana entreabierta y la puerta entornada por si el olvido se acordaba de volver.

No sabía por dónde empezar, si es que alguna vez hubo un principio, pero lo que

más temía, en ese momento, era que hubiese un final.

Desde la distancia, esa que nos permite alejarnos del peligro pero no impide hacerlo desaparecer, me quedé mirando unos instantes al techo, buscando alguna señal o siendo sincero, buscando una salida por el techo de atrás. Pensé demasiadas cosas, no todas malas ni buenas. Busqué con insistencia las palabras adecuadas. Bajé al sótano de los recuerdos y cuando al fin supe por dónde debía empezar, ya era demasiado tarde. Aquellos sobres verdes que apoyaban sobre la mesa del salón se cansaron de esperar y no me di cuenta si fue Marina quien se los llevó o si fueron ellos los que se marcharon por sí solos.

Giré la mirada hacia la puerta del salón que aún seguía ligeramente entornada y pude ver tras unos pequeños cristales traslúcidos como la silueta de Marina esperaba de espalda a mí, con las manos metidas en los bolsillos, para instantes después alejarse de allí. En ese momento entendí que no debía hacerle esperar más. Salí tras ella pero cuando abrí la puerta no quedaba rastro de nadie, ni de Marina, ni de su sombra, solo quedó el eco de un portazo sin un adiós.

Tan solo necesité un instante de mi vida para perder lo más importante de ella, mi pasado en forma de palabras y mi presente en forma de mujer. Miré por el recibidor de la entrada, rebusqué por todas partes, incluso fui más allá al buscar en mi interior, pero no encontré ninguna respuesta a lo ocurrido. Nunca pensé que me llegaría a perder donde menos lo esperaba, en el centro de mi hogar, pero en ese momento me sentí perdido. De pronto asomó desde el sótano un intenso olor a quemado que ascendía velozmente por las escaleras hasta las plantas superiores. Entré en la cocina, abrí el frigorífico, cogí una botella de agua y bajé lo más rápido que pude hacia el sótano. Conforme bajaba las escaleras, derramando sin querer el agua en cada escalón, iba creciendo el olor a quemado y disminuyendo la visibilidad con el humo.

Cuando al fin llegué al foco de ese inesperado incendio, me quedé helado ante lo que mis ojos no querían ni creían ver.

En un rincón del sótano vi a una desconocida Marina sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, frente a una papelera de metal envuelta en llamas y arrojando en ella, poco a poco, trocitos de papel. Me acerqué a toda prisa, apagué las llamas vaciando la botella de agua en la papelera, agarré con fuerza el brazo izquierdo de Marina y no hubo tiempo para preguntar, ni para dar explicaciones. Salimos corriendo escaleras arriba entre toses y aguantando la respiración, hasta llegar a la puerta que daba entrada a la casa. La abrí, salimos a la calle, volvimos a respirar, continuamos tosiendo y nos sentamos en el primer escalón de los nueve que había en la entrada.

Me quedé observando como Marina no solo se mordía las uñas de su mano izquierda, sino también las sílabas de las palabras que no lograba pronunciar. Esperé una explicación que nunca pedí, como también esperé que su iris recuperase ese color verde del que una mañana me enamoré y ahora estaban sumergidos en el fondo de unos ojos rojizos, apenas podía verlos. En su mano derecha sujetaba un puñado de

sobres verdes, los mismos que instantes antes descansaban en la mesa del salón. Pasaron los minutos suficientes para que el olor a humo desapareciera y en todo este tiempo solo pudo pronunciar dos palabras, tres veces:

—Lo siento, lo siento, lo siento... —repetía mientras no dejaba de llorar...

No quise saber qué ocurrió para que esos trozos de papel, ni lo que había escrito en ellos, acabasen convertidos en cenizas, pero había algo que no podía entender, pues mientras me encontraba sentado en el sofá observé a Marina tras el cristal de la puerta con las manos en los bolsillos, la escuché marcharse tras un portazo e instantes después estaba en el sótano frente al fuego. Intenté buscar una explicación pero quizá no busqué lo suficiente o quizá no la tuviese.

Marina se puso en pie y dijo:

—Se lo explicaré todo, Señor, pero más adelante, antes debe saber muchas otras cosas. Espéreme aquí, solo son unos minutos lo que tardo en recoger los recuerdos que dejé desordenados en casa y nos marchamos —esas fueron las únicas palabras que dijo desde que nos sentamos en ese escalón.

—No quiero explicaciones, no te las pedí y tampoco las necesito. Tómame el tiempo que consideres oportuno pero, eso sí, que sea la última vez que vuelves a hacer algo así o algo parecido. No quiero más sustos de este tipo ¿de acuerdo?

—Le puedo asegurar que no habrá una segunda vez, Señor, pero no puedo garantizarle que no haya más sustos. ¡Vuelvo enseguida!

Marina entró con prisas en casa. Desde el escalón la escuchaba como entraba en todas las habitaciones, dedicaba unos segundos a ellas, bajaba las persianas para después cerrar todas las puertas. Mientras la esperaba, sin prisa alguna, vi cruzar por la puerta de casa a varias personas que vestían con gafas de sol y trajes de domingo. Caminaban en dirección al sonido que dejaba el repicar de unas campanas que anunciaban la misa de las once.

—¡Es la hora de marcharnos! —Dijo Marina con una mochila blanca colgada sobre sus hombros.

—¿Ya has terminado? ¿Has recogido todo? ¿No olvidamos nada? —Pregunté con mucho entusiasmo.

—Sí, aquí llevo todo lo que necesitamos ¿Y usted olvida algo?

—¿Yo? Creo que no.

—No basta con creerlo debe estar seguro. Es un viaje muy largo el que nos espera y no podemos volvernos a mitad de camino o no llegaremos nunca ¿Lo lleva todo?

—Todo Marina.

—¿Está preparado?

—Lo estoy —le dije, pero lo cierto era que no lo estaba. Una mentira más que cargaría con ella durante todo el camino.

Entré, posiblemente, por última vez en casa con ninguna intención, para no buscar nada, simplemente me asomé y justo antes de cerrar me quedé observando aquella pequeña y solitaria llave que colgaba del llavero de madera de la entrada y que

desconocía qué puerta era la que abría. Cerré la de casa al segundo intento que provocó un portazo, un sonido grave y vacío.

Era el momento de partir, toda una vida viajando y es ahora cuando aprendo que hay viajes que se hacen para conocer y otros para recordar lo olvidado. Este iba a ser uno de ellos.

Nos dispusimos a hacer el mismo camino que dejamos a medias la noche anterior, volvimos a bajar los nueve escalones de la entrada. Caminamos en el sentido que se alejaba del sonido de las campanadas y el mismo que nos acercaba al del mar. Durante los primeros pasos ninguno pronunció una palabra, esquivando no solo una conversación, sino también pisar las líneas que dibujaban las losas del suelo al agarrarse. Pensé que era ella quien tenía algo que decir, quizá debía dar una explicación y no sabía cómo empezar después del último incidente, pero a pesar de estar a su lado aún estábamos muy lejos. Quise acortar la distancia y lancé una pregunta al aire como quien lanza una moneda sin haber apostado a cara o cruz.

—¿Cuánto falta para llegar? Y fue como si nada.

—Aún falta mucho Señor, casi media vida y tenemos que volver a casa antes de media noche, pero que sepa que nuestro viaje no consiste solo llegar, ni en volver, sino en conocer. ¡No perdamos más tiempo!, ¡corra!, ¡corra!, ¡corra!

—¿Casi media vida? —Me pregunté a mi mismo—. ¿Y cuánto tiempo es eso?

Intenté correr pero mis piernas no respondían, mis intenciones iban demasiado adelantadas como para poder alcanzarlas. Hay veces que lanzas una pregunta deseando que se pierda entre la gente y en cambio otras, sin darnos cuenta, nos aferramos a ella como si se tratase de la esperanza al regreso del naufrago aun sabiendo que nunca volverá.

—Intento correr más pero no puedo Marina ¿acaso no escuchas el chirrido de mis piernas?

—¿Sus piernas? No son ellas las que necesita para correr sino sus recuerdos los que deberían galopar ¿Acaso no escucha a su corazón? Debería hablar más a menudo con él.

—Creo que nunca llegué a hablar con él, quizá fue que nadie me enseñó a hacerlo ¿Te ves capacitada para explicarme como se hace? —Me paré en seco mientras esperaba su respuesta.

—¿Realmente desea saberlo? —Me miraba casi desafiante sin apartar su mirada y olvidándose de pestañear.

Por unos segundos me hizo dudar la respuesta, odio que me respondan con otra pregunta. Aun así contesté sin interrogaciones:

—No creo que él quiera hablar con alguien como yo. Son muchas las veces que lo dejé de lado, que me olvidé de él e incluso las que le defraudé —agaché la cabeza como el alumno que espera el castigo del profesor por no hacer la tarea—. Sabía muy bien de lo que hablaba y no me sentía orgulloso de ello.

—¿Y no se ha dado cuenta que a pesar de ello él sigue con usted? Llegará un día

en que le abandone y dejará de latir para usted. Mientras tanto cuídelo, quiérole y, de vez en cuando, escúchele cuando le hable.

—Está bien Marina pero ¿Cómo se escucha al corazón? —Dije casi rogando una respuesta que ansiaba saber.

—A lo largo de este viaje lo escucharé. Deje que sea él quien le hable.

—Pues entonces... ¡Viajemos! —Una sola palabra me bastó para empezar a tachar interrogantes que no solo aparecían en mis bolsillos.

Caminamos lo suficiente como para perder de oído las campanadas de la iglesia, en cambio el mar aún quedaba demasiado lejos de todos los sentidos, menos de dos: el que nos llevaba a él y el de la vista.

Poco después de varios resoplidos, nos sentamos en uno de esos fríos bancos de piedra sin respaldo, ausente de ergonomía, quizá hecho así a conciencia para no tapar la visión de aquel pequeño lago artificial rodeado de césped natural que presidía la entrada del hospital de la Libertad y quedaba a nuestra espalda. Frente a nosotros, al otro lado de la carretera, una cafetería con la fachada de madera oscura, un ventanal arqueado a cada lado de la puerta de entrada y encima de esta, dos palabras plateadas bautizaban el local. Marina se sentó a mi lado, lo suficientemente cerca como para que nuestras piernas no fuesen la única parte del cuerpo que se tocasen. Segundos después empezó a jugar a ese juego de adivinar el color de los coches que pasarían por delante de nosotros.

—¡Blanco! El próximo coche será blanco ¿Qué color dices usted Señor? —Decía entusiasmada y expectante mientras miraba hacia donde bajaban los vehículos que no respetaban los límites de velocidad, ni la señalización horizontal de la carretera.

Sonreí por dentro, en intimidad, al recordar que tuve una bonita infancia... pues yo también jugaba a ese mismo juego en la calle, sentado en el bordillo de cualquier rincón de la ciudad de las cuatro culturas, Melilla, y donde los coches por aquel entonces solo eran de dos colores: blancos o rojos.

—¡Blanco! Será blanco —dije con rotundidad, con la certeza que acertaría, pero sin apartar la mirada de la fachada de aquella cafetería.

—Señor no puede elegir el mismo color tiene que ser distinto, si no se pierde la gracia del juego. ¡Venga dígame otro! ¡Corra, corra antes de que pase! —Me decía mientras me daba varias palmadas en el muslo y sonreía a la vez.

—¡Verde! Será de color verde —dije aun sabiendo que sería de color blanco.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! ¡Blanco! ¡Blanco!, es de color blanco. ¡Le he ganado, Señor...! —gritaba Marina mientras daba saltos de alegría frente a mí.

Le sonreí, acepté mi derrota alargando la alegría de su victoria. Me dejé vencer, le felicité pero —entre tanto festejo— había algo que me dejó sin defensas, me desarmó —sin hacer nada— tan solo con su presencia. Aquellas dos palabras plateadas llamaban mi atención a base de destellos. Poco tardó Marina en percibir que se encontraba demasiado lejos de mí y su expresión facial estaba muy cerca de la preocupación.

Giró sobre sí misma y observó varios segundos aquello que mis ojos no dejaban de mirar.

—Oban Bay, así es como se llama esa cafetería Señor.

—Asentí con la cabeza sin pronunciarme.

—¿Qué ocurre? ¿Quiere que entremos y tomemos algo? —Decía mientras se agachaba recogiendo mi preocupación con sus preguntas y para equilibrar sus ojos a la altura de los míos.

—No, no me apetece tomar nada, solo quiero unos minutos a solas con él, con mi corazón. Creo que quiere hablar conmigo —dije siendo la primera vez que dejaba asomar una pequeña parte de mi interior.

—De acuerdo Señor, le dejaré a solas con él. Si me necesita estaré cerca del lago paseando.

Marina se alejó, dejándome junto a aquella mochila como única compañía. La miré de reojo en un par de ocasiones, a la tercera arrastré —sin levantar sospechas— mi mano izquierda por la superficie del banco. Aguanté la respiración durante el tiempo que tardó mi mano en tocarla, mi corazón latía cada vez con más fuerzas, tuve la sensación de estar cometiendo el más atroz de los delitos, cuando en realidad tan solo buscaba dentro de ella respuestas a esa parte de mi vida que no pude vivir. De pronto escuché como una voz rotunda, seca y casi amenazante gritaba: ¡No lo hagas!

Me sobresalté, me paralizó. Recogí rápidamente mi mano que ya había alcanzado la cremallera superior, se unió con la otra muy cerca de las rodillas y allí los dedos se entrecruzaron. Volví a mirar aquellas dos letras plateadas, como si nada hubiese ocurrido, como si nada hubiese escuchado y seguí respirando.

—¡Maldito corazón! —Grité en voz alta. Nunca antes lo había escuchado con tanta claridad. No entiendo por qué no me permitía abrir esa mochila, como tampoco sé por qué le hice caso, cuando no suelo hacérselo a desconocidos.

Tardé en llegar al otro lado de la carretera, el tiempo de cruzarse tres blancos, uno rojo, uno gris y una moto de gran cilindrada, todos ellos a gran velocidad. Mientras cruzaba me hacía muchas preguntas a mí mismo y él continuaba hablándome, unas veces usaba un tono afable y otras, en cambio, autoritario. Entré en la cafetería desobedeciendo sus indicaciones, aún seguía siendo un desconocido.

Me quedé varios segundos de pie, sin alejarme a más de un metro de la puerta de entrada. Observé que ya nada era como antes, los camareros, la decoración, los clientes, todo había cambiado. Entre tanto ruido de tragaperras, molinillo de café, murmullos de clientes mezclados con el griterío de los camareros, sonaba lo suficientemente alto como para poder apreciarlo una canción de Pereza que entonamos a dos voces: la de dentro y la de fuera. Empezábamos a conocernos.

Pensé que la música era lo único que no había cambiado. Después de haber recorrido —sin dar un solo paso— cada cliente, cada detalle del local y en donde echaba de menos una columna tallada de madera que te daba la bienvenida con su presencia, observé al fondo, en un rincón lejos de la barra, una vieja mesa de madera

con una decoración, color y forma distinta a todas las demás. Poco tardé en recordarla, era la misma mesa donde me sentaba cada mañana a tomar mi primer café acompañado con media tostada de sobrasada, con la única diferencia que, a pesar de estar la cafetería abarrotada de clientes, aquella mesa estaba vacía.

La miraba y me veía allí sentado dándole tantas vueltas a aquella taza de café como vueltas le daba —en ese momento— a mi cabeza. Era como si nunca antes hubiese sido ocupada, todo parecía estar como la última vez que me senté allí. ¿Quizá me esperaba?, ¿quizás estaba reservada?... No lo sé, mi corazón tampoco, solo sé que no podía perder más tiempo y así me lo hizo saber quien reparte sangre. Allí no había nada que hacer. Marina nos esperaba en el lago.

Tres piedras

Cruzamos la carretera alejándonos de la cafetería a una distancia de dos carriles en doble sentido y uno de los míos lo estaba empezando a perder, el de la cabeza. Observé que, en aquel incómodo banco de piedra, había olvidado la mochila que mi corazón me impidió abrir. Tras un par de suspiros de alivio y sacudirme la frente, taponé mis oídos con los dedos, no quería volver a escucharlo. Me acerqué decidido hacia ella, la agarré por una de sus asas y con decisión la colgué a mi espalda. Fue la primera vez que supe cuánto pesan los recuerdos. No quise abrirla, no me apetecía discutir más con él, al fin y al cabo estábamos destinados a tener que entendernos.

Me puse de pie encima del banco y desde allí observé como las piedras que lanzaba Marina en el lago saltaban por su superficie dejando dibujada en cada bote — nunca más de dos— perfectas circunferencias que crecían lentamente hasta desaparecer casi sin darme cuenta. La veía feliz, estaba feliz, muy feliz...

—¡Señor! ¡Señor! Venga a jugar conmigo —gritó, llamando mi atención alzando su brazo derecho al aire, saltando sin apenas elevarse del suelo y con una sonrisa de oreja a oreja.

Levanté mi brazo al aire, balanceé mi mano con violencia de un lado para otro. De algún modo intenté imitar su saludo, pues su sonrisa era imposible de plagiar. Salí corriendo a su encuentro en el lago. Con los brazos extendidos contaba los metros que restaban a nuestro abrazo. Cuando pasaron a ser centímetros noté como de repente aumentó mi cara de tonto. Fue como ese abrazo que das a un amigo que hace tiempo que no ves pero con una pequeña diferencia o un gran error... creo que fue mi corazón quien habló por mí, con mi voz, mi entonación y mis palabras. Me utilizó. Marina fue incapaz de distinguir entre él y yo. Poco tardó en borrar su sonrisa y dibujar un semblante serio. Son ese tipo de preguntas que sabes que una vez formuladas ya nada vuelve a ser como antes. Ya no había vuelta atrás.

—¿Me das un beso? —Escuchamos salir por mi boca. Era mi voz, mi entonación y mis palabras. Fue nada más escucharlo y mis mejillas no necesitaron maquillaje para sonrojarse.

Si hay una palabra que definiese mi estado de ánimo en esos momentos y que nunca depara nada bueno, era tensión. Quería desaparecer, ser invisible, borrarme... no, no, eso no era... En realidad solo quería poder retrasar el tiempo al menos dos metros atrás. Permanecí de pie frente a ella, preparando mis dos mejillas para recibir, sin mucho entusiasmo, la palma de sus manos. Me quedé mirándola con la cara de un incompleto payaso al que solo le faltaba la nariz roja. Marina se convirtió, sin

esperarlo, en la única espectadora de mi improvisado circo.

Instantes después sonrió, creció diez centímetros al ponerse de puntillas, se aproximó a esa distancia donde los centímetros pasan a ser «mili», cerró sus ojos, abrí los míos y me besó. Fueron dos besos, uno donde yo quería y el otro fue de aquellos que llamamos de «pa» luego.

Esas fueron sus únicas palabras justo después de sentir sus labios: «... y este pa luego...».

¿Y qué te digo yo ahora? ¿Por qué te metes en mis asuntos? ¿Has visto lo que has conseguido? Improvisé una miniconversación en voz baja con mi corazón. Pero después de muchas preguntas, de señalarle en mi interior, de buscar un responsable, solo pude decirle «gracias» por hacer lo que muchas veces no nos atrevemos. En ese momento supe que estábamos destinados a vivir así, el uno decidiría por el otro.

Una sonrisa, un «¡venga!», un «coja estas piedras», un «vamos a jugar», un «te ganaré» y una enorme felicidad fue lo que continuó a ese beso que, para mí, aún no había terminado. Marina colocó en mis manos cinco fichas, cinco piedras, para jugar la partida. Las observé una por una detenidamente. Eran abstractas, oscuras, pequeñas, feas, muy feas... no tenían nada de especial. No me gustaban. Sabía que con ellas nunca podría ganarle.

—Estas para ti, Marina —se las devolví en mano, mientras su cara mostró una expresión de asombro. Buscaré mis propias fichas con las que ganarte— continué.

—Pero... ¿Acaso no se fía de mí?, ¡eh, eh! —Preguntaba levantando el mentón en dos ocasiones, una con cada ¡eh!

¡Maldita pregunta! No sabía por dónde tirar, si debía cruzar por el paso de la verdad o dar un rodeo por la calle de la mentira. Cualquiera de los dos caminos que tomase dolería, uno a ella y otro a mí. Preferí ser yo quien debía sufrir ese daño.

—¡Por supuesto que me fío!, ¿lo dudabas? —dije muy seguro de mí, aunque dudo que fuese muy convincente— pero prefiero buscar mis propias piedras o lo usaré como excusa si pierdo —sonreí.

—Muy bien Señor, pero no tarde, no quiero alargar demasiado su derrota, porque perderá —decía con una mirada desafiante y emulando el gesto de un forastero al soplar el humo de su pistola con su dedo índice.

Cabizbajo, silencioso y pensativo me alejé unos metros de ella, del lago, del beso, cargando en mi espalda con el peso de los recuerdos y en mi interior con el dolor de rodear aquella calle. Poco tardé en toparme de frente con aquella muralla natural repleta de hojas húmedas y finas ramas, de altura el doble que yo y de ancho un metro medido a zancadas. En la tierra desde donde se elevaba había pequeños charcos que se podían coger entre las manos. Aquella muralla verde tenía un nombre que no concordaba con su aspecto, «transparentes», a pesar de impedir ver tras ella. A veces me pregunto: ¿quién se encarga de poner nombre a las plantas?, y sobre todo ¿en qué se basan para hacerlo?

Me agaché con dificultades lejos de la seriedad. Rebusqué a los pies de las

transparentes cinco piedras con las que, con total seguridad, ganaría la partida a Marina. Sabía qué morfología debían tener: planas, ligeras y de color... de color indiferente. Después de escarbar, remover arena, rebuscar piedras y apartar las hojas secas, no precisamente en ese orden, mis manos se vistieron como si de un fino guante de tierra se tratase y mis vaqueros quedaron teñidos de verde a la altura de las rodillas.

Finalmente conseguí encontrar tres piedras muy parecidas a las que buscaba y las oculté en mi mano izquierda. Las otras dos eran muy distintas, casi redondas, no muy grandes, una verde y otra morada. Quizá fuesen demasiado especiales como para jugar con ellas, demasiado hermosas como para que yacieran en el fondo de aquel lago o como para olvidarme de ellas. Esas, esas las guardé en mi mano derecha.

—¡Ya las tengo! —Grité lo suficientemente alto para que Marina se girase hacia mí.

—¡Corra! ¡Corra, Señor! —Voceaba desde el lago indicando con su mano que aligerase el paso.

Una vez allí, la miré frunciendo el ceño, desafiándole con la mirada, pero mostrando una ligera sonrisa que no pude disimular.

—Conocerás el amargo sabor de la derrota, *baby* ¿Aún estás convencida de que me ganarás? —Dije serio, con un tono desconocido y sin opción a réplicas.

—¡Le ganaré! La única posibilidad que tiene de ganarme es si me dejo vencer y eso nunca lo sabrá —guiñó el ojo y disparó un beso al aire que no alcanzó a herirme, ni por fuera ni por dentro, pero hubiese deseado que hubiese impactado de lleno en mi boca.

Me quedé con la duda de saber si sería capaz de dejarse vencer o solo fue la estrategia para justificar una derrota asegurada. Continué ocultando, justo después de la manga, los «ases» de mi partida.

—Las normas son las siguientes —tomé con mi voz las riendas del juego—. Jugaremos al mejor de cinco intentos. Si alguno consigue ganar tres partidas seguidas no será necesario tener que lanzar las otras dos, se dará por finalizada. En caso de empate, nos la jugamos a pares o nones, y dado que soy un caballero dejaré que seas tú quien empieces tirando ¿te parece?

—¿Algo más...? —Preguntó en un tono chulesco y segura de sí misma.

—¿Debe haber algo más? —Pregunté dubitativo, intentando encontrar algo que, a mi parecer, no había perdido pero que Marina había encontrado. Es así de sencillo el juego— continué.

—Ese es el problema Señor, es demasiado sencillo... ¿dónde está la emoción? Haremos lo siguiente: quien pierda deberá cargar con esta mochila a su espalda durante todo el viaje hasta que regresemos a casa ¿Sí?

—Sí, muy bien. Puedes empezar con tu primer lanzamiento.

Me quité el peso de los recuerdos que colgaba en mi espalda, me agaché y los dejé a la orilla del lago. Mientras me incorporaba escondí, con la misma habilidad de

un mago en uno de mis bolsillos, las dos piedras que guardaba en mi mano derecha. Con ella iniciamos un apretón, como esos que se dan cuando firmas un acuerdo, pero con la intención de acariciar sus manos. Obviamos desearnos suerte, obviamos los falsos deseos, pero nos dijimos al unísono *¡Qué gane el mejor!*, y al unísono respondimos *¡te ganaré!* Luego sonreímos, también, a la vez.

Me alejé unos metros del lago y de ella, excusándome de no querer entorpecer su lanzamiento, si bien la única intención era poder contemplar cada movimiento de su cuerpo hecho de deseos. Ensayó, un par de veces, balanceando su brazo antes de tirar la primera piedra. Estiró el brazo hacia atrás todo lo que pudo para después lanzarlo con violencia hacia adelante. Fue un buen lanzamiento, la piedra salió despedida a gran velocidad. El primer impacto con la superficie del lago hizo que la piedra se elevase unos centímetros y se alejase unos metros, hasta llegar a un segundo impacto contra el agua. Después no hubo nada más, solo quedó el rastro de dos perfectas circunferencias que ondeaban a lo largo y ancho del lago hasta desaparecer segundos después. Su primer lanzamiento fueron dos circunferencias. No quise hacer ningún comentario referente a él pero, no sé cómo, se percató que me estaba riendo por dentro y así me lo hizo saber.

—¡No se ría! —Gritó girándose hacia mí y advirtiéndome de un modo amenazante con su dedo índice.

—Pero... si no me estoy riendo —dije elevando los hombros.

—Ya...

—Venga Marina, verás como el segundo lanzamiento te sale mucho mejor. ¡Ánimo!

Se giró hacia el lago justo después de hacerme una peineta y esta vez sí me reí, pero por fuera, aunque creo que no le importó demasiado.

Su segundo lanzamiento fue una repetición del primero, el mismo balanceo inicial, la misma fuerza y las mismas circunferencias, lo único que no se repitió fue mi risa interior. Después tampoco hubo ningún comentario, ni se giró hacia mí, ni peineta, ni tan siquiera dejó tiempo a que desapareciesen las dos circunferencias que ondeaban en el lago para iniciar su tercer lanzamiento.

—¡Espera! —Le advertí antes de que la piedra saliese de su mano.

Me acerqué a ella que me miraba como quien espera a alguien que sabe que puede cambiar su suerte, aunque con la duda de no saber de qué lado caería la moneda. Cuando llegué, a esa distancia donde las pulsaciones ajenas parecen propias, pude ver como en el fondo de sus pupilas ondeaban banderas blancas. Rodeé su hombro, más lejano a mí, con mi brazo izquierdo y sus ojos se clavaron en él. Luego extendí el otro, descubrí mi mano y continué:

—Toma. Coge cualquiera de estas piedras, te darán suerte. Lánzalas soltándolas desde la altura de tu cintura. No hace falta que la tires con fuerza, hazlo con decisión, procurando que la piedra acaricie la superficie del lago —como lo hacía mi mano sobre su hombro.

Sus ojos verdes —desconfiados— estudiaron la morfología de ellas y su mente analizó, con disimulo, mis intenciones, pero cuando todo está perdido te aferras, incluso, a quien alguna vez te mintió. Tomó la piedra, me pidió —con delicadeza— que me alejase unos metros y segundos después perdí la cuenta de las circunferencias que quedaron dibujadas en el lago. Sonreí, sonrió y de su boca salió toda la tensión contenida:

—¡Toma! ¡Toma! ¿Lo ve? Le dije que le ganaría...

Aproveché ese momento para abrazarla, sin llegar a fundirnos, tan solo quise sentirla y regalarle —sin que lo supiese— mi primer momento especial a su lado. Luego proseguí:

—Ahora me toca tirar a mí ¿Estás segura que me has ganado?

—¡Sí! —Respondió contundente, sin dudas, con seguridad, con una expresión de victoria dibujada en su cara.

No dije nada. No era necesario tener que tirar ninguna piedra para saber que había sido derrotado, a pesar de ello lo hice, pero mis piedras se quedaron sin tinta antes de llegar a pintar circunferencias en el agua del lago.

Es cierto que nunca supe ingerir el sabor de la derrota, pero esta vez era lo que más deseaba en el mundo, por muy amarga que fuera.

Era necesario dejarse perder para intentar suturar, de algún modo, mi conciencia cuando di un rodeo por aquella calle de falsa salida por donde todos hemos atajado más de una vez.

Me gustó volver a ver su sonrisa aunque para ello hubiese tenido que dejarme vencer.

—Creo que esta mochila le está esperando —dijo Marina, justo antes de guiñarme un ojo.

—Supongo que este es el precio de la derrota —dije resentido.

—Supongo que sí. Si quiere puedo aligerar el peso de ella. Creo que es un buen momento ¿Le parece?

No estaba seguro de que esa idea fuese del todo buena. Me tomé unos segundos en prepararme para lo que se avecinaba. Durante todo ese tiempo me sentí indefenso, perdido, asustado... después me sentí derrotado...

—¿Le parece? ¿Señor? ¿Señor...? —Repitió por segunda vez mientras me zarandeaba el brazo.

Estaba a su lado, pero apenas pude oírla, había interferencias entre su voz y mi corazón. Agarró mis manos que no encontraron un rincón donde esconderse, parecían tan perdidas como yo y mirándome, como quien sabe que las malas noticias siempre llegan por el camino más largo y con el mayor número de palabras, me pidió que me sentase a la orilla de un lago vacío de circunferencias. Sin nada que decir, agaché la mirada y mi cuerpo la acompañó.

Nos sentamos en el suelo y mientras yo miraba al lago, ella hacía lo mismo conmigo.

—¿Lo dejamos para otro momento, Señor? ¿Lo dejamos?

Esas palabras se colaron por el túnel de mis oídos y recorrieron la parte superior de mi cuerpo hasta llamar a la puerta de mi corazón. Me golpearon dos veces, como si de puños se tratase. Fueron dos golpes secos, dos «lo dejamos» pero nadie se atrevía a abrir. Segundos después cuando las palabras se disponían a marcharse abrí las puertas de par en par.

—No, Marina. Perdona.

La miré, parecía preocupada. Miré la mochila blanca, estaba abierta. Miré sus pequeñas manos, sujetaban un manojo de cartas atadas con un cordón, y durante mi derrota no pude ver que hacía tiempo que ella ya había tomado la decisión por mí.

Acepté que había llegado el momento de empezar a desnudar los recuerdos, mientras ella empezaba a desnudar el contenido de una de las cartas. Mis labios simulaban una torpe sonrisa con las dos primeras palabras:

¡Hola pequeño!

No hizo falta nada más para que aquella lágrima se precipitase al vacío contra el lago, ni para desaparecer instantes después en él, dejando el rastro de una sola circunferencia... todo ocurrió demasiado deprisa. Fue aquella lágrima quien desveló que la tristeza es imposible disfrazarla de torpe sonrisa.

Marina seguía leyendo. Mientras ella leía yo menguaba. Conforme avanzaban sus palabras, retrocedía mi entereza que se deshacía en pedazos, una entereza que solo pudo ser frenada por unas manos, esas pequeñas manos, que sujetaban las mías cada vez con más fuerza, cada vez, en cada palabra. El lago, poco a poco, se fue llenando de circunferencias, era como si hubiese empezado a diluviar, aunque en realidad llovía, sobre todo en mi interior. Miré a Marina, tras unas lágrimas que esperaban su turno para precipitarse desde mis pestañas, y observé como ella, contenida, también dibujaba circunferencias utilizando por lienzo la superficie de aquella carta y por pintura unas gotas que salían desde el interior de unos ojos verdes. Nuestras manos, de tanto aferrarse la una a la otra, se fundieron en una sola.

Mientras ella me acariciaba con sus palabras, yo me iba sumergiendo —poco a poco— en mi dolor, sin divisar la costa, sin esperanzas, sabía que me ahogaba... No encontré ninguna bolla a la que agarrarme y cuando me sumergí del todo, con las últimas dos palabras, «*te quiero*», ella guardó silencio. Cerró el sobre, lo devolvió al interior de la mochila sabiendo que ese peso, el de esa carta, se había esfumado, como pasa con algunos trucos de magia, cambió de forma y de lugar. —Espero que pueda cargar con él— pensó Marina, lo intuí en su suspiro.

No sabía qué decirle, ella no sabía que contarme. Esperamos varios segundos a que pasara algo que perturbase ese momento y lo único que pasó fue que dejó de llover, tantos en sus ojos como en los míos y después, justo después, vi como se fue dibujando un pequeño arco iris en su sonrisa. Luego ella lo vio en la mía.

En todo ese momento, solo rondaba por mi cabeza una pregunta que temía formular porque, aunque los dos sabíamos que la mancha del dolor solo se borraría con los años, ya había pasado más de veinte y los restos, siempre tan invisibles al prójimo, esos no hay quien los haga desaparecer.

Me quedé mirando al horizonte tratando de encontrar algo que me ayudase a decidir, allí donde los barcos se difuminan, allí donde se pierden las palabras, allí donde se encuentran las miradas, allí donde hay preguntas a la deriva esperando respuestas que les salven, allí... allí fue donde acabé depositando la mía, *¿Dónde está?*

—¿Qué mira? —Preguntó Marina, que aún seguía sujetando mi mano, yo agarraba la suya, y que sabía perfectamente dónde miraba.

—No, nada. Solo miraba allí, al horizonte, y me preguntaba...

—...

—¿Sí?, ¿qué se preguntaba?

Respiré profundo, un par de veces, para tomar todo el aire que iba a necesitar para no desfallecer. Dudé también, las mismas veces. No sabía bien qué pregunta debía formularle, si la que en realidad quería hacer o la que en realidad hice. Opté por la segunda.

—Me preguntaba que... ¿Quién es Blanca?

Resopló un par de veces, la primera cuando me miró, la segunda cuando dejó de hacerlo y entre medias respondió:

—Mire allí, a aquel horizonte —dijo señalando con su dedo.

Y dijo aquel porque no era el mismo al que yo miraba, el mismo en donde dejé la otra pregunta, la que quería hacer y no hice. Y dijo aquel porque cada persona decide dónde está el suyo. El de Marina estaba rodeado de montañas...

—¿Ve aquel Cabo, Señor? Pues es allí donde tenemos que llegar y es allí donde sabrá quién es Blanca...

—Pero ¿por qué hay que llegar tan lejos para saberlo? —No lo entendía...

—Porque solo conociendo el principio de la historia podrá entender y, sobre todo, aceptar el final. Debemos llegar hasta allí, Señor.

Posiblemente lo que Marina no podía imaginar era que ese final hacía un tiempo que lo intuía, lo pude ver en uno de sus silencios. Acepté, mientras leía, que Blanca hacía tiempo que debía estar más cerca de las estrellas que de mi mundo, empezó a morir poco a poco conforme fui desplomándome en el terreno de juego. Y es que las personas nunca dejan de morir mientras viven.

Asentí con la mirada, la acompañé con la cabeza y finalmente me puse en pie para continuar con un peregrinaje que apenas habíamos iniciado. Cargué en mi espalda el precio de la derrota. Una mochila repleta de años de vida, de recuerdos que quedaron grabados en esas cartas, porque el olvido podrá llevarse la memoria, las sonrisas, los recuerdos o las personas, pero nunca podrá borrar las palabras que quedaron escritas, esas que al igual que las secuelas del dolor, perduran en el tiempo.

Incliné ligeramente mi cuerpo hacia adelante, extendí mis brazos, mostrándole unas manos arrugadas por el tiempo, ese tiempo que no precisa de baterías para andar, ese tiempo que, a pesar de las tempestades, nunca se detiene. Marina se agarró a ellas con fuerza y tras varios impulsos se puso en pie.

—¡Vamos pequeño! Tenemos mucho camino por delante.

—¿Pequeño? —Fruncí el ceño extrañado al escucharla. Nunca antes me había llamado así.

—Sí, pequeño.

Y zanjó la conversación con un beso que no entendía de tamaños.

¿Qué hay en el horizonte?

Hacía ya algún tiempo que habíamos dejado atrás aquel lago de emociones. Llevábamos un buen rato sin parar de caminar por aquella avenida que parecía un auténtico aeropuerto, y no por sus pistas de aterrizaje, ni por el tumulto de gente perdida, sino porque aquellos coches parecían que volaban.

Durante todo ese tiempo Marina fue contándome con cuenta gotas, como esos goteros con los que se alimentan a los enfermos que ya no pueden ingerir alimentos por la boca y lo hacen por vía intravenosa, quién era Blanca y sobre todo me habló de esa carta que llevaba su firma.

Hacía frío aquella noche de diciembre, especialmente en la habitación. No fue nada fácil para ella escribir esa primera carta. Después fueron más. Tras una ventana que no dejaba pasar el aliento, miraba al exterior que parecía estar demasiado lejos. Todo estaba iluminado con luces de todos los colores y formas; luces que simulaban ser renos; luces que cantaban villancicos; luces que envolvían a los árboles como si de regalos se tratasen; luces que parecían estrellas alcanzables; luces que iluminaban las calles mojadas de felicidad y, paradójicamente, eran esas mismas luces las que llenaban de tristeza su interior y el de todas aquellas personas que las miraban tras unos cristales empañados de lágrimas desde cualquier rincón de las habitaciones de aquel hospital. Fueron esas mismas luces quienes se encargaron de apagar las pocas fuerzas que le quedaban, al menos, por esa noche.

Aquella Nochebuena, mientras en las calles la gente esperaba ver a Santa Claus, en el hospital ella esperaba un milagro. Por primera vez se había quedado sola en la habitación. Había pedido a todos que se marchasen, que le dejasen pasar esa noche a solas, solo con su compañía. Y digo que se había quedado sola porque usted estaba demasiado lejos, se había perdido en un inmenso campo de girasoles donde no podía encontrarle y ella se perdió en una pequeña habitación. Se cogió fuerte a su mano, como si el sujetarle le hiciese creer que no se marcharía. Fue la primera vez que sus cimientos empezaban a tambalear seriamente. Unos cimientos que solo se sostenían por unos finos hilos de esperanza, una esperanza que esa noche la dejó y se marchó, sin apenas hacer ruido y a toda prisa escaleras arriba, hasta llegar a la última planta,

esa que parece estar allí, intencionadamente, para hacer más corto el viaje hacia el cielo. Allí una madre se sentía culpable por ese fatídico accidente que estaba a punto de llevarse la vida de su hijo, un hijo que apenas había empezado a vivir, una madre que solo ella sabía que si su bebé se marchaba no se iría solo.

Desde el dolor de quien sabe que todo está a punto de perderse, pero que, aun así, se resiste a aceptar el final de los días, escribió esa carta justo después de formular al doctor esa pregunta que tanto nos cuesta hacer y tanto les cuesta responder:

—¿Se va a morir, verdad?

Escuchó contestar al doctor después de un angustioso e interminable silencio que arañaba la estancia.

—Hay que tener fe. Vamos a esperar. Que pases una buena noche. Feliz Navidad, Blanca —concluyó evitando agrandar el dolor y huyendo desde el umbral de una puerta que se empezaba a cerrar.

—Feliz Navidad —contestó Blanca a una puerta cerrada del todo, sabiendo que la felicidad empezaba a ser una desconocida.

Mientras Marina me hablaba de Blanca, de esas cartas, de aquella mala noche, a pesar de ser Nochebuena, ¡qué contradictorio parecía todo!, mi cabeza distraída trataba de encontrar aquella pregunta que dejé perderse allí donde la noche apaga su existencia, ¿dónde está Blanca? ¿Dónde está?

¡No le hagas aún esa pregunta, por favor! Deja que continúe contándote cómo transcurrieron las noches siguientes en aquella fría habitación. Confía en ella, te dijo que solo podrías entenderlo y aceptarlo cuando conocieses el principio, un principio que empieza en el aquel horizonte rodeado de montañas —dijo un corazón que no estaba hecho para recibir más golpes—. Le di tregua, por él, por mí.

Después de un buen rato caminando, de alimentar con suero mis recuerdos, empecé a sentir agujetas, pero no de esas que te pinchan en las piernas y no te dejan andar, sino de esas que te apuñalan el corazón y no te permiten vivir. Así se lo hice saber a Marina. Avanzamos unos pocos metros más, hasta llegar a un pequeño banco de piedra próximo de una cafetería. Allí nos sentamos, me quité los recuerdos de la espalda, tomé aire primero y agua después.

—¿Está cansado? Tome beba un poquito de agua.

—Gracias Marina. Sí, un poco cansado sí que estoy. Quizás no tanto como tú pero necesito un respiro ¿Tenemos tiempo?

Marina se levantó, chupó su dedo índice, lo elevó al cielo, giró la cabeza de un lado para otro y, con cara de interesante y sonrisa burlona, dijo:

—Sí, parece que sí. Tenemos el tiempo a nuestro favor.

Luego sonreímos, a la vez.

Cuando se sentó en el banco dejamos pasar varios segundos de silencio. Yo no me atrevía a preguntar nada sobre Blanca, ella no quería poner al límite mi corazón.

—¡Mira, Marina! Dije entusiasmado y señalando con el dedo, obviando los buenos modales.

—¿Qué? Preguntó sobresaltada.

—Aquel señor del banco ¿Lo ves? —Continué señalando...

En una terraza de una cafetería, próxima a nosotros, un anciano repartía «buenos días» a todo aquel que pasaba cerca de su banco, como el joven que reparte folletos publicitarios a la puerta de un centro comercial, y donde nadie se fijaba si se había dejado la barba o era la vida quien lo había dejado a él.

—Sí, sí, sí lo veo ¿qué le pasa?

—Nada, nada... solo que yo le conozco. Ayer estuve con él y me dijo algo justo antes de despedirme que me dejó pensativo.

—¿Algo? ¿Qué le dijo? —Preguntó Marina con clara expresión de extrañeza.

—Me dijo que existen las sirenas ¿qué te parece? ¿Tú crees que existen?

—...

—Fíjese pequeño ¿se ha dado cuenta de un detalle?

Marina no contestó y cambió el rumbo de la conversación como otras tantas veces. Volveré a preguntárselo más tarde.

—Mire a su amigo. Está sentado allí solo en un banco que parece su hogar. Fíjese, saluda a todo aquel que pasa por su lado y le regala, posiblemente, sus últimas sonrisas, aunque parece como si nadie las quisiera recibir. Es invisible al mundo. Solo unas pocas personas de su edad se han parado a saludarle y no todas. Parece como si al llegar a cierta edad murieses de golpe, sobre todo, para quienes ven que solo te queda calderilla en los bolsillos y sonrisas en el banco. ¿Quiere que vayamos a hablar un ratito con él? No podemos entretenernos demasiado pero deberíamos desearle un buen día con una sonrisa, seguro que le vendrá bien.

—Me parece una idea fantástica.

Nos levantamos, primero Marina que cargó a su espalda el peso de los recuerdos, y después yo que dejé en ese banco las agujetas. A paso ligero nos fuimos aproximando a él. Cuando apenas nos separaba un metro, me llamó la atención ver un ramo de flores en un extremo de su hogar, de su banco.

Nos miró y le miramos. Sonrió y sonreímos, sobre todo cuando empezó a utilizar la lengua de Shakespeare con un marcado acento andaluz, justo después de un «buenos días»:

—¡Buenos días *my friends! How are you?*

—¡Buenos días! —Respondimos—. Parece que hoy se ha levantado una buena mañana para pasear ¿verdad? —Tomé las riendas de la conversación.

—Sí, no solo lo parece, sino que lo hace. Acérquense, vamos, acercaros un poco más a mí. Siéntense aquí —nos indicó palpando con su mano en el banco— tengo que contaros un secreto y nadie más puede saberlo.

Nos sentamos donde nos indicó. Poco a poco nuestros cuerpos se inclinaron hacia él y nuestras cabezas se acercaron, cada vez más, hasta casi provocar una colisión. Mientras lo hacían, mirábamos de reojo a nuestro alrededor asegurándonos de que nadie nos estuviese escuchando. Construimos de la nada un misterio. Con una débil y cansada voz, que parecía recién llegada desde el otro lado del mundo, nos dijo:

—Os tengo que contar algo muy importante, especialmente a ti. Sus ojos se clavaron directamente en los míos.

Me acerqué aún más a él, tanto que casi podía escuchar como su corazón bombeaba sangre, supongo que él también escuchó como el mío se había acelerado.

—Shhhhhhh... ¡Silencio!

Esperamos impacientes aguantando no solo la respiración sino lo que es más difícil, el pulso.

—Las sirenas existen. Están por todas partes, más cerca de lo que puedas llegar a pensar, mucho más cerca...

Me quedé atónico al escucharlo, no entendía muy bien qué era lo que quería decir con ello, pero estaba seguro que no fue lo que escuché, había un mensaje en esas palabras que en ese momento no supe descifrar. Le miré a los ojos, tratando de encontrar la respuesta en esa profunda mirada, pero en la oscuridad y en las alturas nunca me supe mover.

Segundos después elevó un par de veces las cejas que acompañó con sendos movimientos ladeados de cabeza, todos ellos iban dirigidos a Marina. La miré, me miró, se miraron y mientras lo hacían, sentí que estaba interrumpiendo una conversación cargada de mensajes, mensajes que solo entienden quienes saben qué hay detrás de ellos.

—¡Es preciosa su hija! —Continuó.

Sonreí al escucharle decir eso.

—No, no es mi hija señor. No puedo negar que sea preciosa, lo es y mucho, pero es mi cuidadora. Se llama Marina y yo me llamo Daniel ¿cómo se llama usted?

—¿Marina? Me gusta ese nombre, cuida bien de ella. No todo el mundo tiene la suerte de tener a una sirena a su lado. ¡Ah! Se me olvidaba, mi nombre es Nando.

Me extendió su mano, le ofrecí la mía y la cogió con fuerzas. Estaban heladas. Esta vez pude ver en esos oscuros ojos que la tristeza estaba aferrada a él.

—Nando... —Esperé unos segundos antes de formular una pregunta que no estaba seguro si debía hacerla.

—Dígame Daniel.

—¿Qué hace usted solo en este banco? ¿Dónde está su sirena?

Agachó la mirada, resopló y se escondieron los dos, el dolor y él. Soltó mi mano y las suyas se fueron directas a su cara tratando de tapar un silencioso llanto que hacía temblar todo su cuerpo.

—Lo siento... —dije. Dos palabras que no ayudan a aliviar el dolor, dos palabras que en esos momentos no sirven para nada, tan solo a despertar una pena que habías

ocultado en un rincón de tu corazón donde nadie pudiese encontrarla.

Dejó de temblar, se repuso, secó unas lágrimas que quedaron impregnadas en los puños de su camisa de cuadros y sonrió.

—No lo sienta, Daniel. ¿Ve a aquella señora tan arreglada, preciosa, de pelo corto, rubia que va acompañada de una mujer de mediana edad? —Decía mirando al frente.

Pero allí no había nadie. Solo se veía una abandonada urbanización donde los tonos blancos de sus fachadas habían sido tomados por capas de pintura hechas de tierra, donde las persianas hacían de escudos contra el paso de los rayos de sol y donde posiblemente aquellas silenciosas casas llevaban meses esperando la llegada del verano para llenarse de vida. No quise contradecirle, él necesitaba hablar y yo necesitaba sentirme bien conmigo mismo.

—Sí, la veo Nando. Parece feliz ¿Quién es?

—Todas las mañanas, justo después del desayuno la traen a ese parque de allí...

Fue al decir «ese parque» y giré rápidamente la cabeza hacia atrás. Allí, a mi espalda, había un inmenso parque donde podías ver retoños que apenas sabían andar pero que sus padres se empeñaban en verlos golpear un balón de fútbol que rodará y en muchas ocasiones su hijo lo hará con él. También había adolescentes sentados en el césped junto a unas carpetas jugando a unas cartas que parecían ser más divertidas que unas clases y en una de las muchas mesas se encontraba ella sentada, aquella señora de la que él me hablaba. Continuó:

—... en esa mesa se pasa el día dibujando, con dificultades, figuras sencillas que luego colorea usando siempre el mismo color y saliéndose del trazo. Cuando termina siempre sonrío, siempre... Muestra feliz su obra a su cuidadora que le aplaude, aun sabiendo que esos dibujos nunca colgarán de ninguna galería pero que siempre ocuparán un lugar en su corazón. Luego le anima a seguir pintando y a pasar otra mañana más que solo ella recordará...

Siempre fue feliz dibujando. Desde aquí, desde la distancia, la veo feliz. Parece como si acabase de descubrir las formas y los colores, cuando en realidad hacía tiempo que había olvidado que los conocía. Aquella enfermedad se coló en casa casi sin darnos cuenta... ¡ojalá la hubiese podido echar! Al principio solo nos robaba algún artículo de la lista de la compra que apuntábamos en la memoria, pero no le dábamos mayor importancia, pues volvíamos al supermercado para comprarlo. Después se fue llevando sus acciones. Cuántas veces la escuché decir ¿Para qué he venido a la cocina?, o ¿Cómo se llamaba este aparato?, señalando al teléfono. Al poco tiempo fue olvidándose del todo de él, de dónde estaba, de cómo se utilizaba e incluso de su sonido. Empecé a morir poco a poco cuando vi que esa puta enfermedad, sin escrúpulos, nos perdió el respeto y terminó metiéndose en nuestra cama, una cama que cada noche era menos nuestra y más de ellas.

Había momentos de lucidez, pocos, en los que me hacía sonreír, sobre todo cuando decía que era el amor de su vida. Después, apenas unos segundos después, me

preguntaba ¿quién es usted?, y volvía a morir de nuevo. Y es que, Daniel, no morimos cuando nuestro corazón deja de latir, sino cuando dejamos de vivir.

Poco a poco fuimos distanciándonos sin apenas movernos del sofá. Aquella enfermedad pudo antes conmigo que con ella. ¿Sabéis? A ella siempre, creo que desde que nació, le gustaron las plantas. De ellas nunca se olvidó, ni de regarlas, ni de podarlas, ni de cómo se llamaban e incluso cuando la enfermedad estaba muy avanzada era capaz, con los ojos vendados, de saber qué flor tenía delante con tan solo olerla. Debe ser como si las cosas que amaba desde niña estuviesen tan aferradas a su vida que no pudiese arrebatarlas nadie, ni siquiera esa enfermedad. Yo era el amor de su vida, pero no de toda su vida y me olvidó.

Desde que decidí marcharme, la veo todos los domingos por las tardes pasear despacito, haciendo esperar al tiempo, por ese parque. Allí observa de pie con una sonrisa tatuada a los niños corretear y a sus padres detrás, luego al caer el sol pasa delante de este banco, deja estas flores que ves aquí y me dice: «Nando, mañana te espero a la salida del recreo en nuestro banco de siempre. Cuando nadie nos vea te besaré. Te quiero».

Luego reanuda su paseo, sin saber que cuando doble la esquina se habrá olvidado de todo, del beso, de Nando y de que me quiere... El próximo domingo volverá a dejar otras flores, repetirá esas mismas palabras y se olvidará de todo. Mientras tanto yo la sigo esperando sentado en este banco.

Seguiré deseándole un buen día a todo aquel que pase por aquí y quiera devolverme una bonita sonrisa, seguiré viéndole pintar cuadros abstractos a los ojos ajenos, cuadros que solo su mente puede entender, continuaré viéndole menguar, viendo que en cada cumpleaños se hace más niña por dentro y más anciana por fuera, y desearé que algún día, algún domingo, en este mismo banco, recuerde que fui el amor de su vida. La esperaré...

Me dejó sin palabras. Escucharle hablar de su esposa con tanta entereza, sabiendo cuánta tristeza escondía esas sonrisas llamadas «*buenos días*» me conmovió. Continuó:

—No quiero haceros perder vuestro valioso tiempo. Continúad vuestro paseo y deje que esta preciosa sirena —dijo mirando a Marina—, a pesar de no saber nadar, cuide de ti. Buen viaje amigos, buen viaje...

—Lo haré Nando. Que pase usted un buen día. Nos volvemos a ver, lo más tarde, mañana ¿le parece bien?

—Aquí estaré. Que paséis un buen día —dijo sonriendo.

Poco a poco nos fuimos alejamos de Nando, volviendo atrás la mirada cada diez metros. Le decíamos adiós con las manos y con las sonrisas le hacíamos sentirse algo

mejor o eso intentábamos.

—Es conmovedora la historia de Nando ¿verdad? Me ha costado muchísimo no emocionarme. Qué pena de hombre lo que ha tenido que sufrir viendo cómo la mujer de su vida va desapareciendo día a día delante de él hasta convertirse en una desconocida —le dije a Marina mientras nos acercábamos al paseo marítimo.

—Y qué pena de mujer también —apuntó Marina.

—Sí, pobres. Por cierto, Nando ha comentado algo que me ha dejado pensativo. ¿Es cierto que no sabes nadar?

—Sí, es cierto ¿tiene eso algo de malo, pequeño?

Hacía ya tiempo, desde que dejamos atrás el lago, que Marina dejó de llamarme Señor. Pequeño era más familiar, más cercano, incluso más cariñoso a mis oídos, aunque casi le triplicara su edad. Desde luego que no me importaba que me llamase así, me gustaba y creo que a ella también.

—¡No!, no tiene nada de malo, pero ¿No crees que es extraño que alguien de tu edad no sepa nadar? Me preguntaba ¿Cómo Nando podía saberlo?

Nos miramos fijamente a los ojos. Me desafió la mirada. Después respondió cargada de furia y alzando la voz:

—¡No sé nadar porque nadie me enseñó, Señor!, ¡nadie!, ¿lo entiende ahora? No tuve un padre que me enseñase, ni una madre, ni un hermano, ¡nadie, Señor! ¡Absolutamente nadie!, ¿lo entiende ahora?, ¡joder! ¿Eso no le parece extraño y sí que Nando lo supiese?, respóndame ahora a eso Señor, respóndame...

Marina acababa de romper con un silencio que quería salir a gritos de ella hacía tiempo y lo hizo. La palabra «Señor» nos alejaba, pero su pena nos acercó. Resoplé, me aproximé lentamente a ella que me esperaba con una expresión contenida en rabia. Dubitativo estiré unos brazos que temían despegarse de mi cuerpo, sujeté — con mis viejas manos— los suyos a la altura de los hombros. Intenté tranquilizar a los tres, a ella, a su rabia y a mí.

Conforme fui acercándola lentamente a mi cuerpo escuché como lloraba su corazón, nadie podría consolarlo —pensé—, solo pude decir «lo siento», «lo siento» y «lo siento», aunque solo yo supiese cuánto. Luego inventé en mi pecho un pequeño recoveco para ella. Se acomodó en él, comenzó a temblar, no de frío sino de tristeza, y enseguida se empapó mi camisa de unas lágrimas que parecían estar acostumbradas a sufrir. No fue capaz de contener tanta emoción, yo tampoco.

Minutos después de la tormenta llegó la calma cuando Marina trepó con su mirada por mi cuerpo hasta alcanzar mis pestañas; allí asomó sus ojos en los míos. Nunca antes en mi vida había visto unos ojos verdes tan bonitos a pesar de estar eclipsados, uno por la tristeza y el otro por la soledad. Rogaban confianza, cariño o

quizás solo pedían comprensión, pero de lo que no tenía ninguna duda era que esas lentas caídas de párpados pedían a gritos que alguien la quisiera. La abracé con todas mis fuerzas, me abrazó con todo su dolor y durante unos segundos fuimos el centro de atención de todas las miradas de un paseo marítimo transitado por personas que preferían pasear lejos de nosotros, como si los sentimientos se contagiaban.

Pronto volvió todo a una aparente normalidad. Nos sentamos mirando al mar, en un bordillo de piedra amarillenta de apenas medio metro de alto, que separaba un paseo calzado de un paseo descalzo.

Acaricié sus pequeñas manos, las contemplé, giré sus palmas hacia mí y leí en ellas que la línea de la vida estaba borrada en ambas manos, era como si el amor fuese la tinta que las dibujase. Después aparté unos cabellos que parecían cortinas y caían por su hombro impidiéndome ver su cara. Los peiné con mis dedos, acaricié sus mejillas, como lo hace el ciego para poder imaginarte, la besé en la cara con los ojos cerrados y le prometí que cuidaría de ella. Me miró, sonrió con timidez, miró al infinito y preguntó:

—¿Alguna vez se ha preguntado qué hay en el horizonte?

Mientras pensaba una respuesta, dejé mi mirada perderse en él. Nunca supe dónde empiezan ni dónde acaban aquellas cosas que no se pueden alcanzar.

—Pues no, Marina. Nunca me lo he preguntado —esperé que me sorprendiese.

—Allí se aúnan todas aquellas emociones que uno ha vivido a lo largo de su vida. Si pudiese navegar por allí, vería cientos de barcos hechos de papel en cuyas velas podría leer todos los deseos que pidió en las mágicas noches de San Juan y esperar cumplirse. Si respirase profundamente se daría cuenta de que el aire tiene un aroma. Podría oler de nuevo su niñez, le vendrían olores a lápices de cera, a plastilina, a infancia, a vida. Y si abriese bien los oídos volvería a escuchar esa bella melodía, esa canción, que decidisteis hacerla vuestra el día que supo que ella era la mujer de su vida y si cerrase los ojos, dejando entornado el corazón, vería a todas aquellas personas que ha querido, que le quieren, y que un día tuvieron que partir, hablándole a su corazón. ¿Y sabe qué es lo más maravilloso que tiene ese lugar?

La miré embobado, tal vez ilusionado, como el niño que mira a su rey mago preferido y le cuenta su primera mentira, «he sido bueno», para que le traiga los juguetes que pidió en su carta, como ese niño que le esperará durmiendo sin saber que ese rey nunca pisará su hogar. Sus ojos estaban cargados de brillo y su dulce voz era un soplo de esperanza. A pesar de que aquella historia estaba demasiado lejos de la realidad, no quería que acabara...

—Lo más maravilloso es que, después, cuando abre el corazón del todo y los ojos de par en par, todas esas personas continúan allí. Por eso, la gente pasa horas mirando al horizonte, sin saber que lo que atrae a sus miradas no es la amalgama de colores, sino de emociones.

—¡Uf! Es precioso, Marina. Daría lo que fuese por poder asomarme por allí aunque solo fuese un minuto.

Ese tiempo fue el que dediqué a contemplar aquel lejano horizonte, desde otro punto de vista, desde el quien sabe todo lo que allí se oculta, y lo único que pude ver era que estábamos demasiado lejos como para poder apreciarlo.

—Marina ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Puede hacerme otra si quiere.

—¿Cómo sabes que aquello es así? ¿Has estado alguna vez?

—Hace tiempo me lo contó una bella persona a quien la vida le regaló sabiduría, una persona a la que conoce.

En ese momento supe que mi horizonte estaba muy cerca de mí. Se sentaba a mi lado a escasos cinco centímetros y me estaba cogiendo de la mano.

—¿Quién?

—Nando.

—¿Nando? ¿Conocías a Nando y me lo has ocultado? —No podía creerlo.

—Sí, lo conozco desde hace algunos meses y no se lo he ocultado.

—¿Pero por qué no me lo dijiste antes?

—Señor, eso no tiene relevancia ahora. Solo estoy aquí para ayudarle a revivir lo que no pudo. Ya tendremos tiempo para hablar de mí, pero ahora centrémonos —de una vez— en usted que es lo más importante ¿le parece?

Asentí con la cabeza, con resignación. Mis ojos no estaban conformes, mi interior tampoco.

—¡Ya casi es la hora de comer! Le voy a llevar a un sitio que le va a encantar. Tendremos que andar un poco, pero en apenas diez minutos estaremos allí. Venga vamos.

Nos levantamos y mientras ella cogía la mochila, abría la cremallera y sacaba de su interior otra carta, yo la observaba de pie, inmóvil, tratando de tomar las riendas de un corazón que se había acelerado y golpeaba con fuerza mi pecho tratando de escapar de allí.

Comenzamos a caminar, uno al lado del otro, alejándonos del horizonte de montañas. Apenas pasaron unos minutos cuando Marina abrió el sobre, cogió mi mano, mis dedos se entrelazaron con los suyos y, después de un suspiro, puso una dulce voz a unas sentidas palabras.

Fuimos adentrándonos por un estrecho camino construido con unas tablas de madera castigadas por el tiempo, un camino que empezaba —en un escalón— con un «hola» y acababa —en un mirador— con un «te quiero». Entre medias parecía como si, de un momento a otro, aquellas tablas fuesen a quebrar a cada paso que dábamos, del mismo modo que yo lo hacía con cada frase que escuchaba...

¡Hola pequeño!

Hace tiempo que no te escribo nada y no es porque no tenga nada que contarte, ni porque me haya olvidado de ti, sino porque te echo de menos.

¿Sabes? Ya ha pasado la Navidad, vi desde esta ventana cómo se fue alejando y poco te puedo contar de ella. Esta vez no hubo portales de Belén, ni villancicos, ni doce uvas, ni regalos... fue una Navidad a tu lado, como todas, pero sin ti.

Si pudieras abrir los ojos aunque solo fuese un segundo, si pudieras hablarme aunque fuese en voz baja, si pudieras hacer algo para que supusiese que me escuchas, te ruego que lo hagas. Necesito saber que no te estás alejando de mí, no puedes dejarme sola, ahora no...

Tengo algo muy importante que contarte, sé que te hará feliz, muy feliz y quiero que seas el primero en saberlo. Primero fueron unos días de angustias, después fue una falta, luego dos y un dispositivo se tiñó de rosa para confirmármelo... Parece que algo dentro de mí empieza a nacer. Sí, pequeño sí... vamos a tener una familia, ¿no es maravilloso?, lo que tanto deseábamos se va a hacer realidad y no quiero que te lo pierdas por nada del mundo. Esto no, por favor.

Despierta, pequeño, despierta...

Una vez allí fue cuando verdaderamente supe que habían pasado demasiados años. No recuerdo antes haber visto a tantas personas en aquel mirador. Dejó de ser un lugar donde perderse para convertirse en un lugar donde encontrarse. Allí una niña pequeña vestida de princesa jugaba a ser una de ellas, mientras su abuela —que no le perdía ojo— soñaba con que algún día se reencontraría con su príncipe azul. En uno de los bancos una pareja de adolescentes parecían haber descubierto el amor, aunque no en el mismo momento, mientras ella le acariciaba con las palabras, él la devoraba con la mirada. A lo lejos, de espalda a la vida y bajo un viejo sombrero, se ocultaba un bohemio guitarrista abrazado a una triste balada, con un cigarrillo entre sus cuerdas y entre los cordones de sus botas rotas sujetaba una servilleta con la letra de la canción, una canción que nunca hubiese deseado tener que escribir y que nunca olvidará que lo hizo. Al fondo, escondido detrás de una de las columnas, un joven disimulando aprieta el gatillo de su cámara, robando en cada fotografía un instante de sus vidas, unas vidas que posiblemente colgarán de las paredes de una exposición y donde, seguramente, los verdaderos protagonistas nunca sabrán de esas fotos, de ese concurso, ni de lo que ganó el fotógrafo con ellas, con ellos. Apoyada sobre una barandilla de madera con vistas al mar, una joven vestida con un chándal y unas zapatillas sin marca, hace unos ejercicios que no le hará desaparecer una incipiente barriga que irá creciendo por semanas al mismo ritmo que lo hará su felicidad. Y mientras todo eso ocurría delante de nosotros, mi cabeza me decía que había llegado la hora de contar toda la verdad a Marina, pero mi corazón rogaba que esperase un poco más, hasta llegar al inicio de toda la historia.

Nos sentamos en uno de los pocos bancos libres que quedaba bajo la sombra. Marina sacó de la mochila unos dulces que sirvieron de almuerzo junto a una botella

de agua.

—¿Recuerda este sitio, Señor?

No sabía que responderle, como olvidar un sitio así, me dije a mí mismo sin pronunciar una sola palabra.

—Blanca hablaba con nostalgia de este mirador. Habían pasado muchos años desde la última vez que lo visitó. Se negaba a volver aquí si no era contigo. Decía que lo primero que haríais cuando despertase, sería casaros en este lugar. Lo tenía todo organizado, tenía tiempo para hacerlo. Quería que fuese una boda atípica. Se celebraría de noche, con la tenue luz de unas velas, con pocos invitados, obviando los compromisos ajenos, sin anillos, ni cura, pero bajo la atenta mirada de un cielo repleto de estrellas y de testigo... de testigo pensó en la luna. Lo contaba tan ilusionada, con tantos detalles, que era fácil poder imaginar la ceremonia y difícil tratar de borrar la sonrisa en sus ojos. Después, cuando volvía a la realidad, la sonrisa caía por su mejilla disolviéndose en una lágrima hasta desaparecer en el abismo de sus labios. En este mirador era donde dilatábais las noches mientras os tumbabais sobre este mismo suelo de madera, quizá más virgen. Os refugiabais del frío cubriéndoos con unos brazos hechos de franela y unos besos que ponían el calor; coleccionabais deseos que pasaban a lo lejos —en el cielo— disfrazados de estrellas fugaces. Después, cuando el amanecer empezaba a madrugar, regresabais a casa. Algunas veces aparecían piedras en sus bolsillos, otras en los de ella y casi siempre en los de los dos.

Unas piedras que no tenían ningún valor en la bolsa, pero que en el amor nadie entiende de divisas. Aquellas piedras guardaban en sí un significado, el que vosotros quisisteis darles ¿lo recuerda?

—Déjalo Marina, ahora no, por favor. No estoy preparado aún para esto, siento que me voy derrumbando por momentos. Necesito descansar...

—Está bien, Señor, descanse —dijo mientras acariciaba mi espalda con su mano.

La miré como quien pide clemencia, me miró como quien ofrece comprensión y poco a poco fui dejándome caer por ese banco que empezaba a quemarme, hasta llegar al suelo. Allí me quedé tumbado mirando a un cielo barnizado de madera, con las manos tras la nuca y dejando al corazón sentado junto a Marina. Cerré los ojos, respiré profundamente y ahora no recuerdo si dormí o soñé, eso no lo recuerdo...

Good afternoon!

Tras varios intentos inútiles de abrir unos ojos que parecían estar anudados por las pestañas, fue finalmente la voz de Marina quien me despertó.

—Menuda siestecita que se ha echado «*el marqués*». ¿No le da vergüenza? ¿No me vaya a decir ahora que está cansado? ¿Sabe qué hora es?

Desde el suelo estiré las extremidades superiores, bostecé, froté una cara que rogaba unos cinco «*minutitos*» más y que oponía resistencia a despertar. Miré a mi alrededor y después de una sonrisa avergonzada, que utilicé por respuesta, reaccioné:

—¿Dónde están todas las personas que estaban aquí?

Había unos niños correteando tratando de alcanzar unas pompas de jabón que huían de ellos, hechas por una joven subida a un viejo cajón de madera. Unas pompas que —seguramente— no le alcanzarían para ser feliz pero que, al menos, le ayudarían a llegar a final de mes. En uno de los bancos un grupo de madres sostenían, entre risas y charlas, la merienda de sus hijos, pero parecía como si aquellas pompas les alimentasen más que los bocadillos. Pero de la princesa, de su abuela, de la joven deportista, del bohemio guitarrista, del ladrón de instantes o de los jóvenes enamorados no quedaba rastro. Hasta los rayos de sol dejaron de dibujar sombras en el suelo. Ellos también se marcharon.

—Pues no lo sé, no suelo ir preguntando a la gente que no conozco a dónde van cuando se marchan ¿Usted sí? ¿Sabe cuántas horas lleva durmiendo, Señor?

No respondí, sabía que era ese tipo de preguntas en las que las interrogaciones disfrazan de ironía todo lo que hay entre ellas. Me limité a levantar los hombros y a agachar la mirada...

—Señor, lleva cinco horas durmiendo ¡cinco! —Recalcaba mostrando su mano derecha completamente abierta—. Debemos darnos prisa o no llegaremos a tiempo.

Enseguida me puse de pie con la ayuda de Marina que tenía más prisa que yo, ya llevaba la mochila colgada a su espalda. De poco le sirvió ganar aquella partida.

Antes de abandonar aquel lugar quise asomarme por el mirador, ella lo hizo por mi hombro. Me perdí unos segundos en mi horizonte, luego me encontré con un beso en mi mejilla. Estaba casi terminando de atardecer, la luz del faro acababa de encenderse y comenzaba su larga jornada laboral. En la orilla de la playa empezaban a llegar los primeros pescadores al mismo tiempo que aparecían las primeras estrellas en el cielo. Ambos pasarían la noche en vela. Respiré profundamente, olí a mar, a Marina, a anochecer, a nostalgia, a recuerdos, a San Juan...

—Señor, debemos marcharnos ya. Se nos está haciendo demasiado tarde y aún

estamos muy lejos del faro...

Aquel faro, que casi se adentraba en el mar, no quedaba tan lejos como la distancia que había entre llamarme «Señor» y llamarme «pequeño», ni tampoco lo estaba como aquellas cartas que guardaban veinte años de vida, tampoco... Aquel faro, que parecía llamarnos a destellos, estaba de nosotros a tan solo unas horas caminando y a un solo pestañeo de nuestras miradas.

—¿Está bien, Señor? —Susurró Marina que me abrazaba por la espalda.

—Sí, Marina, estoy bien —dije soportando otra mentira.

—Debemos irnos, Señor.

Marina agarró mi mano con fuerzas, tiró primero de ella, después de mí y poco a poco fuimos alejándonos de aquel mirador que se hacía más pequeño a cada paso que dábamos, yo menguaba al mismo ritmo. No volví la mirada atrás, pero una parte de mí se quedó asomada al horizonte, mi pasado.

Hicimos el mismo camino de vuelta, aquellas tablas crujían como antes, pero esta vez aquel paseo se mostraba, delante de nosotros, iluminado por unas tímidas luces azules sin apenas intensidad como para distinguir las caras de los paseantes. Debe ser que hay lugares que dejan de ser íntimos en el momento en el que aparece la luz.

Calculé que tardaríamos cerca de seis horas en llegar, aunque dudaba si las fuerzas podrían dilatar ese tiempo. Cuando finalmente dejamos el camino de tablas y llegamos al paseo marítimo, vi un autobús rojo, de aquellos que son descapotables, con una serigrafía en su lateral que ponía «Tour Cabo de Gata» y, a los pies de él, un grupo de turistas extranjeros que no paraban de hacer fotos. Se disponían a subir en él.

—Mira aquello Marina —dije señalando.

—¿El autobús? —Preguntó.

—Sí, vamos a subirnos en él.

—No podemos subirnos. No llevo dinero encima.

—No nos hará falta. Tú haz lo que yo te diga. Confía en mí.

—¿Está seguro? ¿Ha hecho esto alguna vez?

Sonreí al recordar la cantidad de veces que lo había hecho.

—Sí, alguna vez... No te pares a hablar con nadie, no saludes, entra decidida y una vez dentro nos sentamos al fondo, en el gallinero.

Nos pusimos al final de la fila y esperamos que abriesen las puertas.

En apenas unos segundos la cola empezó a andar y nosotros con ella sin apartar la mirada del suelo. Cada vez estábamos más cerca de la puerta de entrada cuando de pronto Marina preguntó bastante nerviosa:

—Señor ¿lo está escuchando? Están dando la bienvenida a todos al subir ¿nos van a pillar!, ¿qué hacemos?, ¿nos marchamos? —Parecía atacada.

—¡No!, cuando nos toque subir sonrío, tú solo sonrío...

Conforme nos íbamos acercando, escuchábamos una y otra vez: ¡good afternoon! ¡Good afternoon!, hasta que llegó nuestro turno y ese good afternoon vino

acompañado de un «my friends».

—¡Nando! —Gritamos de alegría los dos a la vez—. ¿Qué hace usted aquí?, ¿no me diga que es usted el guía turístico?

—No, que más quisiera yo. Conozco esta ruta casi mejor que el camino de vuelta a casa. Suelo venir por las tardes a despedir a los turistas que hacen esta ruta, pues ellos a pesar de no decir ni una palabra en castellano siempre tienen una sonrisa.

Me conmovía su forma de ver la vida, era una búsqueda constante de sonrisas...

—¿Tiene algo que hacer? ¿Por qué no se viene con nosotros? —Pregunté—. ¡Es una gran idea! —Apuntó Marina.

—No puedo, debo marcharme a mi banco pronto pasará mi esposa por allí. Venga suban que está a punto de salir. Disfruten del viaje.

—¡Hasta la vuelta, Nando! Gracias amigo.

—¡Hasta la vuelta!... ¡Ah!, se me olvidaba, sentaros al fondo, allí nadie os pedirá los billetes.

—Muchas gracias de nuevo, Nando —nos abrazamos y conforme nosotros fuimos entrando en el autobús, Nando se fue alejando de él.

Ascendimos a la planta superior por una escalera situada en el centro del autobús. Una vez allí nos dirigimos hacia el «gallinero», sin hablar con nadie, sin dejar de sonreír. Me pareció extraño que, aunque desde esos asientos se tuviese las mejores vistas, no hubiese nadie ocupándolos, los más próximos a nosotros quedaban cuatro filas más adelante, una distancia lo suficientemente grande como para sentir que viajábamos solos.

Aunque aquel autobús nos llevaría a todos al mismo lugar, sabía que no todos haríamos el mismo viaje. Me quedé mirando fijamente a Marina, ella me sonreía, siempre lo hacía. Más tarde o más temprano debía contarle la verdad, lo más difícil era encontrar el momento.

Los turistas empezaron a colocarse unos auriculares para escuchar a la guía, yo no me los quise poner para poder escuchar a Marina. Segundos después arrancó el autobús con un, posiblemente, «*Les damos la bienvenida a este tour por Cabo de Gata*» pero yo solo escuché:

—Señor, ¿está preparado para hacer este viaje?

Y esta vez le dije la verdad:

—No, Marina.

El autobús comenzó a andar. No fui capaz de mirar a Marina, dejé la mirada perderse, donde más me gustaba hacerlo, en la costa. Ella fue abriendo poco a poco la cremallera de la mochila, ese sonido metálico me estaba arañando por dentro, creo que llegué a desangrarme.

—Señor.

—...

—Señor ¿Se encuentra bien?

Esperé unos segundos antes de responder. No quería que notase mi debilidad, no

solo en la voz.

—Es todo tan complicado Marina. ¿Alguna vez has tenido la sensación de tener que tomar una decisión sabiendo que cualquiera de la elegida estaría mal? —dije sin apenas mirarla.

—No le entiendo, Señor. No sé qué me quiere decir con ello...

—Marina, lo siento —le dije mirándole entre lágrimas.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué llora? A mí no tiene que pedirme disculpas por nada. ¡Arriba ese ánimo, hombre!

Se reclinó hacia mí, me besó la mejilla sujetándolas con sus manos y luego apoyó su cabeza sobre mi hombro mientras decía:

—No se preocupe por nada. Estaré siempre a su lado, el tiempo que usted desee.

Fueron pasando los minutos y perdimos de vista el mirador. Cuando Marina notó que mi corazón latía al mismo ritmo que el suyo, sacó del interior de la mochila todos los sobres. Mientras los acariciaba con una mano, con la otra hacía lo mismo con la mía. Me miró, esperé unos segundos antes de encontrarme con su mirada y después dejamos que ellas hablaran.

—¿Quiere que se las lea? —preguntó.

—¿Hay alguna otra opción?

—Sí. Si quiere puedo contarle todo lo que hay en ellas.

—¿Las has leído?

—No, no las he leído, pero estaba allí cuando Blanca las escribió.

Sabía que cualquiera de las dos opciones me dolería, así que fui cobarde y le pedí que hiciese lo que ella hubiese preferido en mi lugar, y empezó hablándome de ellas, de Blanca y de las cartas.

Mientras ella me hablaba, yo trataba de buscar a Blanca en aquel horizonte, un horizonte que hacía rato que la noche se había encargado de borrar. No la vi.

Cada noche la pasaba sola a su lado, sentada en una incómoda butaca de piel junto a su cama, pero usted se encontraba muy lejos de ella.

No quería que nadie le acompañase por las noches, eran esos los momentos en los que se quitaba el disfraz de guerrera que había estado llevando durante todo el día sin saber que las miradas no se pueden maquillar. En el mismo instante en el que se apagaban las luces de los pasillos, la de la habitación y llegaba el silencio, comenzaba a hablarle desde el corazón, un corazón que parecía apagarse con ellas. Lo hacía en voz baja, para no despertarle. Le contaba todo lo que estaba ocurriendo en el mundo en donde la corrupción había tomado el poder, también de las personas que habían pasado a visitarle y cuando ya no podía más, hablaba de lo que nadie podía ver, todo

lo que ocurría y sentía ella por dentro. De vez en cuando miraba a los monitores con la esperanza que pasara algo, alguna señal que le hiciese creer que le estaba escuchando, pero lo único que pasaba eran las noches, solo las noches. Justo después de decirle lo mucho que le quería apenas le quedaban fuerzas para hablar y era entonces cuando escribía con su dedo sobre tu pecho cuatro palabras: «*Te echo de menos*». Luego lloraba y lloraba hasta quedarse dormida.

Marina cogió la primera carta, la abrió, me pidió confirmación para leerla... después solo pude agarrarme fuerte al asiento:

¡Hola pequeño!

No sé ni como empezar esta carta porque tengo un cúmulo de sentimientos que soy incapaz de ordenar. Perdona por esta caligrafía tan descuidada pero me tiemblan las manos.

¿Sabes?, hoy podría decir que soy la mujer más feliz del mundo y lo soy, pero también soy la más triste... Siempre deseamos que llegase este momento pero no esperaba tener que vivirlo sola, quería compartirlo contigo.

Aunque en realidad, en todo momento, estuve acompañada pero eché de menos agarrar tus manos, sentir tus besos, los ánimos de tu voz... te eché de menos a ti. Ha sido todo tan difícil. Espero que me perdones si ahora no te cuento qué fue lo que ocurrió allí dentro, en aquel paritorio... esa noche fui tan feliz y tan triste que no supe aguantar esa emoción que me hizo desfallecer. Te prometo que algún día te contaré todo, lo prometo...

Sonríe amor, sonríe... ya podemos decir que somos una familia, nació tu hija, nuestra hija... nació Paula. Ojalá pudieses verla es tan pequeñita, es infinitamente preciosa. Apenas llegó a pesar dos kilos y medio, tiene la piel blanquita y los ojos verdes más bonitos que haya podido ver en mi vida. Es tan buena, solo la he oído llorar una vez, en el momento de nacer, quizá fue porque no te vio allí, después no ha vuelto a hacerlo. No sería capaz de decirte a quien se parece, quizás un poco más a ti pues se pasa el día durmiendo... Espero que cuando la veas puedas sacarle algún parecido, ya sabes que a mí eso nunca se me dio bien y al resto de los familiares tampoco, no se ponen de acuerdo. Fíjate que hace solo dos días que nació y ya se ha convertido en la princesa de la familia.

Cariño tienes que despertarte por Dios, no puedes perderte esto, no puedes dejarme sola, ahora más que nunca te necesito y tu hija te necesita a ti, despierta por favor, despierta...

Te queremos, Blanca y Paula

Esta vez no tuve tiempo para secar las lágrimas de mis ojos, ni siquiera para sentir como resbalaban por mi mejilla, el aire gélido de la noche se encargó de llevárselas lejos de mí, dejándolas caer desde lo alto del autobús hasta el asfalto de aquella oscura carretera. Inspiré profundamente ese mismo aire hasta colmar los pulmones. Luego fui expulsándolo lentamente. Estaba convencido de que llegarían otros momentos en los que volvería a quedarme sin respiración.

—¿Se encuentra bien, Señor?

—Por favor, Marina no dejes de hablar, no puedo soportar los silencios... Sigue contándome todo...

—De acuerdo, Señor.

Marina me cogió la mano, no dejaba de temblar, la apretó, la besó y ya no volvió a soltarla durante todo el viaje.

Aquella noche de verano os quedasteis los tres solos en la habitación completamente a oscuras. Hacía mucho calor, apenas corría una pizca de aire, a pesar de tener la ventana completamente abierta. Blanca no os quitaba ojo de encima. Cuando miraba a la pequeña Paula, durmiendo tan feliz en su cuna y ajena a todo lo que ocurría a su alrededor, sonreía por fuera. Cuando le miraba a usted, también durmiendo, conectado a unos cables que recorrían cada rincón de su cuerpo hasta llegar a unas máquinas que le mantenían con vida pero que borraban cualquier expresión en su cara, lloraba por dentro...

Llegado un momento de la noche, asomé medio cuerpo por la ventana clavando su mirada en una luna que parecía sonreírle. Así se quedó durante unos segundos, mirándola y tratando de entender por qué se reía. Luego los segundos se convirtieron en minutos. Justo cuando empezó a girar su cuerpo para volver a la habitación, le sorprendió una estrella fugaz. Tenía tanto brillo que su estela quedó grabada en sus ojos y en su memoria. Tuvo tiempo para pedir un deseo, un deseo que no tardaría mucho en hacerse realidad.

Cuando ya no quedaba ruido en las calles, cuando las luces de las casas empezaron a apagarse quedando solo encendidas las de las farolas, llegó el segundo llanto de Paula desde que nació. Le conmovió a Blanca escuchar llorar de nuevo, con tanta intensidad, a su pequeña.

Encendió la luz de la lámpara de la mesita de noche, se asomé a la cuna, la tomó entre sus brazos y después de mecerla por la habitación, se sentó en la butaca de piel que había justo a su lado. Allí consiguió tranquilizarla hasta que dejó de llorar, la besó y las dos regresaron a sus sueños. Blanca se derretía mirándola. Después, cuando le miró a usted, se le pusieron los pelos de punta. Creció su nerviosismo,

pulsó sin parar el botón que daba aviso urgente a las enfermeras que llegaron a toda prisa a la habitación y encendieron la luz nada más entrar.

—¿Qué ha pasado Blanca?, ¿se encuentra bien? Tranquilícese. —Dijo la mayor de ellas, que se encontró con una mujer fuera de sí. La otra, mucho más joven, tomó entre sus brazos a Paula y con mucho cuidado la dejó durmiendo en la cuna.

A Blanca le temblaban los labios, las manos, no dejaba de llorar, ni de reír, era incapaz de expresarse, tan solo pudo señalar con su dedo y decir:

—Miradle, miradle... —gritaba descontrolada.

Las enfermeras le miraban sin observar nada extraño, luego comprobaron que las botellas y los medicamentos de los que se alimentaba estuviesen correctos, lo estaban. Finalmente miraron unos monitores que mostraban en sus gráficos que algo había ocurrido. Continuaron mirándolo durante unos minutos más hasta que se aseguraron de que todas las constantes volviesen a la normalidad.

—Está todo bien Blanca. No se preocupe, intenta descansar un poco. Si necesitas algo nos vuelves a avisar ¿de acuerdo?

—Pero ¿es que no os habéis dado cuenta? ¡Mirad sus ojos! —Gritaba Blanca.

El primer llanto de Paula no lo hizo sola, aquella forma de llorar o quizás el poder escucharlo, hizo que en sus ojos apareciese una pequeña lágrima, una lágrima que le devolvía a la vida y que hizo que aquellos monitores fuesen la prueba de ello. Para las enfermeras aquello tan solo fue una anécdota más que contarían en el cambio de turno, para Blanca fue como volver a nacer.

—A veces pasan estas cosas Blanca, seguramente se haya emocionado al escuchar a su hija —dijo una de ellas, aun sabiendo que estaba mintiendo—. Ahora debes descansar, es muy tarde y aún no has pegado ojo. ¿Quieres que te prepare una infusión o un vaso de leche caliente?

—Si quieres prepárame un corazón porque siento que el mío se descompone por momentos —dijo Blanca cabizbaja.

Después respiró profundamente haciendo temblar todo su cuerpo. Ocultó la cabeza en su pecho y se deshizo en los brazos de una enfermera que, aunque no lo tenía firmado por contrato, estaba acostumbrada a vivir esas situaciones. La otra, una estudiante en prácticas, hacía ya unos segundos que había abandonado aquella habitación escondiendo el rostro con sus manos, y posiblemente con un «No apto» en su expediente. Cerró despacio la puerta, se marchó llorando por un estrecho pasillo que parecía la sala de espera de la tristeza y pensando que quizás su corazón no estaba hecho para esa profesión.

La veterana se quedó con Blanca tratando de animarla, diciéndole que debía seguir luchando:

—Tenéis una hija preciosa Blanca. Piensa que ella algún día querrá conocer a su padre y él a ella, no le quites aún esa oportunidad. Si tú te hundes, él lo hará contigo, porque aunque no puedas hablar con él estoy segura que puede escucharte...

—No me rendiré por nada del mundo, por nada —decía llorando.

—Por supuesto que no, Blanca. Nosotras tampoco dejaremos que lo hagas. Ahora descansa un poco y si me necesitas ya sabes donde estamos.

—Muchas gracias, intentaré no molestaros más. ¡Buenas noches!

—No nos molestas. Buenas noches Blanca y buenas noches Paulita —dijo susurrándole para no despertarla.

Aquella enfermera apagó la luz, se marchó de la habitación lanzándole un beso desde el umbral de la puerta y con la satisfacción de saber que había cumplido con su trabajo. Blanca se levantó de la butaca, anduvo pensativa y sin rumbo por la habitación. Luego se detuvo frente a su cama, se agarró a una fría barandilla metálica y clavó sus ojos esperanzados en usted. Le repetía una y otra vez, en voz baja «*te echo de menos, ¿lo sabes, verdad?*»... deseando que en algún momento apareciese en aquellos monitores alguna respuesta, pero nunca llegó. Debió pensar que hay deseos que solo se cumplen una vez. Deseaba tener otra oportunidad para escogerlo mejor. Luego peinaba con sus dedos sus cabellos, unos cabellos que empezaron a teñirse de plata. Más tarde hizo lo mismo con sus largas pestañas que, al igual que las de Blanca, aún seguían mojadas.

Fue así como fueron pasando las noches, las semanas y los meses... La pequeña Paula aprendió que la forma de pedir comida era llorando y desde aquella primera vez nunca más volvió a hacerlo sola, siempre la acompañaba con alguna lágrima. Aquello terminó por convertirse en un acontecimiento que ni los médicos eran capaces de explicar y se aferraban a la frase de «*Hay cosas que la ciencia no encuentra la razón*» para salir del paso.

Blanca se fue acostumbrando al ritmo de vida de un hospital que no descansaba, aunque creo que uno nunca se llega a acostumbrar a estas cosas sino que lo aparenta. Llevaba meses viviendo allí, entre esas cuatro paredes que parecían detener el tiempo y que alguien se olvidó de decorar. Conocía a todo el personal del equipo médico, desde las enfermeras hasta los celadores, sin olvidarse de aquellas amables limpiadoras. A todos les llamaba por su nombre. Muchas veces preparaban un desayuno especial para ella y otras le sorprendían con algún regalo en forma de bombones. Aquellos detalles no le hacían ser feliz pero durante esos instantes aparecía una tímida sonrisa en su cara. Hacía meses que habían dejado de cobrarle el alquiler del televisor, aunque hacía el mismo tiempo que dejó de encenderlo.

Lo que peor llevaba era que cuando empezaba a entablar cierta amistad con los vecinos de las habitaciones cercanas, al poco tiempo, estos solían marcharse. A algunos le daban el alta, pero la mayoría lo hacía para siempre y casi siempre sin despedirse... Era lo malo que tenía vivir en ese barrio, en esa planta... A eso nunca se acabó de acostumbrar.

Pero no todo fueron malos momentos. Aquella estancia también se llenaba de alegría cuando Paula empezaba a hacer los primeros sonidos con su boca intentando expresarse. No había quien la entendiese pero todos reían al escucharla. Era el único instante en el que todos estaban felices, incluso usted aunque no lo expresase en los

monitores. Conforme avanzaban las semanas, Blanca se empeñó que debía enseñarle a hablar a su pequeña y sobre todo deseaba que aprendiese a decir «papá». Pasaba las horas repitiéndole, una y otra vez, esa misma palabra «papá». Quería que fuese lo primero que dijese.

La pequeña Paula se volvía loca de felicidad, armaba un revuelo en su pequeño mundo cuando escuchaba hablar a su madre. Intentaba mantenerse de pie en la cuna agarrándose a los barrotes, pero apenas tenía fuerzas como para aguantar unos segundos. Se caía, perdiéndose entre un montón de peluches más grandes que ella, hasta que después aparecía en los brazos de su madre.

Cuando Blanca la tomaba, ella siempre se quedaba embobada mirándola con esos enormes ojos verdes y escuchándole decir «papá». Parecía como si la entendiese. Y cuando todo hacía creer que Paula iba a repetirlo, después de varios intentos fallidos, desistía mostrando en una simpática sonrisa sus dos primeros dientes y dos hoyuelos en sus mejillas. Creo que Paula prefirió ser autodidacta con su vocabulario.

Así fueron pasando los días en el interior de su calendario, como los días del desempleado que ya lo ha perdido todo y solo espera que una llamada le haga cambiar su mañana. Regresó la Navidad a su vida pero usted aún seguía lejos de ella.

Ese año Blanca vio tras el cristal como el verano bronceó otros cuerpos, como el otoño enmoquetó con hojas secas otras calles y como los días se fueron llevando visitas, unas visitas que cada vez eran más escasas tanto en el tiempo como en las personas, quizá presagiando un final en el que no deseaban estar presentes... Blanca no decía nada a nadie, pero le pedía cada noche a la luna que mañana le dejase regresar a su lado.

Aquellas navidades no iban a ser recordadas por el olor a castañas en las calles, ni por los fines de semana en la nieve, ni por cantar unos villancicos que nunca pasarán de moda, ni tan siquiera por la cabalgata de unos deportistas vestidos de Reyes Magos que regalaban caramelos a los pequeños y esperanzas a los mayores... Aquellas navidades fueron inolvidables porque fue la primera vez que la pasasteis en familia y donde solo faltó usted.

En la noche de reyes, cuando ya todos se habían marchado y Paula acababa de quedarse dormida, Blanca encendió la luz de la mesita de noche, sacó de una bolsa de plástico una pequeña caja, un papel de forro, un bolígrafo y pasó parte de la noche haciendo un precioso e inolvidable regalo para usted.

—¿Un regalo para mí? —Interrumpí por primera vez a Marina.

—Sí, Señor. Para usted.

—¿Qué fue lo que me regaló? —Dije justo después de resoplar.

Marina no respondió. Cogió la mochila que estaba junto a sus pies, la colocó sobre sus rodillas y sacó de ella una cajita de rayas negras y marrones atada con un pequeño lazo de color rojo que ya había visto con anterioridad.

—Este es su regalo.

Marina mostró una caja tan pequeña que pensé que solo podía guardarse secretos

en ella. La cogí con cuidado, para no aplastarla. Mis manos se mostraban torpes y nerviosas. Apenas pesaba, era como si estuviese vacía. Me daba miedo desatar el lazo porque siempre pensé que aquellos regalos que no se compran son los que realmente están llenos de valor y yo estaba vacío de eso. Sentí entre mis dedos el suave tacto de ese lazo que envolvía todas las caras de la caja. La acerqué lentamente a mi nariz, inspiré profundamente y... ¿cómo explicar que hay olores que no tienen explicación? Luego la apoyé sobre mi pecho, crucé los brazos sobre él, cerré los ojos y pude sentir por primera vez, desde que salí del hospital, que era Blanca a quien abrazaba. Después, al abrirlos, lo único que quedó de ella fue su fragancia.

Estuve dándole vueltas a la caja y a mi cabeza al mismo tiempo antes de descubrir su interior.

—¿Crees que es una buena idea? —Pregunté a Marina.

—Debe abrirla, Señor. En ella hay un precioso mensaje para usted, pero es su decisión...

—¿Y si esperamos hasta llegar al principio de toda la historia para hacerlo? —Indagué antes de actuar.

—Estamos muy cerca de ese principio, apenas nos separa cinco kilómetros y alguna carta más...

—Entonces esperaré a que lleguemos. Toma guárdala. Luego la leeremos juntos.

Marina la cogió, la guardó nuevamente en la mochila y continuó hablándome de Blanca.

¡Hola pequeño!

¿Sabes? Han pasado tantas cosas desde la última vez que te escribí que tengo la impresión de que esta noche la pasaré sin dormir. No quiero cerrar los ojos sin antes habértelo contado todo. No sé ni por dónde empezar...

¿A que no sabes quienes vinieron ayer a visitarte? Pues estuvo aquí tu hermano junto a toda su banda, Coto Privado, para traerte un regalo y sobre todo darte una fantástica noticia. ¿Estás preparado para oírla? Pues ahí voy... han firmado un irrechazable contrato con una gran discográfica.

Quisieron estar aquí para regalarte su primer trabajo discográfico antes de partir a Sudamérica. Van a empezar una gira de ochenta conciertos por Argentina, luego irán a Perú, a México... ¿no es maravilloso? En España el negocio de la música quebró tanto que incluso prohibieron a los bohemios tocar en las calles, como si el recoger unas monedas de sus estuches para alimentarse fuese un delito. Tu hermano me dejó un mensaje para ti antes de marcharse. Me dijo que te pusieses las pilas, que tenías que aprenderte todas

las canciones para que cuando volviesen las cantaras con ellos, así que ya lo sabes pequeño...

Más cosas... ¿sabes lo testaruda que soy verdad? Pues se me metió en la cabeza que cuando nuestra Paula dijese la primera palabra esta fuese «papá». No lo conseguí, aunque fue lo segundo que pronunció ¿no está mal, verdad? No caí en la cuenta que tu hermana lo es mucho más que yo y mientras me empeñaba en enseñarle a decir «papá», a ella le hacía más gracia que aprendiese antes otra palabra y lo logró. Lo primero que dijo la pequeña fue «tonto», sí «tonto», ríete porque lo merece y ¿sabes qué es lo más simpático de todo? Pues que solamente lo decía cuando entraba en la habitación el doctor. Nos hacía reír a todos cuando la escuchábamos, incluido a él.

Pero de todo lo que ha pasado en este tiempo atrás hay algo que me emociona y a la vez me llena de esperanzas. Unas esperanzas que una noche el doctor intentó llevárselas a otro lugar cuando se tomó unos minutos para advertirme de las secuelas irreversibles que podrían quedarte si despertabas, ignorando —en todo ese tiempo— las que a mí me quedarían si no lo hicieras. No se lo tengo en cuenta, pues los médicos también se equivocan. No sé si nos escucharás cuando hablamos de ti, cuando te cojo la mano o cuando mis labios besan los tuyos, no lo sé... pero lo que sí sé es que cada vez que Paula dice «papá» a ti se te ponen los pelos de punta y a nosotros nos robas una lágrima al verlo. Supongo que la escucharás, que la sentirás y sobre todo sé que la quieres, porque solo reaccionas cuando la escuchas decir «papá».

Paula apenas sabe hablar pero estoy segura que si supiese decir «te echo de menos» se pasaría todo el día diciéndotelo, como yo siempre lo dibujo sobre tu pecho antes de cerrar los ojos...

Cariño tienes que despertarte, te estás perdiendo lo más bonito que tenemos, ver crecer a nuestra hija. Quiero que sepas que no te voy perder, no te perderé... ¡Despiértate ya!, por favor.

Te queremos, Blanca y Paula

De pronto el autobús se detuvo, paró el motor, apagó las luces y abrió sus puertas justo después de escuchar la palabra «Paula» de la voz de Marina. Posiblemente lo que aquellos turistas escucharon en sus auriculares fue «Welcome to Arrecife de las Sirenas». Me perdí tanto en esa última carta que ni siquiera me di cuenta que ya habíamos llegado.

Mientras observaba desde la última fila bajar a los turistas del autobús, sacar unas sillas del maletero y colocarlas junto a una barandilla metálica repleta de candados, nosotros permanecimos en el «gallinero» sin soltarnos de la mano. No me atrevía a moverme, supe que habíamos llegado al principio de la historia y no quería saber el

final, aún no. Quise alargarlo un poco más.

—Ya hemos llegado, Marina —no se me ocurrió nada mejor que decir.

—Sí, así es ¿se encuentra bien?

—¿Hace falta que te responda? —Dije mirando a la luz del faro que teníamos frente a nosotros.

—No es necesario, Señor. Sé como se puede sentir. ¿Sabe?, debo decirle que es usted un privilegiado al tener tantas personas que le quieren. Igual no debería decírselo o quizá no le importe demasiado, pero confieso que yo también soy una de ellas.

Creo que Marina sonrió después de darme una palmada y decirme «¿vamos, Señor?». No me atreví a mirarla, solo la observé.

Bajamos de aquel autobús agarrados de la mano. Nos quedamos observando, a los pies del mismo, como aquel grupo de turistas, ya sentados en unas sillas de plásticos, disfrutaban de un improvisado cine de verano en donde la película que proyectaban en el cielo era una inagotable lluvia de estrellas.

Acompañaban el paso de cada estrella con un unísono «*ohhh*» y cuando se cruzaba alguna de gran tamaño la despedían con un sonoro aplauso...

Marina y yo nos mirábamos, sonreíamos, pero no era capaz de dar un solo paso.

—¿Cómo fue la gira de Coto Privado?

—¿Realmente es eso lo que desea saber?

—Quiero saberlo todo, Marina, pero déjame que sea yo quien decida el principio, al menos sé que ese no me dolerá.

Marina tiró de mí y yo me dejé llevar. Empezamos a alejarnos de aquel aparcamiento, en donde solo estaba nuestro autobús.

Apenas habíamos caminado unos metros cuando llegamos a un irregular camino empedrado cuyo paso estaba restringido. Una oxidada cadena junto con una descuidada señal de prohibición, en su punto medio, impedía cruzar a la otra orilla de tierra. Pero fue como si aquellas barreras no estuviesen allí para nosotros. La obviamos y nadie hizo nada para detenernos en nuestro intento, ni siquiera un farero que posiblemente esa noche se le acumuló el trabajo, no solo el de guiar a los barcos que se aproximaban a la costa, sino también el de guiar a las estrellas para que no se alejasen demasiado de su vista.

Continuamos caminando con torpeza, tropezando continuamente, pero sin soltarnos de la mano, por aquel oscuro sendero empedrado y sin un camino definido hasta que finalmente llegamos a un morón que se elevaba unos cuantos metros del mar. Daba vértigo asomarse por él, aunque nunca podré olvidar aquellas vistas. Si miraba a mi izquierda veía a una bonita mujer y unos preciosos ojos verdes, si lo hacía al frente me sorprendía el Arrecife de las Sirenas tan cercano a la costa que parecía estar protegiéndola de los temporales que acechaban el invierno: a mi derecha, en lo más alto, el faro de Cabo de Gata con su inagotable luz giratoria dirigiendo el rumbo de los marineros, y si mi miraba al cielo las estrellas me

brindaban la oportunidad de equivocarme al pedir los deseos.

Cuando el siguiente paso al frente nos llevaba a precipitarnos por aquel acantilado, Marina sacó un pañuelo de la mochila, lo extendió cuidadosamente sobre el suelo mientras yo continuaba contemplando mi alrededor. Después se sentó, me senté, sacó una vela e inspiramos el olor inconfundible del Mediterráneo. Nos quedamos mirando a un horizonte, que por primera vez, era el mismo para los dos y fue entonces cuando Marina cogió la vela, la encendió y ya no dejó de hablarme en toda la noche, yo no dejé de escucharla durante ese mismo tiempo...

Es aquí donde todo empezó...

Es aquí donde todo empezó

... En este mismo morón, sentados sobre otro pañuelo y mirando al horizonte. Aquella tarde no se atrevió a llamarla por teléfono, quizá por temor al rechazo o simplemente por creer que las malas noticias duelen menos cuando se leen que cuando se escuchan. Optó por enviarle a su móvil un cuidadoso mensaje que acababa con un tímido «*beso*», aunque —en realidad— esa era la única intención del mismo. Todos los demás caracteres solo sirvieron de excusas para tratar de maquillarlos en una humeante taza de café. Ella aceptó su invitación, no sin antes poner una condición: debía ser ella quien eligiese el lugar donde tomarlo y quiso que fuese aquí, en este mismo morón. Sacó, de un enorme bolso, un pañuelo, lo extendió en el suelo y se sentaron sobre él. Luego sacó un termo con café y dos tazas blancas con un mensaje grabado en cada una de ellas. En la de usted ponía: «*Si tú quieres...*», y en la de ella: «*... yo te acompaño*». Pensó que Blanca lo había preparado todo intencionadamente y aquello hizo que se acercase tanto a ella que llegó a sentir que no era el café quien hizo que sus pulsaciones estuviesen aceleradas.

Fue en este mismo lugar donde compartieron su primera cita, su primer café... Mientras Blanca le hablaba de su vida, usted no dejaba de imaginar como sería la suya a su lado. Cuando vieron que de aquel café, que aún sujetaban entre las manos, solo quedaban los posos, rompieron un prolongado silencio al cruzar, por primera vez, la frontera que separaban vuestros labios.

Después, al caer la noche, os levantasteis, recogisteis todo —menos unos nervios que se quedaron en el suelo junto a su bolso— y permanecisteis de pie, abrazados, mirando al horizonte. En un momento, Blanca se puso de puntillas, se acercó a su oído y le susurró que había que ponerle una regla a vuestra relación, ¿*Cuál?* —Le preguntaste. *Solo vale ser feliz*— le respondió. Unas horas después os marchasteis, cada uno a su hogar.

Se sorprendió cuando al llegar a casa encontró en uno de sus bolsillos unas preciosas piedras. No sabía cómo habían llegado hasta allí, pero intuía que debían formar parte de las reglas de Blanca. Aquello le hacía crecer, aún más, sus ganas por conocerla y de descubrir qué era lo que esa mujer escondía debajo de la piel.

Blanca se pasaba todo el día en el hospital hablando de usted, todos le conocían sin haber escuchado su voz. Las noches eran completamente distintas. En lugar de hablar de usted, hablaba con usted...

¡Ay! Discúlpeme Señor, se me pasó hablarle de Coto Privado, aunque en realidad no tengo demasiada información. Sé que estuvieron cerca de ocho años en lo más alto de las listas de ventas de toda Sudamérica. Intentaron varias veces hacerse un hueco en este país, pero el *rock and roll* nunca estuvo bien visto en España. Al final la banda se disolvió.

Volvieron a sus respectivas ciudades, rehicieron sus vidas y poco más le puedo contar de ellos.

—¿Y qué pasó con mi hermano? —Interrumpí por primera vez.

—No sé nada de él. Cuando dejó el grupo no solo puso fin a sus sueños, sino también a una parte de su vida. La música no le dejaría abandonar la otra. Continuó tocando en la intimidad, sin público, encerrado en la misma habitación en donde empezó a componer sus primeras canciones. Hay quienes cuentan que lo vieron con su guitarra en algún banco de la ciudad, escondido bajo un viejo sombrero que impide ver su rostro y ocultaba su tristeza...

No hace mucho estuvo en el hospital. Apenas habló con nadie. Le vi muy afectado. Lo último que dijo antes de marcharse fue:

—Canijo, no quiero escribirte una canción, quiero hacerla contigo.

Y desde entonces no volvimos a saber nada más de él.

—¡Marina! —dije exaltado—. Esta tarde en el mirador había un señor tocando la guitarra con esas mismas descripciones, quizá fuese él.

—No lo sé, Señor. No me fijé, lo siento.

—Mañana por la tarde tenemos que volver a ese mirador, quizás lo encontremos allí ¿verdad?

—Como quiera, Señor. Mañana volveremos ¿continúo?

—Por favor...

Y lo hizo leyendo otra carta:

¡Hola pequeño!

¿A qué no sabes qué día es hoy? Te daré un par de pistas: huele a barbacoa y desde aquí soy capaz de ver toda la costa envuelta en llamas ¿lo adivinas? Seguro que sí, es la noche de San Juan y coincide con el cumpleaños de nuestra pequeña Paula ¡dos añitos ya! Está hecha una brujilla.

Tendrías que ver lo guapa que está, no hay quien le borre la sonrisa de la cara. ¿Sabes?, esta tarde lo pasamos muy bien, le preparamos una fiesta de cumpleaños a la que no faltó nadie. Pusimos globos por la habitación y una pequeña piñata que no quiso romper. Decía que era muy bonita y claro, era la

reina de la fiesta y al final se salió con la suya. Es un torbellino, se volvía loca abriendo los regalos aunque apenas le prestaba atención a ninguno de ellos.

El momento más bonito de la fiesta llegó cuando se dispuso a soplar las velas de la tarta. Le dije: Paula, no olvides que tienes que pedir un deseo y si al soplar las velas se apagan todas, se hará realidad. Se le borró de pronto la sonrisa y preguntó. ¿De verdad que se cumplirá? Todos respondimos: ¡Claro que se cumplirá! Tú solo sopla muy fuerte las velas. Agachó la mirada, todos se callaron al verla, luego la levantó. Sus ojos brillaban, se quedó mirándome como si tuviese miedo y me dijo: Ven, mamá. ¿A qué no sabes qué fue lo que me dijo al oído?: mamá, mi deseo es que mi papá se ponga bueno. Quiero jugar con él.

Le prometí que su deseo se haría realidad, pero para que se cumpliera debía soplar muy fuerte las velas. Lo hizo y se apagaron las dos. Todos gritamos, aplaudimos, saltamos... aunque solo sabíamos ella y yo de su deseo. Deberías ver la cara de felicidad que se le puso cuando vio que en las velas solo había quedado un pequeño y fino hilo de humo, luego desapareció. Después te miró y dijo: mamá ¿por qué no se cumple mi deseo?, ¿papá no quiere jugar conmigo?

¿Cómo una niña tan pequeña podía romperme el alma? Solo supe decirle que los duendes le harán llegar tu deseo a papá y cuando lo lea despertará.

Por favor, cariño, despiértate, despiértate ya...

Te queremos, Blanca y Paula

Se ahogó mi voz, se hundieron mis palabras en un mar de lágrimas casi tan grande como el que teníamos frente a nosotros. Marina se dio cuenta que había perdido la respiración y para socorrerme se aproximó a mí, me besó en una mejilla empañada y secó la humedad de mis ojos con sus manos. Luego apoyó su cabeza sobre mi hombro y me dijo: —sé fuerte Señor, no le dejaré solo —Después no dejó de hablar...

Mientras Marina me hablaba, se me pasaba muchas veces por la cabeza preguntarle —¿Dónde están todos?— pero el miedo quiso que fuese paciente al dolor. Aún no estaba preparado para oír una respuesta, ni para formular esa pregunta.

Conforme fueron pasando los meses, la pequeña Paula fue dejando de creer en los duendes. Con los años se hizo a la idea de que nunca jugaría con ella.

—Mire esto, Señor —Marina sacó un folio doblado de la mochila y me lo entregó—. Es uno de los pocos dibujos que aún conserva Paula desde la escuela. Lo hizo cuando apenas tenía cinco años. Una mañana en clase la profesora pidió a sus alumnos que tenían que pintar a su familia en el lugar donde les gustaría estar. Desde entonces este dibujo ha estado colgado en la habitación del hospital y siempre soñó

con que llegase ese momento.

Paré mi respiración mientras contemplaba aquel precioso dibujo. En él había una inmensa y peculiar playa. La arena había sido reemplazada por unas decenas de girasoles. Nosotros aparecíamos sonrientes al observador y en el cielo de ese dibujo, leí en mi interior, en un par de ocasiones, «*Te quiero papá*».



Pasé sutilmente las yemas de mis dedos sobre aquellas palabras de trazo infantil y sentimiento adulto, después, al cerrar los ojos, imaginé a Paula sentada en un pequeño pupitre con las manos manchadas de colores, mostrando su obra a una profesora que trataba de disolver el nudo de su garganta con un poco de agua, mientras Paula no dejaba de hablarle de su familia con un brillo ilusionante en los ojos. Al abrir los míos, también necesité disolver un nudo que ya había descendido por mi garganta, como lo hace el bombero por la barandilla en una noche de emergencia, pero en lugar de apagar un fuego, yo necesitaba avivar mi corazón.

Cuando Paula perdió la inocencia asumió que, posiblemente, nunca llegaría a ponerse bien, aunque esto último no lo aceptó del todo. Poco a poco se fue convirtiendo en la portavoz de la familia. Conforme pasaban los años crecía su fortaleza al mismo ritmo que se debilitaba la de Blanca, que se consumía sentada en una incómoda butaca. Dejó de escribirle cartas por las noches, también dejó de hablarle durante ese mismo tiempo y ya no quiso hacer caso a nadie, ni a la familia, ni a unos médicos que le decían una verdad tan dura que dolía menos pensar que todos eran unos mentirosos.

Fue muy difícil, especialmente para Blanca. Poco a poco lo iba perdiendo todo, incluido su belleza.

Paula desde muy pequeña lo tuvo muy claro, quería ser enfermera, primero para cuidarle a usted —aunque estaba muy bien atendido—, después para cuidar a su madre que se había convertido en una joven anciana que vivía en un mundo de cuatro paredes, sentada en una silla viendo pasar la vida tras una ventana y sin querer ver que nunca volvería a estar a su lado...

De pronto me sobresalté al escuchar el sonido del claxon del autobús. Los turistas iban recogiendo las sillas con la esperanza de que algún día esos deseos que pidieron

dejasen de serlos. Muy despacio, al ritmo de sus años, fueron subiendo al autobús y acomodándose en sus respectivos asientos. Desde el morón observé al conductor en el interior del autobús que simulaba contar a los turistas, pero sin hacerlo. Tomó su asiento, sin saber que faltábamos nosotros, y después arrancó el motor...

—Creo que ha llegado la hora de volver —dije golpeando mi mano sobre la rodilla de Marina.

—No tenemos porqué regresar, Señor. Si lo desea podemos quedarnos más tiempo aquí.

—Me parece una idea estupenda pero ¿cómo vamos a regresar a casa?

—No se preocupe ahora por eso. Buscaremos la forma de volver... entonces ¿qué me dice?, ¿nos quedamos o nos marchamos?

—¡Good bye! —Grité desde aquel morón, despidiendo a los turistas y aquel autobús que ya se había puesto en marcha.

Conforme el autobús se fue perdiendo por el perímetro de aquellas montañas hasta desaparecer tras ellas, Marina continuaba contándome...

Aún faltan algunas cartas más por leer, pero creo que ha llegado el momento de que sea usted quien las descubra. Marina volvió a sacar de aquella mochila la cajita de rayas y la dejó en mi mano.

—Debería abrirla.

Miré la caja, luego a Marina y suspiré antes de hacerlo. Marina me iluminaba con la tenue luz de la vela, mientras desataba el lazo muy despacio. Cuando la abrí, vi en un interior de paredes negras que había una nariz roja de payaso. No entendí el significado de aquello, pero al cogerla observé que había una nota doblada debajo de ella. La cogí con temor, resoplé. Algo me hacía creer que no iba a ser una buena noticia. Luego leí, pausadamente:

Cuando estés triste ponte «tu nariz mágica» y mírate al espejo. Seguro que te regala una sonrisa. Recuerda que tienes montones de deseos que tu nariz mágica te dará.

En ese momento recordé el deseo de cumpleaños de Paula, de Blanca y de todas las cosas que me había hecho recordar Marina desde que salí del hospital. Me puse la nariz de payaso y pedí mi deseo, a mi interior: «*Quiero estar con ellas*».

Necesitaba un espejo y me acordé de los de casa.

—Debemos regresar a casa. Hoy más que nunca necesito mirarme al espejo, porque aunque no crea en los duendes, tengo la esperanza de que mi deseo se hará realidad —dije a Marina.

—Si quiere podemos volver a casa, pero tiene delante suya el espejo más grande que pueda existir, el mar.

Doblé la nota, con la nariz de payaso aún puesta, la guardé en su caja y la até de nuevo. Marina me miraba con los ojos llenos de brillos, como nunca antes me había

mirado y fue entonces cuando sentí que había llegado el momento de contarle toda la verdad.

—Marina, debo confesarte algo. No sé cómo empezar y lo que es peor, tampoco sé cómo acabará todo esto. Lo siento Marina, lo siento. Te he mentado. Al principio no recordaba nada pero conforme me ibas contando se iban despejando las nubes de mi memoria. ¿Cómo iba a olvidarme de Blanca, cómo no iba a reconocer cada rincón de mi hogar, cómo olvidarme de la gente a la que quiero...?

—Pero ¿por qué ha hecho eso Señor? —Me gritó Marina.

—Lo siento Marina, lo siento. Desconfié porque jamás te había visto antes, ni había oído hablar de ti y me extrañaba muchísimo que supusieses tantas cosas de mi vida que... lo siento, de verdad que lo siento.

—Yo también lo siento, Señor. Por haberle ocultado solo una cosa...

No dije absolutamente nada. Esperé que continuara.

—Esta mañana, cuando me vio en el sótano quemando unos papeles, en realidad era una de las cartas... no me pregunte por qué, más tarde lo entenderé. Solo espero que sepa comprenderme y llegue a perdonarme —decía Marina, al borde de rozar el llanto.

—No te preocupes Marina, creo que estamos en paz y que puedo empezar a encajar todas las piezas de este puzle. ¿Puedo pedirte algo?

—Pídame lo que quiera, Señor —me decía mientras secaba una lágrima que no pudo evitar.

—Si pudieses elegir una forma de llamarme que no fuese Señor, ¿cómo me llamarías?

Se acentuó el brillo de sus ojos. Volvió a aparecer esa media sonrisa que le hacía nacer unos hoyuelos en unas mejillas que se habían sonrojado. Agachó la mirada, sus ojos se cerraron y tardó un suspiro en encontrarse con los míos. Así se quedó, mirándome fijamente, acariciando mis manos, mordiéndose el labio y, justo después de dejar caer una lágrima más, me contestó:

—Señor aún es pronto para responderle. Todavía queda algo muy importante que debe saber. Luego responderé a esa pregunta ¿le parece?

Asentí con todo mi cuerpo y Marina continuó:

Pasaron muchos años hasta que llegó aquella noche en la que estábamos todos en la habitación esperando al doctor. Venía con una carpeta en la mano, con una cara que decía más que todos aquellos papeles juntos y una entereza en sus palabras que hacía más fría aquella habitación, y no por una bajada de la temperatura, sino por sentir tan de cerca la soledad.

Después de decirle a Blanca que se tomase su tiempo para tomar una decisión, abandonó la habitación sabiendo que había hecho bien su trabajo pero deseando no tener que volver a hacerlo.

Blanca les pidió a todos, menos a Paula, que se marchasen de la habitación. Esa noche quería pasarla con su familia. Se quedaron a solas, cada una a un lado de su cama y los tres cogidos de la mano bajo la tenue luz de una vela. Blanca empezó a hablarle a su hija de usted, de cómo se conocieron, de vuestro primer viaje, de vuestro amor... Luego habló con usted, como lo hacía en las cartas pero en lugar de escribir lo que sentía, lo dijo hasta derrumbarse.

Cuando se repuso le pidió a Paula —con una voz entrecortada— que le dijese algo, mientras ella no apartaba la mirada de su brazo. Repítelo, Paula, repítelo otra vez —decía mientras lloraba—. Por primera vez su piel no reaccionó al escuchar a Paula decir «papá».

—¿Qué pasó después? —Interrumpí a Marina. Sentí un miedo distinto a cualquier otro, el miedo a saber que «después» solo fuese un «todo se acabó»...

—Después no pasó nada más, Señor. Blanca sintió que debía decirle algo más, pero quería hacerlo a solas.

—¿Qué fue lo que me dijo? —Dije sin poder dejar de temblar.

—Escribió una última carta, Señor...

—Léela, por lo que más quiera en este mundo, léela Marina.

—No puedo leérsela. No la tengo, Señor.

Fue escuchar esas últimas palabras y no quise hacer más preguntas. Solo deseaba que existiesen los duendes, las sirenas, las estrechas fugaces para que todos los deseos se hiciesen realidad.

Me escondí en mí mismo. Lloré como un adulto que lo ha perdido todo. No había forma de consuelo, ni siquiera los abrazos, ni los besos de Marina. Solo pudo frenar ese dolor una frase que pronunció a mi oído:

—Si pudiese decidir la forma de llamarle que no fuese Señor, lo tendría muy claro. Llevo toda la vida esperando este momento, papá.

En ese preciso instante, mis pelos se erizaron nada más escuchar decir «papá». La miré desconcertado, lleno de confusión, de alegría, de lágrimas. Fueron tantos sentimientos en torno a una misma palabra que nos fundimos en un fuerte abrazo para no dejar escapar a ninguno. No dejé de llorar, sin saber si lo hacía de alegría o de tristeza.

—Te quiero, te quiero, te quiero... —Fue lo único que supe decir.

—Yo también te quiero papá y no te imaginas cuánto —decía sin dejar de besarme.

—Hija ¿dónde está mamá?

Esperó unos segundos antes de responder. Se puso de pie, me ayudó a levantarme.

Me abrazó por la cintura, yo la abrazaba por los hombros. Respiró profundamente y se quedó mirando el horizonte. Yo me quedé mirando el de sus ojos. Creo que hay gestos que lo dicen todo y mi hija acababa de contármelo...

—Papá, si quieres puedo decirte dónde está la última carta que escribió mamá...

—Sí, claro que quiero saberlo. Necesito leerla...

—Está justo debajo de ese espejo...

—¿De qué espejo me hablas hija?

—Del espejo del mar —apuntó.

Me cogió la mano y la apretó con fuerzas. Se acercó al borde del acantilado —yo la acompañé— y luego dijo:

—¿Te atreves a saltar conmigo?

—Estás loca hija ¡nos vamos a matar!

—¿Confías en mi papá? —Decía sin dejar de mirar hacia abajo.

—Cómo no voy a confiar en ti, pequeña —dije evitando mirar donde ella. Pero...

—Pero ¿qué papá?...

Los pelos de mi piel se erizaron de nuevo, no sé si fue al escuchar la palabra *papá* o por no saber cuántos metros había hasta el vacío.

—Tengo miedo a las alturas, no puedo saltar, no puedo...

—Confía en mí, papá. Confía en mí, por favor...

Nos agarramos con fuerzas de la mano, cerré los ojos con la misma intensidad y sin contar para atrás —tres, dos y uno...— nuestros cuerpos empezaron a perder altura a gran velocidad, atravesando un vacío que parecía infinito, sin soltar la mano de mi pequeña que se había aferrado a mí y yo a ella. Sentí invertirse la posición natural del estómago.

Grité con fuerzas, después sin voz, una voz que se perdió en el vuelo, como también perdí a mi hija en el momento que impactamos contra aquel inmenso espejo, contra aquel oscuro mar.

Fueron varios los segundos que tardé en emerger hacia la superficie, pero fueron muchos minutos los que pasé buscando en el fondo del mar a mi hija. Bajo el mar abrí los ojos, la oscuridad era la misma y mi miedo creció...

No la vi ni en el fondo del mar, ni en la superficie. Lo único que pude ver flotar —a escasos metros de mí— fue aquella nariz roja de payaso. No quería marcharme de allí sin mi pequeña. Grité desesperado su nombre pero solo respondió mi eco. No dejé de buscarla en la oscuridad de lo profundo, ni en el frío de la superficie, estaba todo apagado, incluso las luces de las estrellas, no pude ver nada. Solo quedó encendida la luz giratoria del faro que no estaba hecha para buscar sirenas.

Nadé derrotado —por dentro y por fuera— hacia la orilla. Vi de lejos una pequeña luz cerca de ella y una silueta de alguien detrás.

—¡Ánimo papá tú puedes! —Escuché gritar, al mismo tiempo que aquella sombra saludaba en la oscuridad.

—¿Hija eres tú?

—¡Claro! Vamos, nada más deprisa...

Fue nada más escucharla y nadé como nunca antes lo había hecho. Mientras nadaba hacia ella, me olvidé de mi miedo a las alturas, de sentirme derrotado y del frío a la oscuridad...

Cuando finalmente pude alcanzar la orilla, se acercó a mí —con un pequeño cofre entre sus manos—, me abrazó y me dijo al oído:

—Papá te quiero. Me siento muy orgullosa de ti...

—Yo te quiero más, pequeña...

Me entregó ese cofre que estaba cerrado con un pequeño candado y dijo:

—Toma papá, aquí está la última carta que te escribió mamá. Creo que debes ser tú quien la leas, es algo de vosotros dos...

Asentí con la cabeza. Cogí el cofre, observé ese candado por sus dos caras y en una de ellas vi un pequeño surco que ponía: P. T. L. V. No había lugar a dudas. Era de ella.

En ese instante, me acordé de la pequeña llave que había en la entrada de casa y, hasta ese instante, no sabía qué era lo que abría...

—Debemos marcharnos a casa hija. Sé dónde está la llave que abre este candado.

—Volvamos a casa papá.

—Sí marchémonos, pero antes de que se me olvide deberías mirar si hay algo en tus bolsillos...

—¿De dónde salieron estas piedras? —Preguntó mientras reía.

—Esa fue la misma pregunta que me hice la primera vez que las encontré en los míos, hija. Forma parte de las reglas de amor de mamá. Ella decía que cada vez que viviese un momento inolvidable junto a mí, metería unas piedras en mi bolsillo sin que yo lo supiese y cuando llegase a casa supiese que había sido un día muy especial para ella. Ese es el significado de las piedras hija «Momentos especiales» y esta mañana cuando jugábamos en el lago viví un momento así contigo. De ahí salieron las piedras. Te quiero hija.

—Yo también te quiero, papá.

Y nuevamente mi piel reaccionó a sus palabras.

Marina cogió la vela que había en la orilla y aunque no quise decirle nada, me vino el olor al perfume de Blanca. Caminamos empapados, agarrados de la mano por una pendiente de tierra que nos llevaba al aparcamiento que había junto al faro. Se hacía muy difícil caminar por aquel terreno empedrado, oscuro e irregular. El vaho de nuestra respiración indicaba que el frío exterior era más latente que el propio.

Minutos después, al llegar a aquella cadena oxidada que prohibía el paso, vimos en el aparcamiento un coche oscuro que no habíamos visto llegar. Nos detuvimos. Nos quedamos mirándolo a una distancia prudencial y continuamos nuestro paso evitando pasar por su lado. Cuando apenas nos habíamos alejado unos metros de él, escuchamos abrir la puerta del conductor y una voz llamó nuestra atención:

—¿Queréis una toalla? No quiero que cojáis una pulmonía, amigos.

Nos giramos hacia esa voz, pero estaba todo tan oscuro que no podíamos distinguir quién era.

—¿Quién eres? —Pregunté sin dejar de andar.

—No puedo creer que os hayáis olvidado de mí tan pronto. Parece como si ese baño, en lugar de refrescar las ideas, haya disuelto vuestra memoria... ¡Soy Nando amigos!

—¿Nando?, ¡ja!, ¡ja! —Corrimos los dos hacia él—. ¿Qué hace usted aquí?

—Ahora os lo cuento —sacó del maletero dos toallas, nos la entregó y dijo— venga, anda séquense, hace demasiado frío para ir mojado a estas horas de la noche.

—Pero Nando ¿Cómo sabía que estábamos aquí? ¿Quién se lo dijo? —Pregunté con un tono alegre y a la vez sorprendido.

—No me lo dijo nadie Daniel. Me quedé en el paseo marítimo hasta que llegó el autobús con los turistas. Les di las «*Good Night*» a todos ellos. Cuando vi que vosotros no bajabais, supuse que estaríais aquí y que no tendrías modo de regresar. Así que cogí el coche y nada, aquí estoy.

—Eres increíble Nando. No sé cómo agradecerélo —le dije.

—No tiene que hacerlo. Venga súbanse al coche que hace bastante frío. Enseguida os llevaré a casa.

—Sí, venga marchémonos ya de aquí.

Subimos al coche y, como si de un taxi se tratase, tomamos los asientos traseros. Durante el camino, Nando nos miraba por el espejo retrovisor sin dejar de preguntarnos qué tal fue la ruta turística, pero no le contamos nada de lo que había pasado, ni siquiera la verdad de por qué saltamos al mar.

Fue casi media hora de carretera entre silencios, música, carcajadas y algunas mentiras, muchas. Los últimos minutos solo fueron para darle indicaciones hasta llegar a casa.

Allí nos despedimos, en la puerta, con un simple apretón de manos y, cuando nos dispusimos a subir el primer escalón, Nando bajó la ventanilla del coche y me dijo:

—Mucha suerte, amigo, con la última carta.

Me quedé mirándolo fijamente, me sonrió y, sin decir nada más, subió la ventanilla. Se marchó...

Me quedé de pie, inmóvil, observando cómo se alejaba el coche, hasta que se perdió en la primera curva.

—¿Has escuchado lo que ha dicho Nando? —Pregunté algo confuso.

—No le des importancia papá. Venga entremos en casa...

La última carta

Nada más entrar en casa, vi que aquella pequeña llave seguía colgada en el mismo lugar. Fue Marina quien la cogió, sin poder hacer nada para arrebatársela. Salió corriendo hacia el salón y yo tras ella, sin poder darle alcance, diciéndole entre risas.

—¡Devuélveme la llave ladrona!

Cuando crucé el umbral de la puerta, ya se encontraba sentada en el extremo más lejano del sofá. Sobre la mesa de cristal había dejado el cofre y debajo de él, empezó a crecer un pequeño charco.

—Siéntate a mi lado, Papá. Esta llave es la que abre este cofre. Toma cógela, ábrelo. Creo que hay una carta para ti.

Seguí todas sus indicaciones muy despacio. Introduje la llave en aquel candado con unas siglas inolvidables. La giré hacia un lado y no se abrió. Probé hacia el otro y tuve mejor suerte. Al abrirlo vi en su interior esa última carta. Me quedé mirándola, respiré profundamente varias veces. Mi corazón se había acelerado. Mi hija lo notó y acarició mi hombro, como si al frotarlo relajase mis pulsaciones...

La cogí con unas manos temblorosas. Aquella carta era como todas las demás. No tenía remitente, ni destinatario, pero había una clara diferencia: esta era mucho más pesada. La abrí con cuidado y empecé a leer:

Hola pequeño.

Sé que nunca te gustaron las despedidas, que siempre te marchabas sin decir adiós, porque decías que volverías. Esta vez, también, te fuiste sin decir adiós pero para no volver.

Sé que algún día —de algún modo— volverás para despedirte de nosotras, aunque este viaje hayas decidido hacerlo solo.

Cuando vuelvas a casa verás que en la mesita de noche te dejé una nota bajo una rosa marchita. Una rosa muy especial para mí y no por su olor, sino porque ese fue el último regalo que me hiciste y ni siquiera he tenido la oportunidad de poder agradecértelo en todos estos años. Es ahora cuando te respondo a la nota que dejaste la última noche que compartimos. En ella me decías: «Quiero formar una familia contigo» P. T. L. V. En la mía te respondo: «Tu sueño se hizo realidad» P. T. L. V.

Se me hace muy cuesta arriba vivir, si es que a esto se le puede llamar vida, sin tenerte a mi lado. Me duele el alma tener que aceptar que te hayas

ido y tener que compartir la familia de este modo tan injusto.

Me quedo con la cara de la luna que mira a la Tierra. Con el fruto de nuestro amor, con la pequeña Paula. Y tú ya estarás en la otra cara de la luna, esa que tantas veces buscaste en el campo de girasoles, con su cara oculta, aquella que mira de cerca a las estrellas y en donde te encontrarás con la pequeña Marina.

Cuida de ella tanto como ella lo hará de ti. Os quiero a los dos y a los dos os echo de menos. Siempre, siempre os querré y nadie sabe cuánto...

Solo espero que allí, dondequiera que estés, sepas perdonarme si alguna vez te fallé, si te mentí o si te oculté la verdad, pero si lo hice fue para protegerte y, sobre todo, para volver a estar a tu lado.

No me pidas que me despida, ni que te diga adiós, porque no lo haré. No quiero perder la esperanza de que algún día vuelva a verte...

Hace solo unas horas que te has ido y llevo más de veinte años echándote de menos.

Los médicos nos recomendaron no hablarte de Marina, ni decir nada de lo que ocurrió aquella noche hasta que te recuperases, porque quizá podrías escucharnos y, de hacerlo, podrías haber empeorado, aún más, tu delicado estado de salud.

Y ahora que ya no estás, que no hay nada ni nadie que te haga volver con nosotros, siento que debo contártelo todo, rogándote que lo entiendas y que me sepas perdonar.

Ya solo me queda, mientras dejo caer por mi rostro un río de lágrimas tan grande como lo fue nuestro amor, desearte allí donde estés un buen viaje sin maletas, ni billetes y despedirme diciéndote que este lugar siempre será especial para nosotros.

Aquí fue donde todo empezó y donde algún día nos volveremos a encontrar. Iré a verte junto a Paula al caer la noche y prenderé una vela por nuestro amor, por el amor de nuestra familia. Este Arrecife, el de las Sirenas, siempre será muy especial tanto como tú y Marina lo fuisteis para mí, para nosotras.

Me quedo con la alegría de saber que tu sueño se hizo realidad, pero con la tristeza de no haber podido compartir ni un solo instante de él.

Gracias por todos estos años, por hacerme sentir la mujer más afortunada del mundo... Os querré siempre, PTLV.

Te queremos, Blanca y Paula

Me quedé inmóvil, asustado, perplejo, en silencio, mirando a Marina. Por primera vez desaparecieron sus ojos verdes ahogándose en el fondo de un charco de lágrimas. Los míos yacieron con su mirada. Se mordió su labio inferior sin decir una sola

palabra...

Posteriormente me dedicó la más hermosa de todas las sonrisas que haya podido ver en toda mi vida, esa que hacía nacer los hoyuelos en sus mejillas, esa que lo acompañaba con un sonido difícilmente de explicar, esa que me enamoró desde la primera vez que la vi, esa tan llena de ternura y esta vez, también, de paz como de tristeza...

No entendía nada. Acaricié suavemente sus dos manos y tras un suspiro le pregunté:

—¿Qué fue lo que pasó hija?

—Papá, yo también te he echado de menos durante todo este tiempo. Hubo una complicación en el parto y fui yo quien tuvo que dejar este mundo sin tan siquiera haber llegado a conocerlo. Fallecí a los pocos minutos de nacer en la mágica noche de San Juan, sin embargo esa noche, esa magia se olvidó de mí...

No pude pronunciar una sola palabra, la abracé con todas mis fuerzas. Oculté mis ojos humedecidos con mis manos... cuando los destapé y los abrí, allí estaban ellas sonrientes sentadas compartiendo el mismo sofá que nosotros.

Sobre la mesa del salón se amontonaban varios álbumes de fotos que no había visto al llegar.

Blanca estaba contando anécdotas simpáticas de aquellas instantáneas que observábamos con felicidad, de aquella época vivida, de aquellos viajes que organizábamos meses atrás y donde siempre ocurría lo que yo más deseaba: perdernos. Contaba como fue nuestra primera cita, con la excusa de invitarle a un café y con la intención de robarle el «primer beso», en donde la luna fue testigo de él, de ellos... Yo la escuchaba, la veía, la sentía. Ella a mí no.

Pasaban los años a medida que pasaba las hojas. Todo fue una mezcla de emociones, de sentimientos, las risas y, como no, también de tristeza. Estos últimos momentos fueron suficientes para despedirnos pero insuficientes como para no volverlos a ver.

Supe por primera vez en mi vida, en esta nueva vida, lo que era sentir el amor de mi propia familia. Necesitaba tocarlas, abrazarlas, besarlas y sobre todo necesitaba hablarles. Quería despedirme de ellas, pues tristemente sabía que no volvería a tener otra oportunidad de volver a estar a su lado. Intenté hablarles, besarlas, abrazarlas pero no pude... pero lo intenté, os prometo que lo intenté.

Marina se puso de pie y desde esa posición me miró a los ojos. En ese momento supe que había llegado el momento de partir. Lo entendí todo a la perfección.

Este mundo ya no nos pertenecía, le cogí su pequeña mano y salimos juntos dejando a nuestra espalda un salón lleno de vida. Al llegar al umbral de la puerta me giré hacia ellas, quise mirarlas por última vez y despedirme diciendo en voz alta:

—Os quiero como nunca he llegado a querer a nadie. Os cuidaré siempre, allí donde esté.

Después hubo un prologando silencio que solo pudo ser perturbado por el sonido

ascendente de la melodía de una canción y la vibración de un móvil que se agitaba en el interior de un bolso negro de piel que apoyaba sobre el reposabrazos del sofá. Blanca asomó su mirada en su interior. Su mano indecisa rebuscó la canción entre lápices de maquillaje y otros secretos de mujer. Lo cogió con más temor que respeto y fue el tiempo de un parpadeo lo que tardaron sus ojos en romper a llorar, mientras sus labios dibujaban —a la vez— una hermosa sonrisa.

Uno, dos, tres, cuatro tonos seguidos y descolgó. Después, justo después, un prolongado silencio no solo en el teléfono, sino también en su corazón. Luego dejó el móvil sobre la mesa. Era un número privado —dijo—, y fue entonces cuando supo que justo después de descolgar, su mundo se había derrumbado, pero a pesar del dolor, Blanca sonrió.

—¿Qué pasa mamá? —Preguntaba Paula con una voz temerosa, como evitando esquivar una triste verdad.

Blanca se giró hacia ella, aún con la sonrisa tatuada en sus labios y los ojos nublados. Susurró en voz baja:

—Papá, es papá, Paula —todo su cuerpo temblaba en ese momento pero no de miedo, de amor.

—¿Papá? No puede ser. Papá... murió. Tenemos que asumirlo lo antes posible e intentar vivir con esa realidad. Descansa madre, han sido muchos años luchando, necesitas descansar.

Paula se mostraba aún entera, intentando hacerle entrar en razón pero con los ojos empapados de lágrimas.

—Lo sé hija, lo sé... pero es papá, Paula, es papá —se derrumbó entre sus brazos y entre llantos le escuché decir—: Ha llamado para despedirse, él nunca se iría sin hacerlo.

Luego se miraron fijamente a los ojos. Paula tapaba la boca de Blanca que no dejaba de repetir —era él, era él— y entre llantos le oí decir:

—Cállate madre, por favor. Cállate...

Esas fueron las palabras que iniciaron un abrazo infinito en intensidad, donde unas temblorosas sonrisas se mezclaban con unas dulces lágrimas creando un ambiente enternecedor.

Después giraron la cabeza —a la vez— hacia el umbral de la puerta, como si algo hubiese llamado su atención. Allí fue donde les esperé, apacible, para reencontrarme por última vez con ellas, con sus lágrimas, con sus sonrisas, con sus miradas. Durante varios segundos quedamos inmóviles sin pronunciarnos, cómo quien espera que algo quiebre ese estado. Éramos como estatuas. Buscamos cualquier excusa para recordar qué había sido de nuestras vidas en cada golpe de pestañas y en cada lágrima caída. A pesar de tanta tristeza nunca podré olvidar tanta dulzura en sus ojos, como tampoco olvidaré aquellas miradas derrotadas...

Me apenaba tener que decir adiós cuando ni tan siquiera llegué a saludarles. No hubo un «*hasta siempre*», ni un «*nos volveremos a ver*», ni tan siquiera un «*siempre*

te querré», porque todo eso ya lo sabíamos.

Fue una despedida triste, pero ¿acaso existe otro tipo de despedida?

Había llegado el momento de partir. Les sonreí, nos sonreímos e intentamos ocultar el dolor bajo la piel. Solo supe decirles:

—Os esperaré siempre, no tengáis prisa por venir a verme. Os esperaré...

Me agarré de la mano a Marina y, con un nudo en la garganta que me impedía seguir llorando, abandoné un salón que ya no nos pertenecía, ni a Marina, ni a mí. Nos marchamos pero esta vez para no volver.

Pasamos por delante del espejo y sentí que si me mirara. Estaba destapado y es cierto, los espejos no son más que el reflejo de lo que somos y no de lo que aparentamos. De nada servía ponerme la nariz de payaso, ni pedir mi deseo de volver a verla. Se acababa de hacer realidad. No obstante, me detuve frente a él.

Quería saber cómo envejece una persona postrada en la camilla de un hospital, cómo sería veinte años después, si era cierto que las canas me hacían tan atractivo como Marina afirmaba, o tan solo fue un regalo para mis oídos. Le miré, me miró, recorrí cuidadosamente cada centímetro de su superficie con la yema de unos arrugados dedos, pero a pesar del tiempo que dedicamos a observarnos y a tocarnos, allí no hubo rastro de mí, ni de nadie. Tan solo quedó el reflejo de una escalera de mármol, si es que aquello era mármol, que llevaba a la habitación de los sueños regalados...

Fue entonces cuando entendí que todo había acabado...

Para toda la vida

La mañana siguiente amaneció como lo había hecho cada día del año. El sol volvió a irradiar los buenos días con su mismo brillo, aunque algunas mañanas se enmudeciese al atravesar sus rayos entre oscuras nubes que descansan en el cielo. Los gorriones volvieron a poner la más natural de las melodías mañaneras. La ciudad despertaba con el ruido de los motores de los coches, de niños que —entre gritos— marchaban a la escuela, despidiéndose de sus padres en la parada del autobús, de las cafeterías llenas de clientes, de cafés, de tostadas, de tostadas con café...

Se despertó el mundo otro día más. Todo seguía siendo igual que ayer y quizás igual que mañana.

Lo único que cambió esa mañana del mes de marzo fue que, por primera vez en muchos años, aquel delgado y triste girasol que había en el patio de casa volvió a su estado natural. Dejó de mirar el brillo de la luna al llegar la noche y empezó a mirar al sol durante un tiempo, para siempre. PTLV.

¿Y os preguntaréis por qué lo sé?

Pues porque desde la cara oculta de la luna tengo unas vistas privilegiadas...

Querido lector:

Si pudiera volver no es más que una pequeña historia donde todos los escenarios descritos son reales y forman parte de uno de los parques naturales más bonitos que el mundo nos ofrece, como es el de Cabo de Gata (Almería) y donde cada uno de ellos esconde un recuerdo, una emoción o algún sentimiento... en algún lugar.

A veces la vida nos ofrece una segunda oportunidad. Yo decidí escribir este libro...

¿Qué harías tú si pudieras volver?

*Espero que allí, dondequiera que estés, encuentres la librería.
Busca en la sección del corazón, en el pasillo de las personas que no se olvidan y en
el módulo de aquellas a las que quiero, porque es allí donde dejé este libro para ti y
solo para ti.*

A mi querida madrina:

M^a Luisa Cantero Céspedes

Gracias por ayudarme a terminar de escribirlo.

Hasta Siempre

(PTLV)



JAVIER CARRETERO, nació en Melilla en 1978, pasó su niñez y adolescencia dando patadas a un balón de fútbol en esta ciudad Norteafricana.

Los estudios de primaria los realizó en el ya desaparecido Colegio San Juan Bosco y estudió bachillerato en la rama de ciencias en el Instituto Enrique Nieto. A la edad de 18 años marchó hacia Almería donde se matricula en la Universidad para realizar los estudios de Ciencias Químicas.

Tras participar en agrupaciones musicales, empieza a escribir y componer sus primeras canciones, poesías y relatos... hasta llegar a este su primer libro *En algún lugar*.